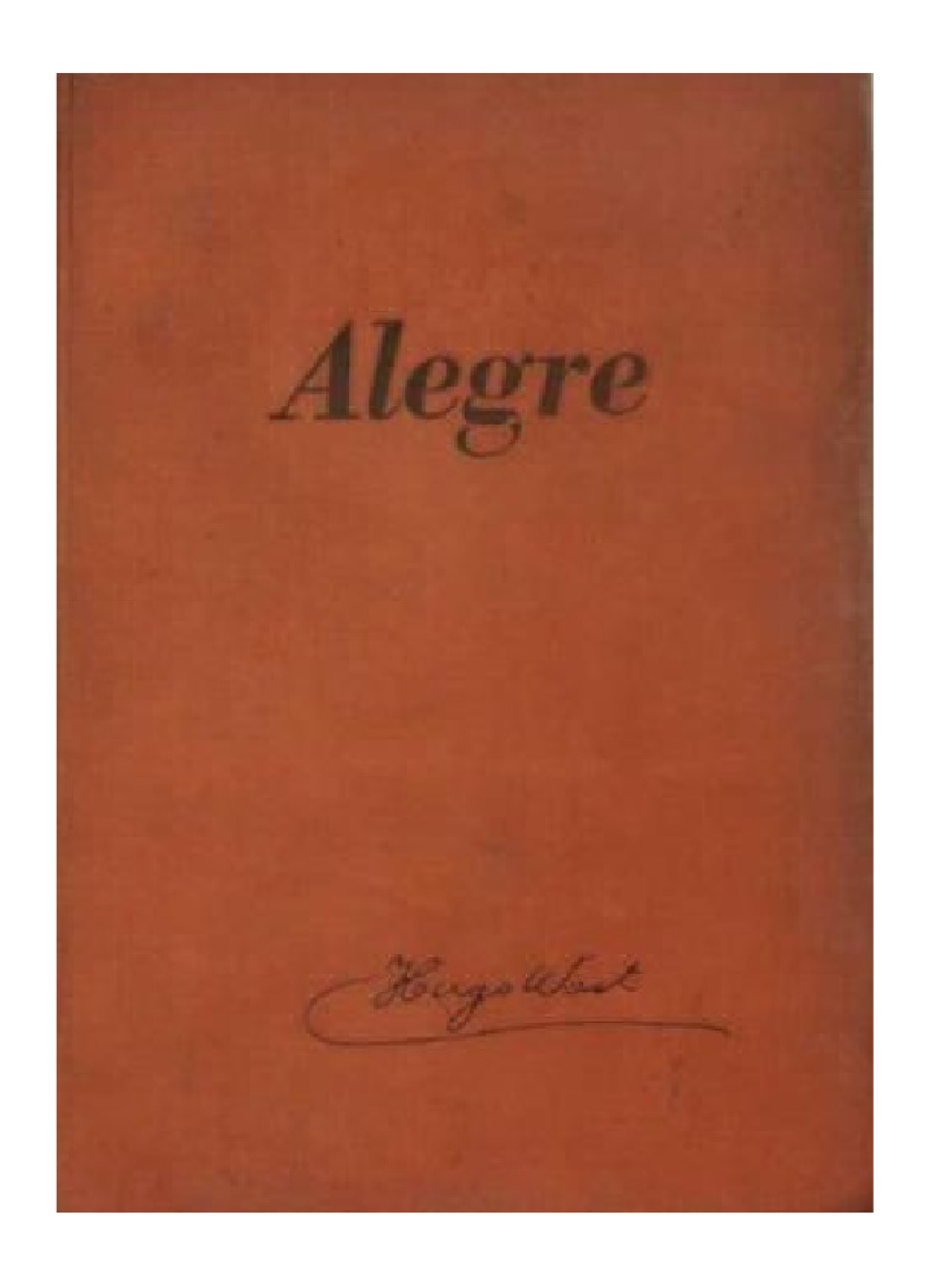

Alegre
Hugo Wast

Alegre

Hugo Wast
C. de la Real Academia Española

BUENOS AIRES

Editores de Hugo Wast
1930

Veinticinco años después de la 1º edición

Hace veinticinco años se publicó en Madrid *Alegre,* mi primera novela.

¡Qué ilusiones las mías en aquellos tiempos! ¡Qué ilusiones y después qué desencantos!

¿Cómo dejar ahora que aparezca su nueva edición sin explicar de algún modo la evolución de esta obra en un cuarto de siglo?

Daría muestras de un necio orgullo si negara que tengo cariño a esta novela, a pesar de sus muchos defectos.

Fue mi primera gran aventura literaria.

En otro libro[1] he relatado las circunstancias en que la compuse, mi vocación y mi fantasía de autor que no tenía veinte años, el fracaso de su primera edición, impresa a mi costa y otros pormenores, que pensé podrían interesar a mi público, puesto que no hubo nada más interesante para mí, en el vasto mundo, que los detalles de aquel pequeño y silencioso drama de mi juventud.

No volveré a sentir nunca la alegría de escribir como cuando borroneaba a prisa las quinientas y tanta cuartillas que componen el primer manuscrito de esta novela.

No tenía experiencia del arte que había acometido con tal tesón, y mi espíritu crítico era tan inocente como Adam antes de la manzana.

No sabía, cuando empecé la composición, si escribiría un cuento de veinte páginas o una novela de mil.

Mi pluma volaba instintivamente como una paloma mensajera, que no calcula etapas ni dificultades.

Me movía la vocación, que es un instinto ciego y omnipotente; y escribía sin que me embarazaran planes ni propósitos de ninguna especie. Escribía con el placer de un niño que juega.

---

1 *15 días Sacristán* (Véase "La novela de mi primera novela")

Los grandes juegan por matar el tiempo, o por medida de higiene, o por vicio. Los chicos juegan porque el juego les gusta en sí mismo, sin pensar qué beneficios higiénicos les reportará.

Así escribía yo, como un niño que juega; y ahora me complazco de haber escrito muchos centenares de cuartillas, adquiriendo práctica y puliendo mis herramientas en una edad en que no tenía ningún sentido crítico.

Cierta vez un periodista, me preguntó (para un reportaje), qué consejo le daría yo a los principiantes, y yo respondí: « Que principien de una vez». ¿Y después? —«¡Que sigan!»

Aunque esto lo dije en son de broma, no deja de ser una respuesta que la experiencia me ha sugerido.

Cuando un principiante siente la vocación de escritor, especialmente de novelista, y quiere formarse a fondo, con abundantes estudios para saber, *antes de comenzar,* cómo es la novela perfecta, lo más probable es que no comience nunca.

No hay que dejar pasar estérilmente los años de los entusiasmos juveniles, tanto más ardientes cuanto más ciegos.

El espíritu crítico debe desarrollarse un buen cuarto de hora después que la práctica del escribir.

¡Ay, de aquél que antes de haber escrito una línea ha aprendido *cómo se debe escribir!*

Al pretender aplicar su vasta ciencia, hallará tal distancia entre lo que le sale de los picos de la pluma y lo que desea que le salga, que jamás se atreverá a publicarlo.

Podrá persistir escribiendo, para sí mismo, hasta que esté satisfecho de su estilo o de sus ideas. Pero como a medida que vaya adquiriendo destreza en la práctica, irá, con nuevas, desesperadas lecturas aguzando su teoría, siempre los dos caballitos correrán distanciados, atrás el que debió partir primero y sin esperanzas de aventajar al otro.

El caso de Maupassant que empezó tarde y con acierto, no es una excepción, porque él empezó tarde a publicar, pero no a escribir.

Lo frecuente es que el principiante, que ha perdido la oportunidad de principiar, viva, cuando sea hombre maduro, como el lacedemonio, con las entrañas devoradas por un zorro oculto debajo de su túnica: *el deseo de crear.* Y sufra la jamás confesada humillación de una secreta certidumbre: la de la impotencia.

En tales condiciones le será difícil producir el libro que ha soñado, pero le será fácil dictar las reglas a que deben ajustarse los otros autores, y que él ya no es capaz de aplicar por su cuenta.

Por eso aconsejo a los principiantes que principien de una vez, aprovechando la edad en que ocurre esta aparente contradicción: se confía en las fuerzas propias, pero se respeta el consejo de los otros.

Después vendrán los años estériles, en que uno desconfía secretamente de sí mismo, sin que por eso crea en nadie más.

Yo le doy gracias o Dios de que, puesto que no me otorgó ningún genio creador, sino una vocación modesta y persistente, no me haya dado un sentido crítico muy puntiagudo.

¿Qué me hubiera hecho yo con ese instrumento si no suicidarme?

Vayan por vía de curiosidad bibliográfica algunos detalles.

Se han impreso de *Alegre,* que yo sepa, las siguientes ediciones:

La primera en 1905, por Fernando Fe, de Madrid, en dos tomos.

Tres ediciones más, por Saturnino Calleja, también en Madrid, entre los años de 1908 y 1912. De éstas, una fue in-8° mayor a dos columnas, con ilustraciones; y las otras dos in-12. El texto se redujo considerablemente para hacer caber en uno solo mis dos primitivos tomos.

Hacia 1914 autoricé la reimpresión de *Alegre* en la colección española que por entonces publicaba en París la hoy desaparecida firma de Paul Ollendorff, e introduje en esa edición algunas correcciones insuficientes.

La librería Ollendorff desapareció y con ella la colección donde autoricé que se incluyera *Alegre.*

Empero, algún tiempo después, y por un curioso error que he mencionado en «La novela de mi primera novela», *Alegre* fue reimpreso por otro editor de París, la librería Nilsson, que lanzó una copiosa edición, destinada según creíamos entonces, a no agotarse nunca.

En 1907 *La Ilustración Artística,* (que editaban en Barcelona Montaner y Simón,) una de las más hermosas revistas que hayan existido en lengua castellana, publicó *Alegre* con profusión de grabados.

No hablo de otros periódicos que también lo han hecho, porque mi cuenta sería muy incompleta, ya que sólo por azar he tenido noticias de algunos.

Soy el más sorprendido de que esta endeble novelita haya obtenido tanto favor. Conozco mejor que nadie sus defectos, y ahora que su destino ha vuelto a mis manos, habiéndose agotado hace años todas las ediciones autorizadas, he vacilado mucho antes de resolverme a imprimirla.

Mas el público persiste en reclamar o los libreros la romántica historia de mi negrito y hasta se me han hecho solicitudes para traducirla a otros idiomas.

Por fortuna estos pedidos no me llegaron hace veinticinco años, cuando yo creía que *Alegre* era una maravilla.

Para el escritor ilusionado que era yo entonces, no existía homenaje en el mundo equivalente a una edición publicada en otro idioma y otro país por un verdadero editor.

Si la alegría no me hubiera muerto al instante de recibirla, no habría tardado cinco minutos en aceptar la peor propuesta.

Con lo cual mis actuales preocupaciones acerca de *Alegre* se habrían multiplicado sin remedió.

Ahora, a lo menos, ya que sólo existe en castellano, puedo realizar un antiguo proyecto, que es dar una nueva edición profundamente corregida.

He pasado tantas semanas trabajando en ella, que tal vez me hubiera sido más fácil componer otro libro o escribir totalmente de nuevo *Alegre.*

De propósito no he querido hacerlo. Más trabajo me ha costado vencer muchas veces esa implacable tentación de corregir sus primeros libros, que sienten los autores. Harto fácil me habría sido hacer bastantes correcciones que he abandonado.

La razón es ésta:

Ahora no puedo escribir como a los veinte años. Mi estilo de entonces tenía ciertos defectos de que, por gracia de Dios, me he ido librando.

Pero, sin duda, poseía cualidades que ahora he perdido, entre ellas un ingenuo lirismo que hoy me hace sonreír.

¡Ay, de mí que sonrío de lo que antes me hizo lagrimear!

Felizmente *Alegre* tenía pocos artificios retóricos; y aún esos pocos eran prestados, figuras sacadas de libros que acababa de leer y que me impresionaron momentáneamente.

He descolgado de las transparentes e ingenuas páginas de *Alegre* esos adornos de pacotilla y los he devuelto a los bazares de donde los saqué.

No creo que ningún lector de buen gusto los eche de menos.

Mi empeño no podía limitarse a corregir la forma verbal del libro: tenía que penetrar en su estructura misma, como quien dice en la carne de la obra, y ésta es la verdadera razón del trabajo que he consentido en tomarme.

Alegre es el relato de las aventuras de un niño y como tal la mayoría de sus lectores han sido y serán los muchachos entre los doce y los diez y ocho años.

He comprendido que había que despojar a *Alegre* de un exceso de sentimentalismo que lo hacía malsano para ciertas imaginaciones.

Ha sido la parte agradable de mi tarea: dar más virilidad a la figurita romántica de mi pequeño héroe.

Quiero que este relato sea un buen ejemplo de amistad pura y de abnegación y no un pobre episodio lacrimoso y disolvente.

Pienso haberlo realizado, sin modificar en lo más mínimo la acción de la novela, elemento que no deseaba alterar.

Tengo ahora, acerca de lo que debe ser una novela, las mismas ideas que tenía cuando escribí *Alegre.*

Y con ellas me enterrarán, lector amigo, si tu simpatía, que me llega al alma, sigue acompañándome como lo ha hecho durante un cuarto de siglo.

Royan (Francia) agosto de 1929.

HUGO WAST

I

El mercado de esclavos

Tenía doce años, y era un tímido y gracioso negrito, cuya sonrisa fácil descubría dos hileras de dientecillos blancos y apretados; de ojos profundos, algo soñadores, que una candorosa malicia esmaltaba de fugaces chispitas doradas.

Aunque parecía delicado, era fuerte y ágil.

Su nombre... ¿Quién podía saber su nombre, cuando él mismo lo ignoraba? En el pueblo le llamaban Alegre, porque así lo había bautizado el tío Delfín. Y aquel gracioso apodo le cuadraba, porque era alegre como los pájaros, como los corderos, como las praderas, como los arroyuelos, como todas las cosas alegres. Sin embargo, a veces, cuando estaba pensativo, sus ojos se velaban de tristeza: quizás se levantaba en su mente algún oscuro recuerdo.

Porque Alegre tenía una historia más larga que su vida.

Pocos en el pueblo sabían algo de ella.

De los lugares donde corrieron sus primeros años, recordaba confusamente un inmenso bosque tendido en la margen de un río, un sol abrasador, y noches medrosas, pobladas de rugidos de aquellos animales que sólo Vio muertos, y que le hacían temblar de miedo en su camita de hojas de palmera.

Era un rincón de las selvas africanas.

Recordaba a sus padres, negros como él, en todo el esplendor de una hermosura y robustez incomparables.

Hay en el África occidental, en las costas del Golfo de Guinea, una soberbia raza. Son los *pamúes.* Su tez no es tan oscura como la de los demás indígenas: en sus ojos chispea una inteligencia nada común; su cabello es largo, y sus facciones no tienen nada que envidiar a las más puras del tipo caucásico.

A esta raza privilegiada pertenecían los padres de nuestro héroe.

Vivían felices en un pueblecillo de pobres chozas rodeadas de campos de mandioca, de palmeras y de plátanos.

Un día —¡triste día para ellos!— llegaron por el río, en grandes embarcaciones, unos extranjeros que incendiaron el pueblo, asesinaron a muchos de sus habitantes, se apoderaron de los más jóvenes y fuertes, y después de encerrarlos en las bodegas de sus barcos, abandonaron el país.

Alegre iba entre ellos. Mucho tiempo pasó al lado de sus padres en aquel lóbrego rincón.

Finalmente el buque se detuvo. Se abrieron las escotillas y los sacaron al puente; desde allí pudieron ver que estaban en una ciudad. Desembarcaron, y reunidos en larga caravana empezaron penosa jornada a través de un país desconocido.

¡Cuántas veces en su larga peregrinación, siguiendo las ásperas sendas abiertas por las caravanas que pasaron antes, el pobre niño, impotente para dar un paso más, se echaba a llorar! Su madre lo estrechaba entre sus brazos, diciéndole:

—¡No llores, hijo mío; esto concluirá pronto!

Y la desgraciada lograba enjugar las lágrimas de su hijo, pero no las suyas.

Y cuántas veces amargaba aquellas tiernas efusiones la voz del guardián, que decía al niño con siniestra risa:

—¡No llores, desgraciado; aun te falta lo mejor! ¡Guárdate para entonces!

Así llegaron a una gran ciudad. En ella pudieron descansar algunos días regularmente alimentados. Sus amos los destinaban al mercado de esclavos, y mala figura hubieran hecho allí con sólo la piel y los huesos.

Un día, al amanecer, los llevaron a una extensa plaza.

Razón tenía el guardián de la caravana cuando decía al pequeño *pamú* que ahorrara el llanto. Él, que por dichosas casualidades había ido hasta entonces con sus padres, aun iba a sufrir un dolor mayor que todos los sufridos.

Poco a poco habían ido llegando los mercaderes de carne humana, que en breve serían sus dueños.

Algunos de ellos se colocaron frente al grupo de los *pamúes,* los más hermosos tipos de esclavos que había en el mercado.

Los padres de Alegre sentían congojas mortales. ¿Serían vendidos a un sólo dueño, o los repartirían entre varios, que los llevaran a distintos países donde jamás volverían a verse?

Un mercader se había acercado al grupo de los tres hermosos negros; los examinó prolijamente, y llamó al dueño de la caravana.

—¿Cuánto quieres? —le preguntó.

La suerte parecía propicia: a las desdichas de aquella pobre familia no se uniría la más honda de una cruel separación.

Pero cuando el trato estaba para cerrarse llegó otro comprador, que dijo señalando a Alegre:

—¿Me vendes este niño? Te doy cuarenta libras.

—Es mío ya —replicó tranquilamente el primer comprador.

—¿Sí? ¿Cuánto ha dado por él?

—Cincuenta libras —respondió.

—Se lo compro a usted por sesenta.

El dueño de la caravana olfateó un buen negocio, y con los ojos brillantes de codicia intervino en el diálogo.

—Esperen ustedes. El niño es mío, y no lo vendo por tan vil precio.

—¡Cómo!—protestó el primer comprador.

—Como usted lo oye: por menos de cien libras no lo doy.

Los dos contendientes vacilaron; el precio era demasiado alto. Por fin el segundo dijo, contando unos billetes:

—Ahí van las cien libras.

—¡Poco a poco! —respondió sonriendo el dueño. —He dicho que no lo doy por menos de cien libras; pero no he hablado de precio alguno.

—¡Bien, bien! ¡Eso me gusta! —murmuró el primer comprador. —Yo daría por él ciento diez: ni un penique más.

—Se quedará usted sin él: sólo por ciento cincuenta lo cedo.

—¡Ciento cincuenta!

—¡Es una enormidad!

—¡Ni un penique menos!

Siguió un rápido altercado. Ambos compradores regateaban el precio; pero sus ofertas se estrellaban en la codicia del dueño.

Los padres de Alegre escuchaban el diálogo con la muerte en el alma, y aunque desconocían el idioma en que hablaban aquellos hombres, demasiado comprendían por sus ademanes de qué se trataba.

No se engañaron. El primer comprador, poco dispuesto a dar las ciento cincuenta libras por el muchacho, cedió la plaza a su adversario.

Éste, que tenía verdadero interés en adquirir aquel hermoso negrillo, pagó sin regatear más.

—¡El niño es mío! —dijo.

—¡Ahora sí! Puede llevárselo.

El comprador, riendo de gusto, tomó a Alegre por la mano y quiso arrastrarle consigo.

—¡Madre, madre! —gritó el niño tendiendo sus bracitos hacia su madre en demanda de protección.

El grito del niño repercutió en el corazón de sus padres, que se arrojaron sobre él para defenderle.

La madre, como leona a quien pretenden arrancarle el cachorro, estrechó en los brazos a su hijo: no se lo quitarían sin hacerla antes pedazos...

¡Pero cuán poco valen las protestas de una madre ante la sórdida codicia de los hombres!

Los corazones nada pesan en la balanza de los mercaderes.

El látigo crujió sobre las espaldas de la esclava, y dos o tres árabes, servidores de su amo, cayeron sobre ella y le arrebataron el pequeñuelo, no sin que antes los labios de la desgraciada hubieran rozado su frente con un último beso.

II

El teatro ambulante

Alegre cambió de dueño varias veces en aquel primer año; hasta que cayó en poder del director de una compañía de acróbatas ambulantes que corría el mundo dando funciones al aire libre.

Estaba compuesta de niños que hacían pruebas y de perros sabios. Alegre iba a aumentar el número de aquéllos; sería en adelante un volatín para divertir al público.

Bien pronto se adaptó a aquella existencia azarosa y nómada a que le condenaba su fortuna. Recorrían los caminos trasladándose de ciudad en ciudad, detrás de un inmenso carro con techo, que guiaba el señor Berto, director de la compañía. De noche dormían al raso, si hacía buen tiempo, y si no, procuraban acomodarse como Dios les daba a entender los cuatro niños acróbatas y los cuatro perros sabios en el reducido espacio que en el vehículo les dejaban los efectos del teatro ambulante y la cama del director.

Su ración de comida, no muy abundante, tenían que repartirla con el perro que Berto les había encomendado, porque cada uno de los chicos cuidaba de uno de los canes.

El bondadoso director tenía algunos principios socialistas, y los aplicaba en el terreno de su jurisdicción: los cuatro animales eran para él iguales que los niños, puesto que trabajaban lo mismo.

A Alegre le había confiado un hermoso mastín de San Bernardo, de largo pelo blanco, con grandes manchas café y una enorme cabeza, animada por ojos tan inteligentes y dulces que parecían hablar. El director, hombre instruido en Historia, había dado a los perros el nombre de algunos de sus héroes favoritos. El de Alegre, de origen suizo, llamábase Tell.

Tell llegó con el tiempo a ser el mejor amigo de Alegre. Éste le había cuidado desde cachorrito, y él no reconocía otro amo. El negrillo, que no podía hacer buenas migas con los compañeros, tres chicos blancos, concentró todas sus afecciones en aquel hermoso perro, el único ser que en la compañía le amaba.

¡Cuántas veces el pobre niño, huyendo de los compañeros, que le maltrataban, y de su amo, que le reñía, se consolaba con el cariño de su perro! ¡Cuántas veces lloró Alegre y se durmió sobre el lomo de Tell, como sobre una tibia almohada!

Cuando la compañía llegaba a alguna población, armaba un tinglado en una plaza o en un sitio baldío y daba funciones, a las que el público podía asistir mediante un módico precio.

Pronto el negrillo, más gracioso y más inteligente que sus compañeros, se distinguió.

El director llegó hasta decirle acariciándole los rizados cabellos:

—Llegarás a ser un buen payaso, hijo mío.

¡Un payaso! Alegre no se ponía orgulloso por esto; al contrario, sentía en el fondo del pecho una ola amarga de humillación y de tristeza que subía a su garganta y se escapaba en un sollozo. Así corrieron varios años.

El carácter de Alegre cambió. No fue ya el negrillo que se dejaba maltratar por los compañeros y se escondía para llorar. No; Alegre no lloraba ya: tenía diez años y buenos puños, y era juguetón, vigoroso y alegre como una mañana de primavera.

¿Por qué había de estar triste? Ya casi no recordaba la tragedia de su infancia.

Sus padres, si vivían, estaban tan lejos, tan lejos, que su recuerdo se perdía en las brumas de aquel cuento extraño de su vida.

Su hogar... ¿Cuándo había conocido un hogar? La choza de techo de palmas, rodeada de plantaciones de mandioca, apenas era ya como la impresión de un sueño, que nunca se puede reconstruir.

Su patria... Para él, todo el mundo era su patria; él no era extranjero en ninguna parte; sólo amaba la libertad.

Y cuando lo maltrataban y su oficio de payaso se le hacía muy odioso, pensaba escaparse con Tell para ganarse la vida de otro modo. Pero conocía a su amo; si se escapaba, la policía le buscaría, y, tarde o temprano, caería otra vez en su poder.

—¡Otra vez; más tarde! —se decía, aplazando su proyecto.

El director iba volviéndose viejo; las fuerzas y la salud le abandonaban, y con ellas sus habilidades, y la compañía estaba a punto de arruinarse.

Un día el señor Berto llegó con ella a un puerto de mar donde había muchos buques que partían para América, y allí le vino el pensamiento de probar fortuna en el Nuevo Mundo.

Visitó varios buques, para averiguar por qué precio lo llevarían.

Los vapores trasatlánticos, recomendables por la regularidad de su servicio, eran caros; los barcos de vela, no aceptaban pasajeros.

Pero después de mucho preguntar y de recorrer los muelles, dio con el capitán de un velero, listo a zarpar para Buenos Aires.

—¿Cuatro chicos y cuatro perros? —masculló el marino.— ¿Y usted?... ¡Mucha gente es ésa!

—Se acomodan dondequiera: no son delicados. Ya ve, cómicos ambulantes, acostumbrados a dormir al raso...

—Sí, sí; pero siempre queda pendiente la cuestión del alimento. ¡Supongo que no pretenderá usted sujetarlos a una dieta forzosa!

El capitán suponía mal: precisamente era lo que pretendía el dignísimo director. No sería la primera vez que negociara sobre el estómago de sus discípulos. A la insinuación del marino, respondió con indiferencia:

—¿Y por qué no?

—¡Hombre! —exclamó el otro, asombrado.— ¡Tiene usted unos discípulos muy baratos!

—Ya le he dicho que no son delicados.

—Sí, voy viéndolo; no son delicados.

—Y siendo así, ¿cuánto pide usted por el transporte de mi compañía?

—Pero yo no me comprometo a entregarla viva en tales condiciones.

—Eso corre de mi cuenta.

—Bueno; es usted un hombre muy hábil. El asunto presenta así otro cariz. Serían... Pues... Cuatro chicos, cuatro perros y el director; ¿no es eso? Sin darles más que el aire del mar y el puente de mi buque? ¿eh?

—¡Si, sí!

—Serían, casi nada: si me paga en moneda inglesa, veinte libras; en moneda italiana, el cambio está bajo; en francos franceses... ¡hum!; en pesetas españolas...

El señor Berto casi había caído de espaldas.

—¡Veinte libras! ¡Es una enormidad!

El capitán lo miró terriblemente.

—¿Qué? ¿Le parece a usted mucho? Pues le juro a usted por la arboladura de mi barco que no rebajo un penique, ni acepto liras, ni pesetas, ni francos...

Y al decir esto giró sobre sus talones, y haciendo crujir las tablas del puente con los tacones de sus botas, se marchó.

Berto comprendió que de aquel lobo no podía esperar una rebaja. No había vuelta de hoja: para marchar a América necesitaba convertir sus bienes en libras inglesas y pagar veinte al capitán.

Volvió a su carromato con el firme propósito de proporcionarse el dinero antes de la partida del barco; ató sus viejos caballos y empezó a recorrer la ciudad, ofreciendo su teatro en venta.

Media semana anduvo así, y al fin, después de haberlo cedido todo a algunos empresarios de circos ambulantes, pudo contar en su bolsa más de tres veces el precio del pasaje en el velero.

III

El bautismo del negrillo

Dos días después, el bergantín *Santa Ana,* de 800 toneladas, cargado con vinos y aceites, soltaba las amarras y hacíase a la vela para Buenos Aires.

A bordo, instalada en el puente, iba la compañía ambulante.

Ni los muchachos ni los perros, como había dicho el director, eran delicados; a proa, entre algunos fardos que no habían hallado cabida en la bodega, encontraron albergue suficiente. Por fortuna para ellos, la temperatura era templada: principiaba el otoño, y en aquella latitud los días aun son cálidos, y las noches tibias y agradables.

Al poner los pies sobre el puente, Alegre se creyó transportado a un palacio. Nunca había visto buques sino de lejos, y ahora, que, en el colmo de sus ambiciones, no solamente veía uno, sino que lo palpaba, que navegaba en él, sentíase feliz del todo.

Pero el viaje a bordo le recordaba otro que había hecho muchos años atrás, muchos (tantos, que él debía de ser muy pequeño), en el fondo de un agujero infecto, sin aire, sin luz, entre una multitud de hombres negros.

¡Qué triste recuerdo! Alegre no quería evocar esa horrible pesadilla, mientras recorría el puente.

El *Santa Ana* valía infinitamente más, con su cubierta caldeada por el Sol y refrescada por las brisas del mar.

—¡Qué hermoso es el *Santa Ana*! —exclamó, no pudiendo disimular por más tiempo su entusiasmo.

—¿Te gusta de veras? —le preguntó un viejo marino que hacía un rato le observaba.

—¡Ya lo creo! Me gustaría vivir siempre a bordo. ¡Qué lindo es ser marinero!

El viejo meneó la cabeza sonriendo.

—¿Cómo te llamas, hijo mío?

—¿Yo? —preguntó Alegre abriendo tamaños ojos. Nunca se le había ocurrido que podía tener un nombre. En la compañía le llamaban *Gracioso,* pero aquel no era su nombre, era el nombre de un payaso, y lo que el buen marinero quería saber era el suyo. ¡Su nombre! ¿Lo sabía él acaso?

—Sí, tú. ¿Cómo te llamas?

—Yo no me llamo de ningún modo —respondió Alegre triste y avergonzado.

—¡Vaya, niño mío! —dijo el viejo, que empezaba a adivinar lo que el negrito no podía decirle. —No te apenes por eso. ¿Te agradaría visitar el barco?

—¡Oh, sí; muchísimo!

—Bueno; yo te lo mostraré.

Y tomándolo por la mano, le condujo a popa: desde allí comenzarían a recorrer el bergantín hasta que Alegre se lo supiera de memoria.

La ingenuidad del chico había cautivado el corazón del lobo de mar. Lo que ninguno de los otros muchachos blancos de la compañía hubiera conseguido, lo alcanzaba aquel simpático negrillo que ni aun sabía su propio nombre. El viejo marinero adivinaba en aquel detalle toda una historia. Conocía lo que son esos cómicos ambulantes, que exhiben niños y perros amaestrados. Apostaría una oreja a que el señor Berto, que por avaricia alojaba a sus chicos en el puente mientras él se acomodaba en un camarote, era de los peores. ¡Tifones, si lo era! No una oreja, las dos apostaría seguro de ganar.

El negrillo estaba en el colmo de su dicha. El buen marinero, a quien saludaba con respeto la tripulación (¿por qué sería?), y que con tanto cariño le llevaba de la mano a visitar el buque, palo por palo, habíase fijado en Tell, que los seguía humildemente a todas partes.

—¿Es tuyo este perro? —le había preguntado.

—Sí, señor; es mío.

—¿Cómo se llama?

—Tell —respondió el muchacho acariciando la noble cabeza del perro.

—¡Tell, Tell, ven aquí! —exclamó el marinero; y Tell, obediente y cariñoso, saltó hacia él dando gruñidos de satisfacción.

—¡Hermoso animal! —decía hundiendo sus gruesas manos en la suave pelambre del perro; y añadió mirando al muchacho: —Parece tan bueno como tú.

Si a través de la oscura piel de Alegre hubiera podido verse el carmín de su sangre, el marino lo habría visto ruborizarse de placer. Solamente vio que entornaba los ojos, como hacía siempre que algo hería simpáticamente las fibras de su alma, y le conmovió su ingenua respuesta:

—¡Usted sí que es bueno!

—¡Pobre niño! —exclamó el viejo, enternecido; y, agachándose, rozó con sus labios la tersa frente del negrito.

Alegre sintió un estremecimiento; una lágrima tembló en sus párpados: aquel beso despertaba en su memoria la impresión del último que le diera su madre. ¿Cuánto tiempo hacía? Era el primero que le daban después de aquél.

El sol se hundía en el ocaso, y sus postreros rayos chispeaban en las olas del mar. El *Santa Ana,* con todas sus velas al viento, volaba como un pájaro blanco de anchísimas alas, que fuese rasgando con la punta de ellas aquella inmensa tela azul. El negrillo, sentado cerca de su amigo, que con la rueda del timón dirigía la marcha del buque, miraba el hermoso cuadro del sol poniente.

—Acércate, hijo mío—dijo el marino a Alegre —¿te gustan los cuentos?

—¿Y qué son cuentos? —preguntó el chico.

—¿No lo sabes? ¿Nunca te han contado ninguno?

—No, nunca.

—¿Y tu madre?...

El marino se mordió la lengua antes de acabar la frase: quizá había dicho demasiado.

En efecto. Miró al muchacho, y vio toda su alegría desvanecida, su sonrisa nublada, y sus ojos sorprendidos y humedecidos por una lágrima.

Ante aquella súbita evocación de su pasado, Alegre se quedó perplejo y triste.

—¡Pobrecito! —exclamó el viejo soltando la rueda del timón y tomando entre las manos la cabeza del niño. —Yo te contaré un cuento: quédate aquí a mi lado.

En aquel momento el buque, sin el apoyo del timón, se torció sobre las olas y dio un fuerte barquinazo.

—¡Eh; que te caes! —exclamó el marinero dando una vuelta a la rueda, mientras el muchacho, poco avezado a guardar el equilibrio ante aquellas sorpresas del mar, rodaba por el puente. —¿Te has hecho daño?

—¡Oh, no! —respondió riendo a carcajadas.

—¡Así me gusta verte! ¡Alegre, siempre alegre! ¿Sabes? Tú debes tener un nombre. ¿Quieres llamarte Alegre desde ahora? ¿Qué te parece? ¿Te gusta?

—¡Sí, sí; me llamaré Alegre! ¡Es un lindo nombre!

—Y te sienta muy bien, porque eres alegre como las golondrinas, como las Gaviotas, como los delfines, y como la mar cuando se sacude las pulgas.

—¿La mar tiene pulgas?

—No, hijo mío; es una manera de decir que está alborotada. ¿Quieres que te cuente una historia de piratas?

—Pero es que yo no sé lo que son historias de piratas.

—No importa; ya lo sabrás, si quieres.

—Bueno, pues: cuénteme una.

—Escucha:

«El hijo del Capitán»

«Era hace muchos años, cuando había piratas, en una hermosa noche del mes de abril.

»El mar, oscuro como la tinta, sólo reflejaba algunas estrellas en sus olas inquietas.

»Hubiera estado completamente desierto si en aquel instante no lo cruzara un bergantín-goleta que a velas desplegadas huía de los peligrosos archipiélagos griegos en busca de las verdes costas de Sicilia.

»Sus estrechas bandas, su fina y levantada proa y su airosa arboladura le revelaban como un velero de primera clase, que con buen viento podía hacer cómodamente diez millas por hora.

»En el cuadro de popa se leía en doradas letras un nombre: *Palermo.* Podía suponerse, pues, que era un navío siciliano.

»En efecto: su dueño y capitán, Giovanni Raffadali, había nacido en Catania, una de las más bonitas e importantes ciudades sicilianas.

«Era un hombre de cuarenta años.

«Gracias a un activo comercio que mantenía personalmente con los puertos de Levante, había logrado reunir riquezas suficientes para comprar una quinta a orillas del mar que tanto amaba, en donde vivía su esposa, y en la cual había vivido hasta los doce años su único hijo.

«Llamábase Enrique, y era un valiente muchacho de tez un tanto bronceada, cual conviene a un hijo de Catania.

«Amaba el mar como su padre, y le temía sin conocerlo; porque Enrique, a pesar de sus doce años, jamás había pisado el puente de un barco en alta mar.

»Su padre esperaba que cumpliera los doce años para darle el bautismo de agua salada, haciéndole conocer al padre común de los habitantes de las costas.

»Mientras tanto, Enrique podía jugar en la costa con la barca de un pescador amigo, y una que otra vez con buen tiempo, dar un paseíto en ella, cuando el pescado estaba cerca, y volvían al puerto con la marea próxima.

»Pero aquellas excursiones no saciaban su ansia de viajar. ¡Qué no hubiera dado por cumplir cuanto antes los doce años para embarcarse!

»Éste era su sueño dorado. Cuando su cabeza reposaba en la almohada y su espíritu vagaba en lejanos países, sólo veía barcos, islas y mares infinitos, y hasta piratas con quienes combatía y a quienes, por supuesto, vencía.

»Porque en aquellos tiempos de incesantes guerras, el corso era un negocio que explotaban en competencia los piratas griegos, turcos y argelinos, de que estaban infestados los mares.

»Llegó por fin el día en que Enrique cumplió doce años. Seguro de que su padre, a la sazón en viaje, no le iba a engañar, corrió al puerto a ver si había llegado el *Palermo.*

»Sí; allí estaba balanceándose sobre las olas, anclado desde la víspera.

»El capitán Raffadali iba expresamente a cumplir la promesa hecha a su hijo. Éste vio desde el muelle los preparativos de desembarque; un bote se desprendió de la banda de estribor, y a poco el muchacho caía en brazos de su padre.

»—¡ Amiguito! —le dijo éste.—Hoy te embarcas.

»El niño no respondió. ¡Embarcarse! Había soñado tanto con aquel dichoso instante, que apenas podía creerse despierto.

»Al día siguiente, después de haberse despedido de su madre, que se quedaba en tierra rogando a Dios por su esposo y por su hijo, Enrique oyó con embeleso el chirrido de la cadena del ancla arrastrada por el cabrestante, el crujir de la lona acariciada por la brisa y el estremecimiento del bergantín en marcha.

»¡Oh, el mar!

»¡Con qué alegría vio desaparecer en lontananza las costas de su país! ¡Con qué fruición hundió la mirada en el vastísimo horizonte!

»Cielo y agua por doquiera; sólo a lo lejos, muy lejos, divisaba alguna vela blanca, no mayor que las alas de una Gaviota. De pronto, en medió de su entusiasmo, le asaltó una idea al mirar aquellos buques lejanos.

»A su lado estaba el contramaestre.

»—¿No hay piratas?—le preguntó en voz baja, temeroso de pregonar su miedo.

»El marino sonrió.

»—¿Piratas? ¡El *Palermo* se ríe de ellos! Ven acá y juzga tú mismo.

»Y le condujo al entrepuente, donde por cada banda asomaban sus negras bocas seis cañones.

»—¿Qué te parece?

»El niño quedó inmensamente sorprendido y preguntó:

»—¿No es pirata mi padre?

»—¡Bah! —exclamó el contramaestre soltando una estruendosa carcajada; y añadió bajando la voz: —Tu padre... no tiene arboladura para tanto. Sin embargo, el buque puede ser un buen corsario. Con su andar, sus doce cañones y unos cuantos hombres decididos, ya podría largar trapo cualquier navío a la vista. Si tu padre quisiera, el Mediterráneo sería suyo.

»Enrique pensó que el contramaestre se burlaba de él.

»—¡Vamos, no te asustes! —dijo el marino.—Cuando veas el mar de fiesta y al *Palermo* bailando sobre las olas como una cáscara de nuez, entonces tendrás más miedo.

»—¡Yo no tengo miedo al mar! —exclamó Enrique orgullosamente.

»—¡Así me gusta! ¡Ni al mar ni a los piratas!

»—¡Ni a los piratas!

»El marinero reía con risa falsa y dura. Parecía decir: —¡Ya lo veremos!

»Aquella noche Enrique preguntó a su padre:

»—¿Cómo se llama el contramaestre?

»—Volpi. ¿Por qué, hijo mío?

»—Quería saberlo. ¿Es buen marino? ¿De dónde es?

»—Es de Palermo, y excelente marino.

»—Pero ¿no es pirata?

»—¡No! —exclamó el capitán riendo; —no es pirata. — Y añadió para sí: —Aunque, después de todo, no le iría mal en el oficio. ¡Tiene un aire de corsario! ¡Bah! — prorrumpió alegremente— ¡qué ha de ser!

»Poco después el *Palermo* llegaba a los puertos de Levante. Allí estuvo anclado o recorriéndolos unos dos meses, que el capitán Raffadali empleó en aumentar sus riquezas. Sea que se condujera con más habilidad que nunca, sea que su crédito hubiera crecido, es lo cierto que las ganancias de aquel viaje fueron cinco veces mayores que las de ningún otro. Las bodegas del *Palermo* volvían repletas de productos orientales: armas, sederías, tapices, esencias que se vendían fácilmente en los mercados europeos. Además, los cequíes abundaban en las arcas del afortunado capitán.

»Aquel barco hubiera sido una presa magnífica para los piratas; pero, como decía el contramaestre, el *Palermo* se reía de ellos por la negra boca de sus doce cañones.

»Sería la media noche. El capitán dormía con Enrique en la cámara. El muchacho, sofocado por el calor que reinaba en ella, y ansiando respirar la brisa que en aquel momento hinchaba las velas, subió al puente. La oscuridad era

completa; todas las luces se habían apagado. El silencio profundo; sólo se oía el chapoteo de las olas que batían los costados del buque.

»No dejaron de extrañarle a Enrique estos detalles, pues sabía que un barco jamás debe apagar las luces de posición.

»Intranquilo, dio algunos pasos, cuando oyó crujir una escotilla que se abría. Quiso volver a la cámara, mas le interceptó el paso un hombre cuya figura se dibujaba borrosamente en la oscuridad. Sus pies desnudos no hacían ruido. Enrique apenas tuvo tiempo de ocultarse detrás de un rollo de cables, con el cual el otro tropezó.

»—¡Diablo! —gruñó.— ¡Casi me voy a pique! ¡Y todo por causa de ese bárbaro de Dimas que no echó el rollo al entre-puente!

»El muchacho reconoció a Volpi y por instintiva desconfianza no le habló.

»E1 contramaestre se acercó a la rueda del timón y silbó tan suavemente que sólo hubieran podido sentirlo los que aguardaban aquella señal. Aparecieron instantáneamente dos o tres hombres.

»—¿Y Ben-Hissar? —preguntó el contramaestre.

»—En su puesto, junto a la cámara de proa —respondió una voz.

»—¿Y Spakia?

»—¡Presente! —dijo otra voz.

»Todos hablaban en italiano, pero con marcado acento levantino. Enrique buscó en su memoria los nombres que había pronunciado el contramaestre: estaba cierto que los oía por primera vez. Eran, pues, hombres extraños a bordo. ¿Cómo habían entrado? ¡Misterio! Quizás —pensaba el muchacho— entre los fardos de la carga, y habían permanecido ocultos hasta entonces en la sentina. Lo cual no era maniobra difícil estando en connivencia con el contramaestre. Pero no tenía tiempo de reflexionar: los hombres hablaban nuevamente, y no quería perder ninguna de sus palabras.

»—¿Y la tripulación? —preguntaba uno.

»—No podrá hacer nada —respondió el contramaestre—. Están aseguradas las escotillas, y cuando pueda salir, ya será tarde.

»—Entonces, ¿no queda más que el capitán?

»—Nadie más que él y su hijo: ve y entiéndete con ellos.

»—¿Los mato? —preguntó el pirata con atroz sangre fría.

»—¡No, bárbaro! —exclamó riendo el contramaestre—. No hagas eso; tengo yo una cuenta que arreglar con el capitán: de todas maneras, hoy o mañana, la muerte le sabrá igual.

»—¿Y al muchacho?

»—A ése, sí; mátalo —gruñó alguien.

»—¡No! —ordenó el contramaestre con voz seca—. A ése, no. Sacaremos de él un buen grumete. Me recuerda a un hijo mío que, si viviera, sería de su edad. Anda, y haz lo que te digo. Pero poco ruido, ¿eh?

»Enrique se ahogaba de angustia. ¿Qué hacer? ¿Cómo avisar a su padre? El enviado había desaparecido por la escalera de la cámara, y él no podía seguirle, porque los hombres del puente le hubieran descubierto.

»Dominó sus nervios y pensó fríamente: su padre no estaba en inminente peligro de muerte, según las órdenes del contramaestre. Por otra parte, su ayuda sería insignificante contra varios hombres; era preferible obrar por astucia. ¿Cómo?

»El muchacho sentía correr el tiempo con espantosa rapidez, midiéndolo por las palpitaciones de su corazón.

»El contramaestre acababa de prender una mecha, y con ella encendió dos linternas. Colocó una sobre la bitácora, y tomó la otra.

»Enrique se acostó sobre el puente, detrás del rollo de cables para evitar que le descubrieran.

»—¡Tarda mucho! —decía el contramaestre—. Voy a ver qué pasa. Vosotros esperad aquí.

»En aquel momento se oyó un grito en la cámara de popa.

»—¡Socorro! ¡socorro! —exclamó alguien.

»—Es Ben-Hissar —dijo el contramaestre—. ¡Ha perdido la partida! ¡Venid todos conmigo!

»Volpi, seguido de los otros, se precipitó tumultuosamente en la cámara del capitán.

»Enrique se plantó de un salto en medió del puente.

»—¿Qué hacer? ¡Dios mío! ¿Qué hacer? —exclamaba indeciso e impaciente—. ¡Ah, ya veo lo que he de hacer! ¡Señor, Dios mío, dadme fuerzas para salvar a mi padre!

»Cogió la mecha y la linterna que habían quedado junto a la rueda del timón, y se apoderó de un hacha que allí había. En tres saltos llegó a la santabárbara, hundió la puerta a hachazos y penetró en ella, mientras en su cámara el capitán se debatía furiosamente contra los marineros que habían corrido a ayudar a Ben-Hissar, medió asfixiado bajo la presión de los férreos dedos de Raffadali. La tripulación, despertada por el rumor de la lucha, en vano trataba de forzar la salida del entrepuente, donde la había dejado encerrada el bandido Spakia. Entre tanto el buque, sin gobierno, iba dando tumbos sobre las olas, que comenzaban a agitarse con la brisa, cada vez más fresca.

»Enrique desfondó con el hacha varios barriles de pólvora, y tomando en una mano la mecha encendida y en la otra la linterna, que arrojaba un chorro de luz sobre su rostro, exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

»—¡ Volpi, Ben-Hissar, Spakia! ¡Venid, los piratas!

»Uno de ellos que acudió al timón para enderezar el barco, que cabeceaba horriblemente, vio con indecible terror al hijo del capitán pronto a incendiar la santabárbara, lo que significaba hacer volar el buque por los aires, ardiendo como un haz de paja.

»—¡Ah, maldito muchacho! —exclamó precipitándose a la cámara del capitán.

»—¡Volpi, Volpi! ¡Corred pronto, que hacen volar el buque!

»El contramaestre apareció en el puente, desgreñado y amenazador. Con voz breve dio orden al timonel de enderezar el barco y corrió a la santabárbara, y al ver la actitud del niño, en cuyo rostro daba de lleno la luz de la linterna, lanzó un verdadero bramido de rabia impotente, y le apuntó con una pistola.

»—Es inútil, —gritó el hijo del capitán—. ¡Mirad mi brazo; aunque me matéis, caerá la mecha sobre el barril, y volará el bergantín con todos los piratas que hay a bordo!

»La mano armada de Volpi abatiose inerte.

»—Di, muchacho, ¿qué pretendes hacer?

»—¡Nada! —respondió Enrique con aterradora burla—. ¡Hacer volar el buque!

»—¡No; tú no harás eso, hijo mío! —replicó el contramaestre, dulcificando cuanto pudo la voz.

»—¿Que no? ¡Mira! —Y el heroico niño bajó la mecha; ya iba a tocar la pólvora...

»—¡Espera un instante! —suplicó Volpi, nervioso de coraje y sin atreverse a dar un paso.

»Enrique alejó la mecha.

»—¡Habla! —dijo con voz segura.

»—¡Tú también morirás, si haces volar al buque!

»—Lo sé; pero no me importa.

»—¡Morirá tu padre!

»—¡Bah! ¿No morirá lo mismo en vuestras manos? ¿No tenéis una cuenta que arreglar con él?

»—¡Ah! —exclamó aterrado el rebelde marino, procurando ganar unos minutos—. ¡Arroja esa mecha, hijo mío, y te daré cuanto pidas!

»—¡Bien! Dame primero lo que pida, y después tú mismo la apagarás.

»—¡Pide!

»—Trae a mi padre al puente.

»El contramaestre vaciló; pero viendo decidido al pequeño héroe, comprendió que no le quedaba otro recurso, y ordenó que llevaran al capitán.

»Éste se presentó con los brazos atados.

»Al ver a su hijo lo comprendió todo, y sólo tuvo un gesto de admiración.

»—¡Bravo, mi Enrique; bravo!

»—Ahora —dijo el contramaestre—, apaga la mecha.

»—No; tengo algo más que pedir.

»—Pide.

»—Desata a mi padre, y que suba al puente toda la tripulación.

»—¡Estás loco! ¿Voy a perder lo que acabo de ganar? ¿Voy a perder un barco en cuya bodega hay un millón?

»¡Pirata!—exclamó con desprecio el niño— ¡Conténtate con salvar la vida!

»El contramaestre comprendió su derrota.

»—Hemos perdido la partida —dijo con rabia— ¡Spakia, que suba al puente la tripulación!

»Algunos instantes después los marineros del *Palermo,* sorprendidos y espantados, se alineaban sobre cubierta.

»—¡Ben-Hissar, desata al capitán! —ordenó el contramaestre—. Y que esta acción te sirva para ganar su clemencia.

»El capitán quedó libre.

»—Y ahora, ¿qué haces tú? —preguntó el pirata a Enrique.

»—Lo prometido.

»Apagó la mecha, y se arrojó en los brazos de su padre.

»Todo había quedado en silencio. De pronto se oyó la voz del capitán, que daba orden de aprisionar a todos los que habían intentado apoderarse del buque.

»Minutos después eran llevados a la sentina, sólidamente amarrados, el contramaestre y sus secuaces, y a bordo volvió a reinar el orden habitual, como si nada hubiera sucedido.

»—¡Bravo, mi Enrique! —exclamaba el capitán, ya en su cámara, abrazando a su hijo— ¡Eres un héroe de doce años!

»—Y ahora, padre mío —preguntó el muchacho—, ¿qué harás de esos cinco prisioneros?

»—¡El primer rayo del sol de mañana alumbrará cinco piratas colgados de las gavias! —respondió fríamente el capitán.

»—¡Padre mío! —exclamó el muchacho abrazando a su padre— ¿Y si yo te pidiera su vida y su libertad?

»—No podría concedértelo. Por disciplina y para escarmiento de todo marinero, deben pagar su delito como mandan las leyes.

»—¿Y si alguno de ellos hubiera salvado la vida a tu Enrique?

»—Le perdonaría— respondió Raffadali, no sin alguna vacilación.

»—¡Bien! —dijo el niño, arrojándose al cuello de su padre.

»Entonces le contó cómo el contramaestre había dado orden de que a él no le mataran, por recuerdo de su hijo; le mostró que si salvaba al cabecilla no podía condenar a sus cómplices; y cuando vio que una lágrima se deslizaba por las bronceadas mejillas de su padre, preguntó de nuevo:

»—Y ahora, ¿qué harás de ellos?

»—Ahora, por ti, Enrique mío, les perdonaré la vida, y en la primera tierra que avistemos, desembarcaré a esos bandidos.

……………………………………………………………………..

»Dos días más tarde, después de haber dejado en Malta a Volpi y sus cuatro cómplices, entraba airosamente el *Palermo* en el hermoso puerto de Catania.»

La noche había cerrado completamente; algunas estrellas brillaban en la bóveda celeste como diamantes prendidos en un manto, y la luna emergía dulcemente de las olas.

El viejo marino calló. Alegre quedó silencioso. Después, con esa curiosidad inagotable de los niños, que quieren apurar hasta la última gota de una historia, preguntó:

—¿Y Enrique?

El marino esperaba la pregunta y no le costó gran trabajo la respuesta:

—Enrique llegó a ser capitán del *Palermo* cuando su padre, agobiado por la edad, no pudo continuar en su rudo oficio.

—¡Yo quisiera ser como Enrique! —exclamó de pronto Alegre, que se había quedado pensativo nuevamente.

—¡Héroe a los doce años! ¡Hum! Algún trabajillo cuesta; pero no es imposible cuando llega la ocasión si el corazón no traiciona. ¿Qué edad tienes ahora?

—Diez años, según el señor Berto.

—Bueno; te faltan dos para tener la edad del hijo del capitán. Pero ahora basta de piratas, niño mío: otro día te contaré más. Ya es hora de cenar y me parece que Berto no te guardará tu parte.

Alegre volvió del país encantador de la fantasía al de la realidad; se acordó de Tell, que debía de tener buen apetito y que estaba allí en espera de sus órdenes; se acordó de sí mismo, que lo tenía bastante despierto, gracias a la brisilla del mar. Y

fue a donde estaban sus compañeros, que le mostraron burlonamente su plato de hojalata completamente limpio. Comprendió y, sin decir una palabra, se volvió a popa.

—¿Ya cenaste? —le preguntó su amigo.

—Como usted pensaba, no me han guardado mi parte. Lo siento por Tell, que tendrá que ayunar.

—¡Tifones! Aguarda; ya te desquitarás. Yo mando no solamente aquí, sino también en la despensa.

Llamó a un marinero y le dio una orden.

Poco después volvía el marinero con unas tajadas de oloroso jamón, un vaso de vino y una galleta.

—¡Vamos, muchacho! Aquí tienes; ¡desquítate! Come sin miedo: hay para ti y para tu perro. Los hombres somos como los barcos. Cuando no tenemos lastre en la bodega la primera racha nos tumba.

Al poco rato Alegre había dado fin a la mejor cena de su vida.

—¡Bien, hijo mío! Ahora, a dormir en paz; a soñar con Enrique, para que aprendas a ser bueno.

Alegre no se iba.

—¿Se te ofrece algo más? Di sin miedo: ¿qué quieres?

—Preguntarle a usted una cosa, —balbuceó tímidamente.

—Pregunta cuantas quieras.

—¿Cómo se llama usted, y por qué le obedecen todos?

—¡Hombre! ¿Cómo me llamo? Para ti, me llamaré Delfín, el tío Delfín; para los otros soy el contramaestre, y por serlo me obedecen. ¿Has entendido?

—¿Y qué es un contramaestre? ¿Un pirata como el del *Palermo?*.

—¿Como Volpi? —exclamó el marino soltando una ruidosa carcajada—. No, hijo mío. Un contramaestre es casi un segundo capitán. Anda, duerme, y sueña con todos los piratas que quieras, con tal que no me pongas entre ellos.

Alegre se retiró gozoso, se acomodó entre unas lonas sobre el puente de proa y se durmió profundamente. Soñó con el tío Delfín, con Enrique y con los piratas... ¿Quién podría describir lo que inventan los niños cuando su imaginación vaga por los dorados campos de la fantasía?

IV

El tío Delfín

El tío Delfín o, llamándole por su propio nombre, Joaquín Pessaro, era uno de esos viejos lobos de mar que, nacidos en una playa, viven y mueren en las olas.

Cuando Alegre le conoció, tendría poco más de cincuenta años, pero había vigor increíble en su cuerpo fornido.

Navegaba desde los diez. Había cruzado cuantos mares tiene el mundo, sus pulmones habían respirado en todos los climas, y su rostro se había bronceado con los soles de todas las latitudes.

Un día, cansado de tan ruda existencia, volvió a tierra: compró con sus ahorros de muchos años una pequeña huerta en su pueblo, a la orilla del mar, y edificó una casita. Hecho el nido, ¿cómo no buscar una compañera? El tío Delfín se casó y a los cuarenta años conoció la vida del hogar.

Empero, genio y figura, dice el refrán que van hasta la sepultura.

Un día el viejo lobo de mar abrió las fauces en un inmenso bostezo que era solamente sed de libertad y de aire de océano, y estiró los brazos entumecidos por el ocio.

—¡Tifones del mar de la China! ¡Francisca! —llamaba a su esposa— ¡Te he dicho que esta vida me está matando! El tío Delfín no ha nacido para podrirse en tierra firme como un lanchón abandonado. Sabes tú con qué me destetó mi madre? ¡Con atún salado, Francisca! La tierra me envejece; el mar me remoza. ¿Dónde se ha visto que los delfines se hagan hortelanos? Estoy seguro de que si no vuelvo a mi oficio, voy a morirme en llegando el invierno. Mañana mismo iré al puerto, y si hay algún barco que necesite un tío Delfín a bordo, me engancho en él. La tierra me pudre y el gorgojo me está royendo la quilla. ¡Fuego de San Telmo! Antes que me coma el gorgojo prefiero los tiburones. ¿Entiendes esto, Francisca de mi vida?

¡Vaya si entendía la pobre! Desde las primeras palabras había comprendido que era una de las crisis que el buen hombre padecía en sus nostalgias por el mar. Hasta entonces ella, a fuerza de ruegos, había podido conjurarlas; pero aquella vez era la decisiva.

El viejo lobo, habitualmente tan dulce, no quería ya oír consejos ni ver lágrimas: se exasperaba, rugía, echaba tifones y relámpagos que era un gusto.

—¿Y nuestros hijos? —preguntó su mujer con lágrimas en los ojos— ¿Qué será de ellos sin su padre?

El tío Delfín tenía dos pequeñuelos a quienes adoraba; eran su lado flaco. Adivinó su derrota si se dejaba atacar por aquella banda.

—¡Truenos y relámpagos! ¡Mujer, tú no quieres entenderme! ¡Que soy padre de los chicos! ¡Bien! ¿Y qué? ¿Quiere decir que debo renunciar a mi verdadero oficio y estarme siempre en seco, la quilla en alto, como un buque averiado por los escollos y que no merece compostura? Gracias a Dios, tengo todavía buenas bandas para hacerme a la mar. —Y al decir esto golpeábase el pecho y las costillas, que más parecían de templado acero que de carne y hueso—. Y mis chicos necesitan más cada día de mi trabajo, porque van echando más arboladura. ¡Cállate, mujer, que no entiendes la maniobra!

Resultado: que a los pocos días, después de dar un tierno abrazo a su mujer, que lloraba a lágrima viva, un beso como un cañonazo al mayor de sus chicos, y un dulce mordisco al menor, el tío Delfín se hizo a la mar como contramaestre del bergantín *Santa Ana,* de la matrícula de Nápoles, capitán Riquelmi.

Largos años navegó en él, sufriendo la cólera de los mares, siempre inquebrantable, fuerte como un escollo, aferrado en su propósito de no echar raíces en tierra firme sino cuando estuviera cuarteado en las bandas y desmantelado en la arboladura. Bien sabía el honrado marino que todas sus fatigas se trocaban en oro, y que aquel oro debía de asegurar el porvenir de su familia cuando él faltara; porque, tarde o temprano, había de rendir su tributo al mar.

Pero el oficio era rudo, la paga mezquina, y sólo a costa de grandes privaciones lograba el tío Delfín ahorrar algo.

Rara vez, cuando el *Santa Ana* anclaba, en Nápoles o en algún puerto cercano, podía ver a su mujer y a sus hijos.

¡Qué baño de alegría se daba el viejo lobo en aquellas visitas! ¡Pero cuán veloces huían aquellas dichosas horas!

Llegó un día en que el comercio del *Santa Ana* requirió su presencia en otros mares, y pasaron años sin que el honrado marino pudiera volver a su hogar a refrescar víveres, como él decía en su pintoresco lenguaje.

Es verdad que en sus cartas desleía el alma; es verdad que las escribía tan largas, que la mano llegaba a cansársele (aunque tampoco era de mucho aguante, por falta de costumbre); es verdad que las recibía escritas por su mujer, con garabatos de los chicos, desbordantes de sentimiento; pero no compensaba esto a lo otro: no era lo mismo. ¡Qué había de ser, trombas y tifones!

Un día el *Santa Ana* recibió a bordo toda una compañía de acróbatas ambulantes. Entre los niños que la formaban, el tío Delfín vio uno que le recordaba a su hijo mayor. Sólo que un poquito más negro, ¡tifones!, y su chico, aunque no tenía la albura de una azucena, no era tan quemado como aquél. Pero aquello nada valía: el viejo marinero blanqueaba al negrillo con la imaginación y pensaba que era su hijo.

Y he ahí cómo Alegre ganó en el *Santa Ana* la amistad del tío Delfín.

V

Mar de fondo

Penetraron en la región de las calmas, y bajo el hórrido sol ecuatorial, faltó el viento para impulsar el buque.

Cincuenta días habían pasado ya en el mar, y aún estaban lejos de su destino. El señor Berto, mal de su grado y echando pestes, tuvo que entregar bastantes libras al capitán para que se encargara de la manutención de la compañía, pues los víveres que llevara se le habían concluido.

También al capitán Riquelmi le tenía fuera de sí aquella serie de días abrumadores, sofocantes, monótonos, sin que una ráfaga de aire acariciase las flotantes velas. Él también perdía con la prolongación indefinida del viaje.

Los únicos que salían ganando eran el tío Delfín y Alegre. Nunca le vino mejor el nombre que el contramaestre le diera, porque nunca estuvo más alegre que entonces. Más que alegre, el pobre chico era fácil de contentar; bastábale un poco de libertad y de cariño: lo demás no tenía valor a sus ojos.

Y poseía las dos cosas. Amaba los viajes y adoraba el mar, y había encontrado el mejor de los padres.

Un día miraba la arriesgada maniobra de un gaviero que subía a uno de los mástiles para rizar una vela con viento bastante fuerte.

—¡Qué hermoso es ser marino! —exclamó entusiasmado por el mismo peligro, que no podía medir.

—¿Quieres que te enseñe el oficio? —preguntóle el contramaestre.

—¡Oh, tío Delfín! ¡Ya lo creo!

—Pues no tienes más que levantarte todos los días antes de que salga el sol, y, mientras dure el viaje, te iré enseñando algo.

—¿Algo no más?

—Digo así porque, aunque tú quieras aprenderlo todo y yo enseñártelo, no nos sería posible.

Al otro día Alegre, gozoso como un pájaro, se levantó lo más temprano que pudo y fue a despertar al tío Delfín en su cucheta.

La lección comenzó: todo consistía por el momento en enseñarle el nombre de las diferentes partes del buque y la manera de trepar a los palos.

Habían pasado pocos días y ya Alegre, más ágil que una ardilla, trepaba hasta la punta de los mástiles, cogía un rizo, orientaba una vela, y hacía, en fin, el oficio de un gaviero en cuanto se lo permitían las fuerzas.

Como la calma absoluta inmovilizaba al barco, que parecía anclado en medió del mar, con la venia del capitán y para completar la educación de su discípulo, el viejo marinero largaba un bote, se embarcaba en él con el muchacho, y dando vueltas alrededor del *Santa Ana* le enseñaba a remar y a nadar.

—Lo que siento es que esto no va a durar mucho, —le dijo una vez el tío Delfín.

—¿Por qué?

—Porque hoy el mar se ha puesto de mal humor, —respondió el marino aspirando con avidez el aire y hundiendo la mirada en el horizonte como si quisiera arrancarle sus secretos.

Hacia la caída de la tarde, el calor se hizo inaguantable. Se respiraba con dificultad. Los perros jadeaban y parecían inquietos. El cielo estaba puro, con una sola nubécula trasparente, que un profano habría creído inofensiva.

—¡Calma chicha! —murmuró el tío Delfín—. Pero allá detrás de esa nubecita se esconde la racha blanca. ¡Buen baile vamos a tener esta noche! Muchacho, vas a ver cómo la mar se sacude las pulgas. ¡Mal cariz trae aquel rincón!

Antes que la atmósfera se despertó el mar. Arrugas inmensas de un color sucio se formaban y se movían como enormes ballenas que se desperezaran al sol, y se cubrían de tumefacciones que luego reventaban en espumas amarillentas.

No corría el menor soplo de aire y sin embargo el buque cabeceaba horriblemente.

—¡Mar de fondo, Alegre! Pero esto no es nada. Lo malo es que tendremos un huracán, y de rumbo contrario al de estas olas. Mira a los gavieros que cargan las velas para que el viento no nos sorprenda con demasiado trapo, lo cual nos troncharía los mástiles como escarbadientes.

—¡No tardará la racha! —díjoles el capitán al pasar al lado de ellos.

Y, en efecto, no tardó.

Primero fue un aleteo de la brisa que despertó los dormidos rumores de los obenques; después un torbellino, que cogió al barco por un costado y le hizo dar un bote, cual un corcel espoleado de repente.

El tío Delfín tomó la rueda del timón, lo que hacía sólo en grandes peligros.

En pocos minutos el cielo se cubrió enteramente de nubes tan bajas y espesas que pasaban rozando con su vientre frío la cresta de las olas; envuelto en aquella humareda, el buque parecía navegar en el interior de una enorme caldera, donde bullían vapores asfixiantes.

Después se sintió el bofetón del huracán: la nave se incorporó lastimada, silbó la arboladura, crujieron las velas. Empezó aquella fuga frenética del barco ante el huracán que le persigue.

Eran ya las nueve de la noche y Alegre permanecía cerca del timonel, agarrado a una escala de cuerdas. Pero los golpes del mar redoblaban y el contramaestre creyó peligroso que el muchacho siguiera sobre cubierta.

—Es bueno que te vayas a dormir: tus compañeros han bajado al entrepuente.

—¡No, tío Delfín; déjeme aquí! ¡Quiero ver una tormenta!

—¿No tendrás miedo?

—¿Tendría miedo Enrique?— preguntó por toda respuesta el negrito.

La valentía del muchacho agradó al contramaestre.

Llamó a un marinero y le ordenó que lo amarrara con una cuerda.

—Ahora no hay peligro, muchacho, de que te lleve una ola.

—¿Y a Tell? ¿Habrá que atarle también?

Pero Tell no se dejaba atar, y tuvieron que bajarlo al entrepuente, donde se había refugiado la compañía y su director.

Libre ya de temores por el chico, el contramaestre concentró los cinco sentidos en la maniobra del timón, que bien lo necesitaba. Tenía que guiar al barco por entre aquel revoltijo de olas, coronadas de espuma y altaneras las unas, chatas y traidoras las otras; tenía que evitar sus golpes o sus asechanzas. A veces no podía escapárseles, y prefería hacerles frente y tratarlas como a un enemigo a quien la audacia desconcierta.

Sus manos se clavaban en la rueda y la valiente proa penetraba como un hacha en el flanco de aquellas colinas animadas y veloces.

—¡Cierra la boca, Alegre!

Alegre y todos los hombres de la tripulación cerraban la boca y se agarraban desesperadamente a algún sostén firme, una escala, un mástil, una cuerda, y el monstruoso enemigo caía sobre ellos y barría el puente, y el buque desaparecía, ni

más ni menos que una astilla sorbida por el abismo, para surgir del otro lado de la ola, un instante después, limpio y veloz como la afilada lanzadera de un tejedor.

La noche era lóbrega; las nubes parecían esponjas empapadas en tinta; en el buque no había más luz que la que alumbraba la brújula en el puesto del timonel, pues los golpes de mar habían hecho añicos hasta los faroles de posición.

Pero de aquellas olas estriadas de blanco surgía una singular fosforescencia que hacía resaltar más el pavoroso espectáculo.

Sólo de tarde en tarde desprendíase de las nubes un rayo para hundirse en las olas como una espada flamígera.

Añádase los gritos del huracán, que se fundían en un alarido inacabable, con inflexiones bajas y sordas, agudas y altísimas, como si el viento recorriera uno a uno los cañones de un órgano estupendo.

Era la conversación del huracán con el océano; era Eolo conversando con Neptuno.

Y el tío Delfín parecía entender el lenguaje del abismo, y sonreía. Alegre, al verle, impregnábase de igual intrepidez, y se sentía capaz de todos los heroísmos.

—¿No tienes miedo? —le preguntó el contramaestre en un momento de tregua que se dio la enronquecida garganta de los aires.

Alegre no pudo responder: un trueno formidable hizo vibrar el buque desde la quilla hasta las cofas.

Aquello fue señal para que las nubes volcaran a torrentes sus repletas ánforas.

La lluvia comenzó a caer en sábanas cerradas y frías: era un mar que caía sobre otro mar.

—¡Bah! ¡Ya tenemos a la tormenta derrotada! —murmuró para su coleto el contramaestre.

Y así fue: al amanecer amainó el viento, saltó un cuarto hacia el N., quedando convertido en brisa fresca que secaba alegremente las empapadas velas del bergantín, abiertas como grandes alas.

Cesó la lluvia, y a las ocho de la mañana apareció un sol, tibio y brillante, asomando su disco con curiosidad para observar el mundo por las desgarraduras de una niebla espesa que se había levantado del mar y se disipaba poco después.

Las olas, hasta entonces embravecidas, fueron trocando su furia en mansedumbre, y arrastrándose dulcemente para besar las maderas del barco que horas antes habían abofeteado.

—¡Se duermen! —murmuró Alegre al ver sus mansos movimientos.

—Están cansadas del baile de anoche —respondió el contramaestre— y tienen sueño. Cómo tú, Alegre; ¿no es cierto?

Sí, Alegre tenía sueño; estaba molido por aquella tremenda noche.

El tío Delfín lo conoció en el semblante mustio del muchacho. Hízole dar el acostumbrado desayuno, le llevó a su propio camarote, y lo acostó en su cucheta.

—¡Duerme, hijo mío! —le dijo al despedirse—. La cama no será muy blanda, pero es mejor que la que has tenido hasta ahora.

No era, en verdad, muy blanda; pero al pobre muchacho, acostumbrado a dormir al raso, le pareció nido de plumas tan delicioso que al minuto se quedó profundamente dormido.

A las doce del día, el capitán tomó la altura del buque.

—Pasado mañana —dijo al señor Berto— estará usted sano y salvo en tierra firme; y mi barco limpio de sabandijas.

El sol de la esperanza lució nuevamente para el pobre director, cuyo rostro era fiel trasunto de las angustias pasadas durante la tempestuosa noche.

Estaba cansado e infinitamente aburrido de andar flotando en una cáscara de nuez a merced de los vientos.

Por otra parte, las nuevas provisiones tocaban ya a su fin, y temblaba a la sola idea de tener que desembolsar más dinero para alimentar a los granujas de sus discípulos, que no trabajaban.

—¡Preferiría echarlos al mar! —se dijo el bondadoso director.

VI

El único amigo

Dos días después avistaron las anheladas costas de América.

Alegre sintió que el corazón se le oprimía.

Volvería a vagar por las ciudades y los campos, haciendo reír al público para ganarse la vida.

A punto de llorar, fue en busca del tío Delfín que le había llamado.

—¿Has visto ya las costas de América? ¡Bah! ¿estás para llorar? ¡Eso no puede ser! ¡Vente conmigo! ¡Pobrecito! ¡Comprendo, comprendo!

Entraron los dos en el camarote del contramaestre y se sentaron en el lecho.

—Entonces, ¿no te gusta el oficio? ¿No quieres quedarte en el buque? ¿Tienes miedo al mar?

—¡Si por mí fuera, yo sería marino! —respondió Alegre.

—¿Entonces el que te impide serlo es tu director, ese maldito pirata de tierra? ¿Piensas quedarte con él toda la vida?

El muchacho no se atrevió a confesar que había pensado huir y respondió simplemente:

—¡No sé! ¡no creo!

—¿No sabes? ¿Sabes a lo menos adónde va a establecerse?

—A Buenos Aires.

—Sí; a Buenos Aires ha de ser. ¡Ese tiburón tiene buen olfato y huele dónde hay presa! Es una gran ciudad, y si el pillo sabe manejarse, tanto mejor para él y para ti, porque os tratará a todos como a personas, y así podrás aguardar mejores tiempos.

—Pero es que, aunque me trate bien, yo no quiero ser payaso —dijo indignado el negrito.

—Lo que quiere decir que, prospere o no la compañía, tu querrás poner en práctica mi consejo, ¿eh?

—¿Y qué consejo es ése?

El contramaestre acercó los labios al oído del muchacho, y dejó caer esta palabra:

—¡Escápate!

Los ojos de Alegre brillaron de entusiasmo. Aquel pensamiento que en sus sueños acariciaba, le apareció realidad posible ahora. Pero no se animó a consentir; sacudió la rizada cabeza y respondió tristemente:

—Si yo hiciera eso, ¿a dónde iría? El director...

— ¡Mal rayo le parta! ¡Siempre con tu maldito director en la punta de la lengua! ¿No tienes miedo al mar, y se lo tienes a él? ¿No ves, inocente, que una vez que huyas de su poder nada tendrás que hacer con ese bandido?

—Pero es que...

—¡Calla, Alegre; calla y escucha lo que voy a decirte! Me has dicho que suele daros permiso para que vayáis a dar una vuelta cuando no se trabaja; ¿es así, o no?

El negrillo asintió con la cabeza.

—Bueno; no necesito más. Al Sur de Buenos Aires, lejos, no sé a cuantas leguas, hay un pueblecito tendido a la orilla del mar; creo que se llama Cruz Chica... ¡Sí, eso es: Cruz Chica! Pues bien; en ese pueblecito, que, si mal no recuerdo, está también a la orilla de un riachuelo, vive un hermano mío; se llama Ludovico; debe de tener ahora cincuenta años, cinco menos que yo... ¡diablo que estoy viejo! Según mis noticias, es casado, y su mujer se llama... ¡Bah! No recuerdo... Se llama... ¡El nombre es lo de menos! ¡Bueno! Ludovico y su mujer son pobres. Pero eso poco te importará a ti, ¿verdad? Tú eres más pobre aún. Ludovico se gana la vida robándole los hijos a la mar. Al fin y al cabo, los pescadores también son hijos de ella, y sus luchas con los peces no pasan de rencillas domésticas. De cinco hermanos que fuimos, todos hemos vivido en relaciones con la mar: dos nos hicimos marineros; otros dos, pescadores; y el quinto ¡pobrecillo! también tuvo que hacer con ella: murió en la mar... de disgustos, porque su mujer —¡brava hembra era aquélla!— le cuarteó la proa de un sartenazo, no sé si porque le dijo que la sopa estaba sosa o salada. Volvamos a nuestro asunto. En uno de esos días en que el director os da vacaciones, llamas a Tell, das unas cuantas bordadas entre el laberinto de calles de la gran ciudad para hacer perder la estela al que quiera seguirte, averiguas bien cómo has de hacer para llegar a La Plata (recuerda bien este nombre), que es otra ciudad; allí, vuelta a averiguar cómo

podrás acercarte a Cruz Chica. Hay varias poblaciones grandes cerca de ese pueblo: no tienes más que tomar el ferrocarril y dejarte llevar. Pero aguarda: mejor te lo enseñaré en el mapa.

Y el tío Delfín sacó de un armario una carta geográfica del suelo argentino. Los dos, siguiendo con el dedo la línea del ferrocarril del Sur, que partiendo de la gran capital cruza como una inmensa arteria toda la provincia, procuraban grabar en la memoria los nombres de las estaciones más importantes.

—¿Lo ves? Aquí está. De Buenos Aires, a La Plata: fíjate bien; de La Plata tomas el ferrocarril del Sur (nada más sencillo después de haberlo tomado en Buenos Aires), y te dejas llevar hasta Mar del Plata. ¡Acuérdate del nombre! Entre Mar del Plata y este otro pueblo (fíjate aquí, en la costa que se llama Necochea), está, aunque aquí no lo han pintado, Cruz Chica, siempre en la costa. ¡Ah! ¡No hay como los pueblos ribereños, sanos, ricos, felices! Si yo no pudiera embarcarme, viviría en la costa. ¡Oh, el mar! ¡Nada en este mundo vale tanto como el mar! En fin, ya lo sabes, hijo mío: de Buenos Aires, a La Plata; de La Plata, a Mar del Plata, siempre por la costa; nada más sencillo. Y allí preguntas... Quien lengua tiene, a Roma va...

—Bueno; ¿y una vez en Cruz Chica, qué debo hacer?

—Una vez allí buscas a mi hermano Ludovico, le entregas una carta que yo te daré; echas el ancla, y te quedas quieto, haciendo la vida que te guste. Porque Ludovico será tu padre en adelante: ¿entiendes?

—¡Sí, sí! ¿Y la carta?

—A eso vamos, —respondió el tío Delfín abriendo su armario y sacando un sobre en cuyo exterior se leía en gruesos caracteres: *A Ludovico Pessaro.*

—¡Toma! Esconde este papel y vete: no es bueno que nos vean en conferencia tan larga.

Cuando el *Santa Ana* fondeó en el puerto de Buenos Aires, el capitán golpeó suavemente en el hombro del señor Berto y le dijo:

—Mientras más pronto desembarque, mejor para usted y para mí. ¡Abur y buen viento!

El tío Delfín había llamado de nuevo a Alegre.

—¡Alegre! ¡Abrázame! ¡Quién sabe si volveremos a vernos!

Con los ojos llenos de lágrimas, el muchacho se abrazó al cuello del honrado marino.

¡Oh, Alegre, débil y solitaria barquilla que vuelves a soltar la amarra y a hacerte a la vela! ¡El mástil cruje, el trapo se hincha! ¿A dónde te llevará el viento?

Y el bravo marino sintió que una lágrima muy grande y muy ardiente se deslizaba por sus bronceadas mejillas.

—Oye, Alegre; un último consejo: si algún día eres libre, y se pica el mar de tu vida, y el huracán te envuelve, refúgiate en alta mar, como un buque que huye delante de la tormenta. Acuérdate de que navega en el mar el tío Delfín que siempre tendrá abierto sus brazos para ti. El *Santa Ana* hace escala en Buenos Aires: si alguna vez lo encuentras, acércate, y no será el último abrazo el que ahora te doy, Alegre, niño mío...

Y el lobo de mar estrechó contra su pecho al niño y le besó en la frente.

El chico sintió que la mano del tío Delfín dejaba caer algo en su bolsillo.

—Son dos libras en buen oro inglés. Te será fácil cambiarlas. ¡Cuidado con perderlas! Las tenía guardadas para mis hijos; pero ¿acaso, Alegre, no eres hijo mío?

El pobre niño no se daba cuenta exacta de lo que le sucedía.

En el muelle volvió los ojos, y vio sobre el puente del *Santa Ana* al contramaestre, que le hacía señales de despedida con la gorra. dio un grito y le tendió los brazos; pero el director no quería retardarse y a la fuerza arrancó al niño de aquel lugar.

En ese momento Tell, viendo que su amo apenas paraba mientes en él, dio un pequeño ladrido, y acercándosele rozó con su hocico húmedo la mano del muchacho.

—¡Y bien; heme aquí! ¡Aún tienes un amigo! —parecía decirle.

Alegre comprendió y le dijo llorisqueando:

—¡Tell, Tell! ¡Sí, tú eres mi amigo; el único amigo que me queda!

VII

La huida

En Buenos Aires volvió a sonreír la fortuna al señor Berto. Como le pagaban bien en un gran circo donde se contrató, mejoró la condición de sus discípulos, y la de Alegre, el gracioso payaso negro, más que la de ninguno.

Pero él no quería ser payaso, aunque le trataran como a un rey. Amaba la libertad y le enloquecía el mar.

Pasábase las horas de licencia en los muelles, dejándose robar el corazón por cada barco que partía.

¡Qué no hubiera dado por llegar a la soñada tierra prometida! El nombre de Cruz Chica estaba siempre grabado en su memoria, y se imaginaba el pueblecito con tal relieve como si hubiera pasado años en él. Durante muchas semanas preparó su plan. Era un muchacho juicioso y se daba cuenta de que cualquiera de sus compañeros podía fugarse con más facilidad que él. En una ciudad de población blanca no sería difícil dar con el rostro de un negrito que millares de personas habían aplaudido en el circo.

Comprendía también que si la primera vez le salía mal su aventura, nunca más tendría ocasión de intentarla; el señor Berto que ahora tenía confianza en él, lo vigilaría y no le concedería el asueto que solía concederle los lunes, cuando habían trabajado con éxito el domingo, para que se pasearan cada cual con su perro.

En un día de licencia, después de muchos de vacilación, se resolvió.

Las dos libras del tío Delfín se habían cambiado en veinticuatro pesos, que guardaba en el forro de su traje. Conocía ya lo suficiente el idioma del país. Sabía en qué estación tenía que tomar el tren para la Plata y lo que el pasaje le costaría; y sabía otras mil cosas por el estilo.

—Muchachos, hoy es día de descanso para vosotros—les había dicho un lunes el director; —podéis marcharos a dar un paseíto por la ciudad. Hasta las ocho, ¿eh?

Alegre no se hizo rogar. En dos saltos se plantó en su camaranchón; se puso dos trajes encimados, previendo que la noche fuese fría; se cercioró de que su dinero y la carta estaban en sus bolsillos, y salió.

Sus compañeros ya habían desaparecido.

Llamó a Tell, y en pocos minutos atravesó tantas calles y dio tantos rodeos, que hubiera sido más fácil a los otros muchachos de la compañía encontrar una aguja en un pajar que tropezar con él.

El ansia de ser libre le arrastraba.

Cuando habría andado media hora, encontró una plaza, detúvose allí, se sentó en un banco, y, como chico acostumbrado a reflexionar sobre sus actos, púsose a trazar un minucioso plan de acción.

Las campanadas de un reloj público le avisaron que eran las diez. El tren de la Plata salía al mediodía. Contando demasiado con sus piernas, y no queriendo acercarse a los lugares donde, probablemente, vagarían sus compañeros y el director, resolvió esperar las once y media para ir a la estación. Media hora le parecía suficiente para llegar a ella. Tomaría su billete, subiría al tren, y ¡adiós Buenos Aires! Sería libre para toda la vida, porque nada ni nadie le detendría en el camino; ni siquiera la falta de dinero.

¡Oh! En cuanto a eso, Alegre se creía un potentado con derecho a mirar por encima del hombro a los millonarios de la tierra.

¡Pobre tío Delfín! ¡Cuántas nuevas privaciones para indemnizar a su familia de aquel regalo!

Como empezaba a sentir hambre, entró en una panadería, se llenó los bolsillos de bizcochos, y echó a andar hacia cualquier lado.

No tenía reloj; pero podía ver la hora al pasar por los almacenes. A poco más de las once volvió a desandar lo andado para tomar el tren: su corazón palpitaba con fuerza. La estación no estaría lejos; la conocía bien: parecíale que iba a encontrarla a la vuelta de cada esquina. Pero andaba y andaba, y ni señales de ella.

Caminando le sorprendieron las once y media; caminando oyó dar las doce.

¡Había perdido su tren!

—¡Dios mío!—exclamó azorado.—Pero ¿dónde estoy?

Se detuvo en una esquina y miró hacia todos los lados; por fin creyó divisar el edificio a un kilómetro de distancia, y echó a correr.

No era. Se había perdido: en Buenos Aires eso es muy fácil. Si se hubiera tratado sólo de volver a la fonda, habríale bastado dejarse guiar por Tell, amaestrado para esta clase de ejercicios; pero Tell no conocía la estación, ni Alegre quería volver a la fonda.

Desorientado y descorazonado, vio que un reloj público señalaba la una.

El castillo de ilusiones que en su cabecita había levantado, derrumbábase en un instante. Vendría la noche, se acabaría el asueto, tendría que volver a la fonda, o si no, su fuga sería descubierta y su amo le haría buscar.

Cuántas calles cruzó, no podría decirlo: dónde estaba, menos; pero cuando se sintió cansado física y moralmente, se dejó caer en un banco de una plazoleta.

El sol se había entrado. La noche comenzaba a envolver la población: noche brumosa y fría, que taladraba los huesos; una noche de Buenos Aires en los primeros días de julio.

Por primera vez en su vida Alegre se dio cuenta de lo que era.

Él, que se creía todo un hombre, se sintió niño. Viose abandonado en una inmensa ciudad, solo, sin techo, sin amparo, errando por las calles atestadas de gente que le miraba con indiferencia que a él se le antojaba curiosidad. Parecíale que cada transeúnte leía en su azorado rostro la historia de su fuga.

Tuvo miedo, se arrepintió de haber huido, pero cuando quiso volver Tell no le comprendió o no supo el camino de la fonda. Y así, los dos continuaron discurriendo al azar.

Las innumerables lámparas eléctricas, encendidas desde temprano, luchaban penosamente por disipar la viscosa obscuridad de la niebla y de la noche.

El ruido de una campanada sacó al niño de su abstracción; un reloj daba la hora. Alegre contó ocho campanadas, y el sonoro metal calló.

—¡Las ocho!—murmuró con espanto.—¡El señor Berto!... ¡El circo!... ¡el traje de payaso!...

Estas tres ideas se le presentaron tan odiosamente que, desamparado y todo, estimó en más su libertad que el derecho de tener un rincón donde albergarse, si había de ser con la compañía. Huyó al acaso; corriendo unas veces por en medió de la calle, otras por las aceras atropellando a los transeúntes, entre los cuales a cada instante creía ver las facciones de su amo.

De improviso, al pasar frente a una gran casa de vidrieras iluminadas, un caballero con quien acababa de chocar le detuvo por un brazo. Alegre alzó los ojos y le miró el rostro, y pensó que lo conocía y que lo iba a llevar.

Dio un tirón, y corrió desesperadamente creyendo oír una voz a sus espaldas: «¡El negrito payaso!» Imaginábase que la gente corría detrás de él para prenderle, mientras él huía, volaba, perseguido por una inmensa multitud.

Así corrió durante mucho tiempo, hasta llegar a una callejuela obscura. Rendido, incapaz de dar un paso más, miró si alguien le seguía. No; estaba solo. Entonces se dejó caer sobre la acera, y se quedó anonadado y por fin se durmió.

VIII

¡Robado!

Cuando despertó, después de haber dormido muchísimo tiempo, a juzgar por la infinita sucesión de pesadillas que le acosaron, vio todo obscuro a su alrededor; y su mano fría tanteó un cuerpo lanudo y tibio.

—¡Tell!—exclamó comprendiendo lo que era. Le respondió una caricia de su fiel amigo, que le siguiera en su fuga y que, echado junto a él, le salvó de morir helado en aquella crudísima noche.

Sintiendo la cabeza dolorida y un zumbido continuo en los oídos, se tocó la frente que quemaba; devorábale una sed ardiente y, sin embargo, sus manos estaban yertas, y su cuerpo tiritaba. Tenía fiebre.

Sentíase ya el canto de los gallos y el frío se hacía más penetrante. El alba no tardaría en despuntar.

Se levantó a duras penas, y echó a andar rápidamente para entrar en calor.

No tardó en sentir la benéfica influencia del ejercicio: la sangre comenzó a circular más activamente, difundiendo por todo su cuerpo una agradable sensación.

Buen rato marchó esquivando las esquinas donde divisaba agentes de policía y huyendo de algún transeúnte madrugador. Cuando la aurora derramó sus primeras claridades sobre la ciudad dormida, Alegre vio que se hallaba en los suburbios, casi en el campo, donde las casas eran más pequeñas y de más pobre aspecto.

El frío se le había pasado. Lo que sentía era un hambre canina, pues apenas había probado bocado el día anterior. Por fortuna, tenía dinero, y las casas de comestibles empezaban a abrirse.

Entró en una y pidió resueltamente algo con que desayunarse. Su dueño lo miró con sorpresa: la cara franca y simpática de aquel negrillo acabó por interesarle.

—Ya sé lo que tú necesitas,—le dijo.

Se metió en la trastienda, y volvió al poco rato con una gran taza de humeante café con leche y un dorado pan, caliente aún, como recién sacado del horno.

El negrito se bebió ávidamente la taza, donde sopó su pan, hizo dar a Tell unos restos de comida, que el almacenero le puso en un plato de hierro enlosado, compró algunas provisiones más, y para saldar sus cuentas sacó orgullosamente un billete de un peso.

—¡Vamos!—exclamó alegremente el almacenero.—Yo creía que no tendrías con qué pagar tanto gasto y pensaba dártelo de balde; pero veo que tienes, y como soy pobre, te cobraré. Eso sí: muy barato.

—¡No tanto!—pensó el muchacho al ver que apenas le devolvían diez centavos.

Pero estaba contento y se sentía capaz de dar a pie la vuelta al mundo.

Miró el sol, que empezaba a levantarse a su izquierda, y se dijo para sí:

—Si el Este queda a la izquierda, no hay duda de que el Sur quedará al frente. La Plata queda al Sur, y para ese lado iré: tarde o temprano, llegaré a ella caminando ligero. No quiero saber ya nada del tren ni de volver a la ciudad.

Y animosamente emprendió su camino. A poco andar dejó atrás las últimas casas de la ciudad. A su frente se extendía la campiña ilimitada, sembrada de pintorescos pueblecitos, casi arrabales de Buenos Aires.

¡Con qué ansia respiró Alegre las auras del campo que para él tenían sabor de libertad!

El fresco de la mañana convidaba a retozar, y el muchacho que no necesitaba mucho para excitarse, echó a correr con su perro sobre la bien cuidada carretera.

—De este modo—se decía,—llegaré más pronto.

Juzgábase completamente libre, y soltaba el freno a su alegría de colegial en vacaciones.

No le importaban las pruebas que el destino pudiera reservarle. Gozaba de lo presente; su futuro, apenas llegaba al día de mañana; su pasado, apenas alcanzaba al de ayer.

Así anduvo varias horas, apartándose de las poblaciones y corriendo por los campos como potro joven, hasta que se sintió cansado y hambriento.

A pesar de lo fresco del día, estaba jadeante y con la frente sudorosa, la respiración entrecortada y los ojos brillantes. Detúvose al pie de un árbol, cuyo follaje, no muy tupido en aquella estación, bastaba para librarle de los para él molestos rayos del sol.

En una bolsita de que le había provisto el almacenero, llevaba sus provisiones: queso, jamón y pan, cortado en tajadas. ¿Para qué más?

Repartió con Tell la mitad de sus víveres y guardó el resto para más tarde; y como le dio sueño, se durmió a la sombra de aquel árbol que estaba a la orilla del camino.

Cuando despertó, el sol se había nublado y empezaba a hacer frío. Emprendió otra vez su marcha, pero el vigor que creía tener era ficticio: apenas había andado dos kilómetros, sintió los músculos relajados.

Hubiera deseado estar ya en La Plata.

—¿Cuánto faltará para llegar?—se preguntaba.— El tren tarda en ir de Buenos Aires menos de dos horas, y yo he andado más de seis. ¿Faltará mucho?

Pensando en esto oyó a sus espaldas un rumor de cascabeles. Un carro tirado por dos caballos venía por la carretera envuelto en una nube de polvo.

Alegre pensó que iría muy cómodament e en él. ¿Por qué no pedir permiso al dueño? Los dos seguían el mismo camino, y yendo en el carro adelantaría más.

No pudo contenerse, y, cuando pasó cerca, gritó al que lo guiaba:

—¡Señor, Señor!

El carrero se detuvo.

—¿Qué se te ofrece, amiguito?

—Subir al carro, si usted me lo permite.

—¿Subir en el carro? ¿Tienes con qué pagar el pasaje?

El negrito, orgulloso de su dinero, exclamó como si hubiera poseído millones:

—¡Ya lo creo!

—¡Este chico debe de tener algo!—pensó el carrero, y añadió en alta voz:— ¡Suba, amiguito!

Alegre no se lo hizo repetir. Saltó sobre el carro y, sin cuidarse de Tell, que, poco amigo de los vehículos, trotaba con valentía, tomó asiento lo más cómodamente que pudo.

El carrero hizo chasquear el látigo, y los caballos partieron a galope.

—¿Y qué vale el pasaje?—preguntó Alegre.

—Ya hablaremos de eso—respondió el dueño del carro sin volver la cabeza. —¿Tienes mucho dinero?

—¡Así, así!—contestó el chico, que empezaba a comprender lo peligroso que es pasar por potentado en las carreteras.

Corrió un largo rato de silencio.

Alegre miraba desfilar los árboles y los postes de los cercados.

De pronto se le ocurrió que quizás el carro tomara otra dirección apartándole de la que él debía seguir, Iba a hablar de esto al carretero, cuando éste, adelantándose, le preguntó, siempre volviéndole la espalda:

—¿Adónde vas?

—A La Plata,—respondió Alegre sin vacilar. —¿A La Plata? ¿Y te vas así no más, como quien se va al almacén de la esquina? —¿Está muy lejos?

—Para hacer el camino a pie, está demasiado lejos.

—¿Como cuántas leguas?

—Te seré franco, no las he contado.

—Pero... ¿usted va para allá?—interrogó el negrito que empezó a desconfiar de aquel hombre que le hablaba sin mirarle y en tono zumbón. —Sí, voy para allá...

—¿Va con frecuencia? ¿conoce bien el camino? —se animó a preguntar Alegre, temiendo que lo extraviara.

—Sí; voy siempre... que me conviene ir, —respondió el carrero volviendo el rostro y fijando sus ojillos maliciosos y risueños en los del muchacho.

Éste contempló por primera vez aquella cara antipática y aquellos ojos astutos y movedizos; y tuvo miedo de aquel hombre con quien estaba en el camino desconocido y desierto.

Al largo rato se atrevió a preguntarle:

—¿Cuándo llegaremos? ¿Será esta tarde?

—¡Hum! Esta tarde, no. Mis caballos están cansados y yo también. Pasaremos la noche en mi casa.

—¡Dios mío!—gimió Alegre en el fondo de su corazón; y su miedo se aumentó.

Así anduvieron dos o tres horas más. El chico miraba desfilar de cuando en cuando pequeñas poblaciones y casuchas desparramadas en la campiña.

—¿Cómo se llama?—preguntaba con la ilusión de que el carrero se hubiera querido burlar de él y estuvieran por llegar a La Plata.

El carrero daba cualquier nombre y pasaba de largo.

La noche se les echó encima; noche fría y lloviznosa que calaba hasta los huesos.

—¡Esta es mi casa!—dijo por fin el carrero, deteniéndose delante de un rancho abandonado, que parecía haber sido una posta o un almacén muchos años atrás.

—¿Ésta es?— dijo Alegre, sin disimular su desencanto al ver aquella casucha casi en ruinas y deshabitada.—¿Y nadie vive aquí?

—¿Cómo que nadie vive aquí? ¡Vivo yo, con mis caballos y con mis pasajeros! ¡Je, je, je!

Hacía mucho frío y lloviznaba. El carrero metió el carro en una ramada contigua al rancho; desató los caballos, les echó una brazada de heno que llevaba a prevención, mandó a Alegre que trajese leña de un montecito de duraznos secos, y encendió una buena fogata en medio de la habitación.

El fulgor de las llamas, su dulce calor, disiparon en parte los temores de Alegre. Pensó que su compañero fuese un hombre de espíritu jovial, y que valía más estar con él, en aquel refugio, que andar perdido por los campos.

El carrero se le dirigió otra vez sin ceremonia:

—Los que viajan a pie suelen llevar provisiones. Vamos a ver las tuyas.

Alegre sacó el resto de sus provisiones y se lo entregó.

Su compañero hizo dos partes: tomó la mayor para sí, y dio la otra al chicuelo.

—Tu estómago es menor que el mío,—dijo.

El negrito dividió la suya; dio una mitad a su perro, y se guardó la otra diciendo:

—No tengo hambre.

En efecto: el miedo que iba apoderándose de él le había hecho perder el apetito.

Minutos más tarde su compañero, tendido al lado del fuego y envuelto en una manta, dormía a pierna suelta, o por lo menos aparentaba dormir.

Alegre habría aprovechado aquel momento para huir si no le hubiera aterrorizado la noche lluviosa y lúgubre, y, más que todo, aquel hombre cuyo sueño no le parecía muy profundo.

Tell sí que dormía bien al dulce calor de las brasas, y con tanta tranquilidad que acabó por infundir confianza en el negrito, quien no tardó en despreciar sus temores y en dormirse como él.

Cuando abrió los ojos, era día claro. La mañana estaba muy fría y nublada; pero la llovizna había cesado. Tell se mojaba las patas en un charco del camino, como invitándolo a levantarse de una vez. Levantóse, en efecto, de un salto y corrió afuera en busca de su compañero del día anterior; pero no lo encontró ni a él, ni a su carro.

Esto no le desagradó; juzgó más bien una suerte que aquel hombre sospechoso le hubiera abandonado.

No debía perder tiempo, y se dispuso a partir. Pero al recoger su gorra y la bolsa de las provisiones, vio que la carta del tío Delfín se le había caído, y, lleno de asombro, notó que el sobre estaba roto, aunque el pliego de papel estuviese intacto.

Intranquilo, comprendiendo que sólo su compañero podía haberle registrado, buscó en sus bolsillos, y se quedó frío de espanto: ¡su tesoro había desaparecido! En su bolsa le habían dejado, envueltas en un papel, una tajada de jamón y otra de queso; pero ni señales de aquella fortuna que le daba derecho a mirar por encima del hombro a todos los potentados del mundo.

IX

A través de los campos

Alegre era filósofo. Perdida su fortuna, no pensó más en ella: una ilusión menos en su cabecita, que tenía tantas.

Mucho más le preocupaba saber si estaba o no en camino de La Plata. Según le habían dicho, aquella ciudad distaba de Buenos Aires cosa de quince leguas, que para él no representaban más que dos jornadas a pie. Habiendo caminado a prisa el día anterior durante varias horas y proseguido en carro toda la tarde, al galope de dos buenos caballos, debía de hallarse ya, si no en la misma ciudad de La Plata, muy cerca de ella.

Pero la mirada en cuanto abarcaban sus ojos sólo descubría una extensa llanura arada y solitaria. ¿Adonde le había llevado el miserable carrero?

El cielo estaba opaco como una lámina de plomo; del sol no había ni noticias: era imposible averiguar dónde quedaba el Sur, y Alegre tuvo que emprender su jornada al azar.

Después de muchas horas de marcha por caminos fangosos, aterido y casi muerto de hambre, se sentó a orillas de la carretera, sacó su escasa ración, dio una parte a Tell, a quien jamás negaba la mitad correspondiente, se comió el resto y descansó un rato.

Sentíase abrumado por la quietud mortal de aquella hora. El cielo no era más que un triste manto plomizo; la tierra, una pampa sin límites, donde vagaba la vista como golondrina rezagada en el Océano. De tanto mirar aquella planicie redonda, en cuyo centro le parecía encontrarse, acabó por sentirse presa de un vértigo, y vio que la pampa entera giraba a su alrededor en una ronda fantástica.

Para escapar a esa dolorosa alucinación, emprendió la marcha, de nuevo. Al acercarse a la carretera, ni aún supo de qué lado había venido. Por fin halló una

señal, y tomó la dirección opuesta, porque sí, no porque creyera que aquélla fuese la verdadera senda. Había perdido el rumbo.

Cuando se encontraba en la intersección de dos caminos—lo que acontecía con frecuencia—seguía el uno o el otro sin preocuparse: de todos modos, aquel camino iría a parar a alguna parte. Marchaba apresuradamente, como si le persiguieran.

¡Dios mío, qué largos y solitarios eran los caminos en aquella tierra! Cualquiera diría que daban la vuelta al mundo. Y corría, corría, chapoteando en el barro, que le salpicaba las ropas. Aunque no llovía, estaba empapado, como si le hubiera caído encima un aguacero.

La atmósfera iba obscureciéndose lentamente, como una palangana de agua en la que, gota a gota, va alguien diluyendo un frasco de tinta.

La noche se le echaba encima. Una noche que habría de pasar al raso, sin cena y sin fuego. ¡Si al menos encontrara un árbol! Pero hasta los árboles se habían acabado. El terreno que cruzaba era una propiedad desmesurada, campos recién arados o trigales nuevos.

A las últimas luces de aquel crepúsculo que duraba hacía doce horas, cuando sin fuerzas para más iba a sentarse a la orilla de una cerca, divisó una choza habitada, según hubo de juzgar por una débil columna de humo que manchaba allí la niebla.

En su pobre corazón mezclábase la esperanza y el miedo.

Se acercó a ella, y llamó a la puerta, desvencijada armazón por entre cuyas junturas se escapaban la intermitente claridad de una llama y el humo que no hallaba salida por la chimenea del fogón.

Un viejo de misérrimo aspecto le abrió. Pidió permiso para entrar, pues estaba medió muerto de hambre y de frío y la noche amenazaba ser lluviosa. El viejo le hizo pasar, sin responderle una palabra.

En la choza había, además, una mujer joven, vestida tan pobremente como él, y un pequeñuelo, quizás su hijo.

Los tres miraban con sorpresa al recién llegado y a su compañero. Aquel negrillo tan simpático y aquel perro tan hermoso, abandonados en un camino, lejos de toda población, despertaban fuertemente su curiosidad.

Alegre se creyó obligado a explicar alguna parte de su aventura y contó que había venido a buscar a Ludovico Pessaro, con quien iba a trabajar.

Aquellos pocos detalles parecieron satisfacer al viejo y a la mujer, que eran gentes de pocas palabras; y cada cual volvió a su ocupación: el viejo, a trenzar unas lonjas muy finas y la mujer, a cuidar de dos ollas arrimadas al fuego, mientras

el muchacho cabalgaba, látigo en mano, en un tronco a medias desbastado, que a él le servía de caballo, y de banco a los mayores.

Alegre contemplaba con interés aquel hogar, tan distinto de los que él conocía.

La mujer vertía agua hirviente en una calabacita, donde antes había echado una cucharada de yerba-mate, y unas veces el viejo y otras ella, sorbían aquella infusión chupando por un delgado canuto de metal, que parecía plata.

Alegre ya conocía lo que era esa bebida, el mate, pero nunca la había probado, y así es que se apresuró a aceptar cuando le tocó el turno y le ofrecieron la calabacita, y sorbió su contenido quemándose, y no lo halló tan agradable como pensó que fuese, porque no estaba acostumbrado.

El viejo y la mujer se reían, y el negrito acabó por aprender a beber sin quemarse, y entonces le pareció mejor lo que de tan buena gana le brindaban.

Roto el frío de las primeras relaciones, volvieron a conversar.

Alegre supo que la población más cercana quedaba dos leguas al Oeste, a la que podría llegar entre nueve y diez de la mañana siguiente, y que La Plata distaba diez o doce leguas para otro rumbo.

El contenido de las ollas puestas al fuego estaba a punto.

La mujer sirvió en un plato de latón una porción de carne cocida con verduras, y diósela a Alegre con una cuchara, no muy limpia en verdad, circunstancia que el muchacho apenas advirtió. ¡Para escrúpulos estaba su estómago!

El resto de la olla se lo repartieron entre los tres moradores de la choza, y algo quedó para Tell, que no se hizo rogar cuando le tocó el turno de lamer los platos.

En la otra olla hervían algunos puñados de maíz descascarado.

—Esto es mazamorra,—explicó la mujer al negrito sirviéndole un tazón de aquello con leche fría, y Alegre lo probó y lo encontró exquisito, especialmente cuando se lo espolvorearon con azúcar.

La cena había terminado. Alegre no tardó en dormirse en un rincón del rancho con la cabeza apoyada en Tell, mientras afuera caía una llovizna persistente.

Al día siguiente, cuando se levantó, ya el viejo y la mujer le habían precedido, y a la sazón tomaban mate al amor de un buen fuego.

El muchacho salió de la choza para observar el estado del tiempo. El día era malo: seguía cayendo esa llovizna mansa que, sin mojar apenas la ropa, hiela hasta la médula de los huesos.

¡Y tenía que partir! Quería llegar cuanto antes a una población donde pudiera ganar algo que le permitiera proseguir su viaje hasta casa del hermano del tío Delfín.

Explicó esto a sus huéspedes; partiría en seguida, y ellos, aunque eran bien pobres, le ofrecieron un buen trozo de pan y una tajada de carne asada y fría. Alegre tenía hambre, pero se contentó con aspirar su perfume, y lo guardó para más tarde.

Indemnizóse con unos cuantos mates: dio a Tell un hueso que le brindó la mujer, y, pertrechado de este modo, se despidió de los campesinos, prometiéndoles que alguna vez volvería a darles las gracias nuevamente y a pagarles, si se había hecho rico.

Dos leguas distaba hacia el Este la población adonde iba; trayecto que estaba dispuesto a hacer a lo sumo en dos horas, y eso porque los caminos estaban convertidos en lodazales.

Pero aquel día topó con la misma dificultad que el anterior. El cielo estaba tan arrebozado en su manto de nubes, que era imposible adivinar dónde quedaba el sol.

Tuvo que resignarse a seguir las vagas indicaciones del viejo. « Hacia el Este, siempre hacia el Este », le había dicho. Mas era el caso que no todas las veces estaba seguro de marchar hacia el Este. Buscó y a duras penas encontró el camino del que le habían hablado.

Habría andado una legua, y su desconfianza empezaba a disiparse, cuando se le ofreció otra dificultad. La carretera se dividía en tres ramales. ¿Cuál seguir? Problema capital, de cuya solución dependía el que pudiera al cabo de una hora descansar bajo techo, o que volviera a vagar perdido por los campos, exponiéndose a morir de hambre, de frío o de cansancio a la vera del camino.

Quedóse un rato perplejo. Volver atrás para pedir más claras indicaciones, era muy triste después de haber caminado una hora entera; aparte de que se exponía a errar la senda por causa de aquella neblina que no permitía distinguir un árbol de una casa a diez pasos de distancia.

A la postre, se decidió por un rumbo que le pareció ser el Este, a causa de que era más claro que los otros.

—¡Una hora no más!—se decía marchando valientemente;—¡en una hora llegaré!

Empero, aquella hora no terminaba nunca, porque nunca llegaba, porque en balde sus ojos azorados se hundían en las entrañas de la neblina para divisar la ansiada población.

Lleno de angustia, se detuvo.

—¡Dios mío!—exclamó.—¡Si me habré perdido otra vez!

No obstante, era preciso andar, andar mucho hasta llegar a alguna parte. Siguió caminando a prisas, saltando unas veces los charcos, rodeándolos otras o metiéndose en ellos cuando no tenía fuerzas para saltar ni corazón para alargar la jornada con rodeos.

Caminó sin descansar, azorado, volviendo el rostro como si lo persiguieran.

¡Pobre Alegre! ¿Adónde iba?

A cualquier parte: adonde hubiera un ser humano. Quería llegar a poblado, porque el desierto gris lo abrumaba. Quizás aquella población distaba aún leguas y leguas, y él apenas podía andar ya; tenía los pies hinchados, estaba temblando de frío, y casi muerto de hambre.

Se detuvo, sacó sus míseras provisiones, dio una parte a Tell, su compañero, y volvió a emprender la marcha.

Ya no era una caminata; era una carrera: corría, y a los pocos minutos volaba. Le había acometido el vértigo de velocidad e iba sin rumbo, desesperado, no siguiendo ya ningún camino, a campo traviesa, cayendo en los charcos y levantándose y echando a correr de nuevo sin detenerse a tomar aliento.

Así anduvo hasta que se le doblaron las rodillas y los pies no pudieron sostenerle, y sintió que el pensamiento vagaba enloquecido en la cárcel de su cerebro calenturiento, aunque el cuerpo tiritaba de frío.

—¡Dios mío!—exclamó desde lo íntimo de su corazón:—¡Me he perdido! ¡Salvadme!

Y, sin aliento para más, cayó en tierra.

Allí, tendido en el barro, ardiendo de fiebre, la desenfrenada imaginación comenzó a hacer que desfilaran ante sus ojos atónitos, como en fantástico cinematógrafo, las escenas de su vida.

Iba solo, abandonado en un barquichuelo, arrastrado por la caudalosa e irresistible corriente de un río. En la orilla estaba su madre que le tendía los brazos... la barquilla se alejaba, dejándola atrás, lejos, muy lejos. Más allá, Enrique, su héroe, se arrojaba al agua para salvarle... el bote volaba sobre las ondas, y Enrique era estrellado en la orilla por la turbia marejada. Vio después al tío Delfín que le estrechaba contra el pecho con toda su alma para que no se lo llevaran de allí... Una fuerza desconocida le arrancó de aquellos brazos generosos. Y el esquife, sobre las olas sucias y revueltas de un torrente, corría hacia el borde de una catarata... Alegre quiso detenerlo, y los remos se rompieron; quiso desviarlo, y el timón saltó... la embarcación, con él y su perro, se precipitó en el

abismo entre una montaña de agua que los oprimía, que los ahogaba, y cayeron, cayeron en la sima sin llegar nunca al fondo...

X

El cura de Brandzen

El látigo restallaba.

A la verdad, en todos los años que Dios le había echado encima, nunca vio el señor cura una mañanita como aquélla.

Dondequiera que posaba aquellos sus ojos dulces y bondadosos, veía una humareda blanca, de un blanco ceniciento, como si los ángeles hubiesen volcados los divinos incensarios, y el humo y la ceniza hubieran quedado flotando en el ambiente.

Y esto no era lo peor. Lo peor era aquel frío de mil demonios que cortaba las carnes como una navaja de barbero. En vano el señor cura se envolvía en la bufanda hasta las orejas, el punto más sensible: el airecito se colaba hasta allí.

Tranquilamente dormía esa mañana, una o dos horas antes de la en que acostumbraba a levantarse, cuando le arrancaron del sueño recios aldabonazos dados en la puerta de la calle.

—¡Que se muere don Fulano, señor cura, y quiere confesarse!

—¿Don Fulano?—dijo el cura saltando del lecho y vistiéndose apresuradamente.—¡Ah; ya caigo! ¿Ese pobre hombre que está mal desde la semana pasada y que vive a tres leguas de aquí?

Eran las cuatro de la mañana a lo sumo, y ya el señor cura, bien envuelto y arrebozado, castigaba al caballo, que adivinaba el camino a la amarilla luz de los faroles del tílbury.

Llegó a tiempo; don Fulano pudo confesarse, pero una hora después de recibir la absolución, partió para el viaje sin regreso.

Satisfecho el cura de haber dado el pasaporte para la Gloria a una pobre alma, volvió a subir en el tílbury y a castigar el robusto alazán, de vuelta a su casa.

El caballo trotaba, sin miedo ya. El día era claro, aunque muy nublado. El cura rezaba y se rebullía en el asiento, buscando la postura que más le resguardara del frío.

Pero el único remedió posible era volver al presbiterio, decir su misa y tomar su desayuno: las pobres gentes habíanle ofrecido algunos mates calientes, que él con pena rehusó, porque jamás, mientras Dios le diera fuerzas, dejaría de ofrecer el santo sacrificio del altar.

Pensando en esto, agitaba la fusta, y el látigo crujía sobre el nervioso lomo del noble bruto, que trotaba haciendo resonar la tierra, endurecida por la helada, bajo sus cascos herrados.

Los aullidos de un perro atrajeron la atención del buen hombre.

—¡Pobre animal; habrá pasado la noche al raso! —díjose, buscando con los ojos al dolorido can.

La neblina no dejaba ver más allá de diez pasos. Los aullidos eran prolongados, lastimeros, penetrantes como la voz de un clarín.

—¿Qué le pasará a este pobre animal?—exclamó el cura moderando el andar del caballo.

Parecía haberse acercado al perro, a juzgar por el oído, pero nada podía ver a través de aquella neblina como algodón en rama.

El tílbury se detuvo; el cura aguzó el oído. El perro había callado: después volvió a la carga con acento más patético.

—Me ha sentido venir y se desespera porque me he detenido,—se dijo el cura;—vamos a ver dónde está.

Y, desviándose del camino, guió el tílbury a campo traviesa.

No tuvo que andar mucho. A los pocos pasos halló un perro, ante una figura tendida en el suelo, que se dibujaba como una mancha negra.

Al ver aquellos personajes que entraban en escena, el animal redobló sus aullidos, sin moverse del lugar. Y el cura, preguntándose « ¿qué será? » descendió del tílbury y avanzó con cuidado.

—¡Santo Fuerte! ¡Un niño!—exclamó cuando pudo ver bien el cuerpo delante del cual aullaba el perro.

Y sin detenerse a pensar que aquel guardián celoso podía atacarle, corrió, y levantó del suelo el helado cuerpo de Alegre.

Felizmente, el animal no hizo ningún movimiento hostil; antes bien pareció alegrarse de aquel socorro inesperado.

—¡ Pobrecillo! ¡ Está yerto!—decía el buen sacerdote acercando el rostro a las mejillas del niño. —¡Quién sabe si aun vive!

Sí, vivía; pudo oír los latidos de aquel infortunado. Pero eran tan débiles que amenazaban cesar. Sin esperar un minuto, se quitó el manteo, lo tendió en tierra, y colocando sobre él al chiquillo, comenzó a friccionarle con todas sus fuerzas hasta que le pareció que la sangre discurría mejor por aquellos miembros ateridos. Entonces le envolvió bien, le colocó en el tílbury, empuñó las riendas y fustigó rudamente al caballo, que arrancó a galope, mientras pegado al cochecito los seguía el perro.

Media hora más tarde, el tílbury se detenía frente a la puerta cochera de la casa parroquial, y el buen cura, olvidando sus cincuenta y cinco inviernos, saltaba como un mozuelo de quince llevando en brazos al chiquillo.

—¡Vicenta, Vicenta!—gritó llamando a la puerta. —¡Dios de Dios! ¿Dónde está, Vicenta?

Vicenta, una vieja criada, acudió resollando fuerte y corrió en seguida a preparar una cama caliente en la única habitación disponible, esto es, el escritorio, mientras el señor cura friccionaba con empeño al entumecido niño, cuya fuerte naturaleza reaccionó bien pronto.

—¡ Gracias a Dios!—exclamó el cura, viendo que el pulso latía con regularidad y el calor natural volvía al cuerpo.

Sólo entonces, limpiándose la frente sudorosa, se le ocurrió mirar el rostro del niño, dormido profundamente.

—¡ Oh! ¡qué hermoso es; pero qué negrito!—había dicho la criada.

—¡Hermoso, hermoso!—respondió el cura.—¡Pobrecito!

Cuando Alegre abrió los ojos, advirtió asombrado que estaba en mullida cama entre blancas sábanas y gruesos cobertores. ¿Qué significaba aquello?

Atónito paseaba la mirada por todos los objetos que le rodeaban (un escritorio, una estantería cargada de libros, dos o tres sillas y algunos cuadros), cuando le pareció que a la cabecera del lecho había alguien. En efecto, allí estaba un sacerdote. Blancos mechones se escapaban del solideo. Leía en un libro y hablaba solo, pues sus labios se movían.

Al advertir que el niño se rebullía en la cama, apartó del libro sus ojos dulces y bondadosos, los posó en su rostro, y al verle despierto, le sonrió y le preguntó cómo se sentía.

—¿Qué tal? ¿Tienes frío, hambre, sueño acaso?

—¡Nada, nada! Estoy muy bien; gracias. Pero ¿dónde me hallo?

—En mi casa; ya lo ves: en casa del cura de Brandzen.

—¿Y cómo he venido?

—Tú no has venido; te he traído yo: tú no hubieras podido venir.

Y el señor cura refirió a Alegre cómo le había encontrado.

—Temía—dijo concluyendo—que hubieras pescado una enfermedad grave; una pulmonía, pongo por caso. Pero ya no hay temor; poco te falta para estar sano. Quizá lo estés ya.

—¡Oh, sí; lo estoy!—exclamó el negrito.

—Lo creo, hijo mío; lo creo. Sin embargo, no te levantarás todavía; aguardaremos algún tiempo. ¡Está tan frío el día!

—¿Y Tell?—preguntó el muchacho.

—¿Quién es Tell?

—Mi perro, señor cura. ¿No vino con usted? —¡Sí, sí! Tienes un hermoso perro. ¡Noble animal! ¡A él, después de Dios, debes la vida! —Y después de usted— murmuró el niño enternecido, clavando sus ojos en el rostro del sacerdote.— ¡Qué bueno es usted!

—¡Psh! ¡Eso lo hubiera hecho cualquiera! ¡No vale la pena! ¿Hablabas de tu perro? Ya vendrá.

Salió un instante, y a poco se oyó un ruido de hierros, y algo como un alud se precipitó en el cuarto. Era Tell, que ladraba, gruñía y saltaba arrastrando una cadena.

—¡Tell, Tell!—exclamó el negrillo.

Al oír la voz de su amo, Tell se abalanzó a la cama, y apoyando las patas delanteras en el cobertor, empezó las más cariñosas demostraciones de amor perruno.

—¡Bueno, bueno!—decía el niño retirándose hacia el fondo de la cama para huir del húmedo hocico del perro, que le buscaba la cara.—¡ Ya basta, Tell; ya basta!

—¡ Valiente animal!—exclamó la criada, que estaba presente.—Y por cierto que tiene un buen estómago: media olla de puchero se ha zampado esta mañana, sólo como desayuno. ¡Es un huésped cariñoso, pero caro!

—¡Vamos, Tell! ¡Fuera!—ordenó su amo.

El perro agachó las orejas, y moviendo la cola fue sumisamente a echarse en un rincón, dejando marcadas con barro sus anchas manos sobre el inmaculado cobertor.

—¡Oh!—exclamó el negrito, avergonzado de su perro y sin saber cómo ocultar tan horribles huellas.

—No es nada, hijo mío—dijo el cura, procurando también ocultarlas a su celosa y gruñona criada. —Mancha que con agua sale no es mancha.—Y ordenó a la

vieja:—Vicenta, haznos hoy un rico puchero de gallina gorda. Deja a Tell en su rincón. Y ahora dime, hijo mío, ¿cómo te llamas? —Alegre.

—¿Alegre?—murmuró el cura.—No es nombre que esté en el almanaque; pero, en fin, es lindo. ¿Y qué hacías en los caminos en día tan crudo?

—Es largo de contar, señor cura.

—No importa: cuéntalo todo; hay tiempo.

Alegre contó su historia, su verdadera historia, porque allí podía hablar sin temor de que le traicionaran.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?—preguntó el anciano cuando el niño hubo concluido.

—Buscar al hermano del tío Delfín.

—¿Y Berto? ¿No temes caer en poder suyo?

—No, porque no sabrá dónde estoy.

—¿Y si te hace buscar por la policía?

—¿Aunque ya no esté en Buenos Aires?
—¡Quién sabe! Si quiere tenerte de nuevo en su poder, lo hará.

—¡Dios mío! Si es así, si puede hacerme buscar, lo hará. ¡Sí; lo hará, porque yo trabajaba bien en la compañía: yo era un buen payaso, como él decía! Pero no quiero volver a serlo más; ¡no quiero, señor cura!

Y el niño, consternado, sintiendo que en su corazón se despertaban adormecidos temores, miraba al cura en los ojos como pidiéndole protección.

—¡Pobrecito Alegre! Confío en Dios que ese hombre no te buscará. Esa clase de gente suele tener páginas muy sucias en su vida, y preferirá cualquier cosa a tener que andar en danza con la policía. No; no te buscará: puedes estar seguro. De lo que no respondo es de que no te coja si alguna vez tropiezas con él.

—¡Ah, eso no!—exclamó el negrito, disipado el miedo.—Yo corro más ligero, mucho más ligero que él, señor cura.

—¡Bueno, bueno; eso me gusta! Lo que es por ahora, y mientras hallas al hermano del tío Delfín, te quedas conmigo; ¿eh? Y si no le hallas nunca, te quedarás para siempre, si quieres. Aunque soy pobre, no me faltará un rinconcito para ponerte cama, ni un lugar en mi mesa para un cubierto más.

—¡ Gracias, señor cura!—murmuró el niño besando la mano caritativa, que le acariciaba la mejilla.— ¡Qué bueno es usted! ¡Es tan bueno como el tío Delfín!

XI

La partida

Una mañana rasgó el sol la espesa cortina de nubes que envolvía el mundo.

—Ahora puedes levantarte, —dijo el cura a Alegre.

Y Alegre, loco de contento, bien abrigado, con una chaqueta nueva que de un sobretodo viejo del cura le había hecho la industriosa Vicenta, corrió a estirar las piernas por los campos, brillantes de escarcha.

Tell también quería estirarlas. Él no tenía chaqueta, pero tampoco temía la escarcha ni el frío, gracias a su espeso pelaje, y se lanzó a corretear por la polvorienta carretera.

El negrito estaba alegre, con esa espléndida alegría de los pájaros, que no pueden olvidar que gorjean; de los arroyos, que no pueden dejar de correr murmurando; de los corderos, que no olvidan la costumbre de triscar.

Árboles de Brandzen, ¿recordáis una vez siquiera haber visto pasar al negrillo a vuestro lado sin que ensayara trepar por vuestro nudoso tronco para sorprender los misterios de vuestra copa? Zanjas de Brandzen, ¿visteis jamás al negrillo detenerse a vuestro borde vacilando en dar un salto? Pozos de Brandzen, ¿reflejó jamás vuestro espejo cristalino el travieso rostro del negrillo asomado al brocal, sin que el eco dormido de vuestro fondo tuviera que responder al saludo amistoso que os enviaba desde arriba, con un ¡eh! claro y vibrante?

Alegre no iba en busca del hermano del tío Delfín, porque no tenía apuro. ¡Cruz Chica estaba tan lejos, y él lo pasaba tan bien en casa del señor cura!

Tenía mil ocupaciones que llenaban su existencia, al parecer ociosa.

En las horas que precedían al almuerzo y a la comida, el buen cura, que le había bautizado de verdad, le instruía y lo preparaba para la primera comunión. Era el principio de la más alta sabiduría: *initium sapientice est timor Domini.*

Además, Alegre aprendía a leer, a escribir, a contar y a bien hablar la lengua de la tierra.

Así pasaron varios meses. Así pasó el invierno y así la primavera, a cuyo final hizo Alegre su primera comunión, con un lindo moño blanco en la manga de su traje nuevo, y esta vez era nuevo de veras. Y llegó el verano.

Desde que tuvo que buscarse la vida, Alegre conocía el valor del dinero. La vida cuesta cara, y el señor cura era pobre. Vivir siempre a costa de aquél era un abuso, y él no quería abusar. Quería trabajar; sentía en su cerebro una a manera de fiebre, un gran empeño en mostrar al mundo —¡como si el mundo fuera a fijarse en él!— que no era ya un niño, sino un hombre.

En la compañía trabajaba para el director: ¿por qué no iba a poder hacerlo para él, ahora que era mayor y sabía tantas cosas? Alegre se creía un sabio.

Quería ir en busca del hermano del tío Delfín para ser marino, su sueño dorado.

Cuando en el invierno habló de ello al señor cura, éste le dijo: —Espera que llegue el buen tiempo.

El bondadoso anciano creía que el buen tiempo no llegaría nunca. Hubiera dado cualquier cosa por no separarse de aquel negrito, que se le había entrado tan hondo en el corazón.

Pero una mañana de sol radiante, una de esas mañanas argentinas en que la naturaleza verdeante y galana pregona las riquezas de ese suelo, Alegre, sudoroso de tanto corretear, se plantó en el escritorio.

Era la hora de la lección; el cura le esperaba. ¡Bonita lección de Meteorología iba a darle al chico!

—Señor cura—dijo de buenas a primeras, con ese ímpetu con que los tímidos abordan los asuntos escabrosos,—¿ha llegado ya el buen tiempo?

—Sí, hijo mío; ya ha llegado,—respondió el sacerdote mirando con tristeza los campos lozanos y verdes y las nubes de plata que navegaban en aquel cielo esplendoroso.

—Entonces, ¿se acuerda usted, señor cura, de lo que me dijo en el invierno?

—¿Yo? No. ¿Te acuerdas tú?

—Me dijo usted que cuando el buen tiempo llegara, podría irme.

—¿Irte? ¿Adónde?

—A buscar al hermano del tío Delfín. Yo quiero trabajar, vivir a orillas del mar, y ser marinero.

—En fin, ¡qué se le ha de hacer!—murmuró el cura resignadamente; y añadió en voz alta:—¿Conque quieres irte?

—Sí, señor cura.

—¿Tan mal te tratamos aquí? —No; no es eso. Yo estaría siempre con usted; pero quiero trabajar... -¿Tú?

—Yo, señor. ¿No soy ya bastante grande y fuerte ?

—Si todos tuvieran tus bríos—pensó melancólicamente el cura,—otro gallo nos cantara. Pero dime: ¿por qué no te quedas aquí? Trabajo no te faltará.

—Si hubiera mar...—insinuó Alegre.

¡Nada, nada! El negrillo se iba, y el señor cura tuvo que resignarse.

—Pero ten entendido que por mi gusto no te vas.

¡Vaya si lo entendía Alegre! Ni por el suyo tampoco. Era su destino.

Para llegar a Cruz Chica era necesario: primero, ir a La Plata, tomar allí el tren para Necochea, y, en este punto, esperar una mensajería que los transportara a aquel pueblito de pescadores, situado cuatro o cinco leguas al norte.

Para ir a La Plata hubiera podido tomar el tren; pero el señor cura supo que un vecino del pueblo iría en coche por negocios particulares y parecióle mejor pedirle un asiento en su compañía.

No había temor de que en aquel caso se repitiera el lance del carrero. Antes de salir el sol, ya Alegre estaba presto: iban a hacer el viaje con la fresca. El coche apareció.

—Bueno, mi querido niño—dijo el cura a Alegre: —ha llegado el momento. Sé siempre como has sido hasta ahora, y no olvides lo que aprendiste.

—¡Nunca, señor cura! — respondió el muchacho besando la mano al digno sacerdote.

—¡Y tampoco me olvides a mí!

—¡Jamás, jamás!

—¡Ni a mí!—murmuró Vicenta secándose con la punta del delantal dos lagrimones como guindas, casi perdidos en los surcos de su arrugada cara.

Decididamente, el negrito sabía hacerse querer.

—¡No, a ninguno! ¡Nunca!—replicó Alegre abrazando al cura y a la vieja.

Pero no era conveniente hacer esperar al dueño del coche, cuyos caballos piafaban de impaciencia. El negrito se desprendió de los brazos de sus buenos amigos, y saltó al asiento que le habían reservado.

Chasqueó la fusta, y el carruaje arrancó a galope, en medio de una nube de polvo que doraban los rayos del sol naciente.

Alegre, agitando el pañuelo, hacía señales de despedida al cura y a la anciana.

Cuando la casa parroquial se perdió en un recodo del camino, se acomodó juiciosamente en asiento, para hacer el viaje lo mejor posible.

Le quemaba la curiosidad de conocer el contenido de un sobre que el cura le había dado a última hora, y en el cual no había más que dos palabras: *Para Alegre.*

—No lo abras—le dijo al dárselo—hasta que estés lejos de aquí; si es posible, en Cruz Chica.

No obstante, la tentación era demasiado fuerte. De todas maneras la carta era para él. Así, en cuanto vio que el pueblo desaparecía a lo lejos detrás de una empinada loma, rompió el sobre y, cuidando que su compañero no viera sus manejos, revisó el contenido.

Casi dio un grito.

Allí había una tarjetita. «Alegre, hijo mío—había trazado en ella la mano del señor cura,—sé bueno siempre; sé bueno como lo has sido hasta ahora; guarda como un tesoro lo que conmigo has aprendido. Eso te bastará para ser verdaderamente sabio. Y guarda en tu corazón fielmente el recuerdo de tu amigo ».

Además, había algo que el niño creyó una fortuna: un billete nuevecito de...—¡oh, Dios; el chico se lo decía a sí mismo para convencerse de que no soñaba!—un billete nuevecito de ¡cincuenta pesos!

Pero, escarmentado con la aventura de marras, cuidóse bien de expresar nada que pudiera dejar traslucir el motivo de su gozo. Dobló la carta y el billete, los metió en el sobre, y lo guardó todo en el fondo de su más oculta faltriquera, temeroso de que huyeran de allí aquellos cincuenta pesos, base de un castillo encantado que iba construyendo con la fantasía, ese eterno artesano de la ambición.

XII

La tierra prometida

La mensajería no pasaba precisamente por Cruz Chica, sino a cosa de media legua.

El muchacho recogió su equipaje, no muy voluminoso, y bajó del coche.

—El camino va directo, sin torcer una pulgada —le dijo el cochero señalándole la blanca lista sobre la pradera verde.

Media legua de camino no era para arredrar a un chico como Alegre, aburrido ya del traqueteo del tren y de los barquinazos del carruaje, y que sólo deseaba caminar un rato para estirar las piernas entumecidas.

Para Tell, aquella distancia también era grano de anís, a pesar de que había hecho todo el trayecto, de Necochea hasta aquel punto, trotando detrás del coche.

El sol no era muy suave: era un sol de siesta en diciembre; pero Alegre llevaba un ancho sombrero de paja que le defendería de sus rayos. Por otra parte, desafiaba al sol a que le tostara la tez. Y en cuanto a Tell, aprovechaba todos los charcos que había en la cuneta de la carretera, para empaparse bien, y beber unos lengüetazos de agua fresca.

Así empezó la última parte de la jornada.

Ni Alegre ni Tell tenían por qué apresurarse. Hacían su camino concienzudamente, eso sí, deteniéndose debajo de cada árbol para gozar durante algunos segundos de la frescura de su sombra. De buena gana el negrillo hubiera trepado hasta la copa, como solía; pero juzgaba eso poco apropiado en una persona que, como él, tenía cincuenta pesos en el bolsillo. Sí; cincuenta pesos, porque el bueno del señor cura tuvo el cuidado de darle aparte dinero con qué pagar el tren y la mensajería para que conservara intacto aquel billete flamante y oloroso, como recién salido de la prensa.

Hacia las cuatro de la tarde, el niño vio el horizonte ceñido por una línea azulada que se dilataba hasta donde los ojos no podían llegar.

—¡El mar!—exclamó después de contemplarlo unos segundos.—¡El mar!

Y loco de alegría se lanzó a la carrera.

Cuando llegó, apenas se detuvo para quitarse los zapatos y corrió a mojarse hasta media pierna en las ondas saladas de aquel mar, que le quitaba el sueño.

Luego miró alrededor, en busca de la población, que, según le habían dicho, estaba al final de la carretera, en la costa.

Esta vez no se había perdido.

A poca distancia se alcanzaba a divisar un río que desembocaba en el mar. En la otra orilla, mostrando apenas entre los tupidos árboles de un parque las agujas de sus torrecillas, se adivinaba una magnífica mansión, que le recordaba algún castillo de otros países. Y a la derecha, apoyando la cabeza en el río y bañando los pies en la salada inmensidad, estaba la población: unas cuantas casitas blancas.

Era Cruz Chica. ¡La tierra prometida!

Se puso a toda prisa los zapatos y corrió hacia la aldea y llamó a la primera puerta que encontró.

Salió una mujer de buen aspecto y mediana edad y Alegre le dio la buenas tardes y preguntó por la casa de Ludovico Pessaro.

—¿Ludovico has dicho? En su casa estás, muchacho,—respondió ella afablemente.—¿Qué negocio te trae?

—¿No podría hablar con él?

—Ahora no, porque no está aquí; pero su mujer soy yo...

—¿Usted? ¿Es usted doña...? ¡Ay! El tío Delfín, ya me acuerdo, se había olvidado de su nombre...

—¿El tío Delfín? ¿Le conoces? ¿Conoces a Joaquín Pessaro, hermano de mi marido?

—¡Vaya si le conozco! Como que he estado no hace mucho con él, y traigo una carta suya para don Ludovico.

—¿Una carta del tío Delfín?—exclamó la mujer, que no bien oyó confirmada la noticia, corrió hacia el puerto en la desembocadura del río, donde se veían los palos y las jarcias de algunas embarcaciones, y llamó a gritos:

—¡Ludovico, Ludovico! ¡Escucha lo que te dice este negrito!

Un hombrachón de anchas patillas grises, sin bigote y con una pierna de palo, apareció por la escotilla de una de las barcas mayores. Era Ludovico Pessaro tal cual, que en cuanto oyó lo que le decía su mujer, se echó a tierra dando zancadas con su pierna de palo.

—¡Muchacho!—-dijo a Alegre con un vozarrón de contramaestre en mitad de la tormenta.—¿Eres tú? ¿Has visto al tío Delfín, a mi buen hermano Joaquín?

—Sí, señor, hace algunos meses; y traigo una carta suya para usted.

—¡Venga acá esa carta!—exclamó el pescador sin disimular la alegría que sus ojos delataban.

El chico le entregó la carta, acondicionada por el cura en un sobre nuevo. Ludovico, la rompió y comenzó a deletrear los no muy seguros garabatos del tío Delfín, sudando a mares como si remara contra la corriente.

Sólo al cabo de un rato, cuando, gracias a tres lecturas, creyó haber penetrado bien su contenido, guardó el papel, contempló al negrito, lo halló muy hermoso, a pesar del color, y a su gusto, y le abrió los brazos:

—¡Ven acá, hijo mío; ven que te abrace este pobre marinero! Mi hermano, mi buen Joaquín ha sido un padre para ti: yo seré un tío; el tío Ludovico. ¿Eh?

Y el pescador estrechó entre sus forzudos brazos a Alegre, que apenas podía creer en tan halagüeña acogida.

—¿Alegre te llamas? Bueno, pues, Alegre, hijito mío; ya no vagarás errante por el mundo. En adelante, mi techo será tu techo, la mitad de mi pan será tuyo, y no te faltará en mi mesa un plato de sopa; en adelante tendrás una familia. Yo seré el tío Ludovico, y mi mujer será la tía Marta; ¿entiendes, Alegre, mi lindo negrito?

La tía Marta, que se había quedado en la barca continuando la tarea abandonada por su marido, apareció a ese tiempo.

—¡Mujer!—le dijo Ludovico.—Dios se llevó a su gloria nuestros dos hijos; pero ahora nos manda otro. ¡Mira qué criatura más graciosa... a pesar del color!

—¡Alegre!—exclamó ella abrazándole y besándole.—¡Qué lindo negrito! ¿De veras vas a quedarte con nosotros?

—¡Sí, para siempre!—respondió el niño.

—¡Bien! Desde hoy ocuparás en nuestra casa el lugar que habrían ocupado nuestros hijos si hubiesen vivido; en nuestra casa y en nuestro corazón.

—Y trabajaré con ustedes. Soy grande ya, y fuerte para ganarme la vida.

—¡Bravo, hijo mío!—exclamó Ludovico.—¡Así me gusta! Trabajarás, sí; trabajarás, y nos ayudarás en lo que puedas. Si te gusta el mar, serás pescador.

—¡Pescador, sí; marinero! Me gusta el mar; ¡me gusta mucho más que la tierra!

—¡Mejor, mejor! ¡Serás un buen marinero; ya verás qué divertido es nuestro oficio!

Tell, en quien nadie había parado mientes, estaba disgustado, y saltaba y se metía por todas partes, rozando las piernas de su amo para que le hiciera compartir algo de su alegría.

Pronto consiguió lo que deseaba. Ludovico se había fijado en él, gracias a una zancadilla que echó a su pierna de palo: Tell era muy malcriado.

—¿Es tuyo este perro?—preguntó el marino a Alegre.

—Sí, es mío. Ya verán qué bueno es, y qué inteligente, y cuánto sabe. ¡Tell, en dos patas! ¡En dos patas, y baile con música!

Tell se puso en dos patas guardando el equilibrio, y comenzó a saltar ladrando.

—¡Saluda a los señores!

Cruzando las manos sobre el pecho, Tell se inclinó gravemente delante del pescador y de su mujer.

Éstos no pudieron contenerse y soltaron una ruidosa carcajada.

—¡Qué hermoso animal, y cuánto sabe!—exclamó Marta.

—¡Oh; eso no es nada! Aun sabe mucho más. Ya lo verán los domingos, cuando no haya que trabajar; entonces Tell trabajará por nosotros.

—¡Sí, sí; los domingos no más!—insinuó el marino.—Aquí todo el mundo trabaja, y Tell no nos hará perder nuestros buenos hábitos. Y ahora me voy a concluir la compostura de mi barca grande; quiero alistarla antes de la noche. Después hablaremos. Nos contarás tu historia, Alegre; porque debes de tener historia. Ahora me voy. Si quieres venir conmigo...

Sí; era lo que quería desde que oyó hablar de barcos. Además, tenía que pedir algo.

—¿Cómo, qué cosa?—preguntó el marino cuando se lo dijo.

—¿Me ha dicho usted que debo llamarles tío Ludovico y tía Marta? —Sí. ¿Acaso no te gusta? —Yo quisiera llamarlos de otro modo. —¡A ver, a ver!

—Yo no sé; pero, si van a mirarme como a hijo, si en su casa y en su corazón voy a ocupar el lugar de un hijo, sería mejor que los llamara padre y madre.

—¡Oh, Alegre! ¡hijo mío!—exclamaron a un tiempo los dos esposos abrazando al chico.

—¡Padre y madre! ¡Padre Ludovico y madre Marta! ¿Es eso, Alegre, lo que tú quieres?

—Sí, eso es. ¡Padre y madre!—Y el negrillo enjugó una lágrima que empañó sus ojos.

En su memoria apareció borrosamente el recuerdo de un mercado de esclavos.

XIII

Capitán Alegre

Cruz Chica no era muy antigua. Siete u ocho años antes, el que hubiera pasado por allí no habría visto más que un bosque desierto.

Pero un buen día a una riquísima familia porteña, la familia de Alvarado, dueña de todas aquellas tierras en un espacio de varias leguas cuadradas, se le ocurrió construir su mansión veraniega a orillas del mar.

Entre Mar del Plata y Necochea, los dos aristocráticos balnearios, surgió de improviso Cruz Chica, en una playa preciosa.

En poco tiempo monte y matorrales se convirtieron en hermosísimo parque; la tierra inculta en labradas praderías, y el riachuelo que allí desembocaba fue profundizado en buena extensión para que pudieran navegarlo las embarcaciones de los pescadores.

Se levantó en medió del parque, a la orilla derecha del río, la fastuosa mansión de la familia de Alvarado, y a la izquierda empezó a formarse un pueblecito de colonos y pescadores, mitad marino y mitad terrestre, pero aseado y lindo que era lo que había que ver.

Con los primeros calores del verano empezaba la dispersión de las familias aristocráticas que por placer o por salud huían de la capital. Unas iban a las sierras de Córdoba, otras corrían a los balnearios de Mar del Plata, Necochea o de la Banda Oriental. La de Alvarado, en un precioso yate, se trasladaba a Cruz Chica.

Esto fue así en los primeros años. Más tarde aquel castillo solitario concluyó por hastiar a sus dueños, que sólo de tarde en tarde y por cortos días lo visitaban.

Cruz Chica no necesitaba de ellos para ir creciendo paulatinamente. Las tierras fértiles y el mar, rico en pescados de toda clase, pagaba con creces los sudores de aquellos colonos pescadores.

En Cruz Chica cada familia poseía terreno y barca pescadora, aparte de lo que colonizaban por cuenta de los Alvarado. Cuando la tierra era dura y no devolvía en fruto las fatigas del labrador, el mar con su tributo equilibraba la balanza.

Sólo Ludovico Pessaro no tenía ni una pulgada de tierra para sembrar.

—¡Uf! ¡La tierra me da asco!—decía el marino —¡El mar! ¡el mar!

En cambio, tenía dos embarcaciones: una grande, la mejor de las que atracaban al muelle de Cruz Chica, y una pequeña, la *Gaviota,* la más airosa y linda barca que cortaba las ondas del mar. Ludovico lo aseguraba, y se podía creerle porque era una autoridad en achaques marítimos.

En componer la mayor, que tenía una cuaderna hundida por un choque, se ocupaba el marino cuando su mujer le anunció la llegada del negrillo.

Muchacho decía el buen Ludovico al niño, -con mucho gusto hubiera dejado hoy mi trabajo para celebrar tu venida; pero tengo averiada mi *Parma*, y debo hacer un viaje a Necochea mañana mismo. Es menester que todo quede listo esta misma noche, antes de la marea alta.

Casi todas las embarcaciones estaban amarradas en la desembocadura del río, donde las aguas eran hondas. Pero la *Parma* estaba en seco, acostada en la arena, mostrando en el combado casco la herida que iba a curar su dueño. Poco faltaba ya: cepillar el tarugo con que había cerrado el agujero, calafatear con estopa embreada las junturas de una parte de la tablazón dislocada por el golpe, y esperar que subiese la marea y la sacara a flote.

—¡Qué lindo!—exclamó Alegre, entusiasmado viendo aquel puertecito.

—¡Ah! ¿Te gusta?—preguntó el marino atribuyendo el elogio a sus barcas.— ¡Ya verás cuando ésta navegue! En cuanto a la otra, allí la tienes, a dos varas. ¡Mira qué fina es! ¡Mira con qué gracia se balancea! Parece la cuna de un niño mecida por su madre. ¡Ah, el mar! El mar es la madre, cariñosa unas veces, severa otras, de todos los barcos. Por cierto que no hay en toda la costa, desde Bahía Blanca hasta Buenos Aires, una embarcación tan primorosa y pulida como ésa. Limpia y sana está desde la quilla a los palos. Parece recién pintada de color de perla; un color muy delicado. Sin embargo, hace tres meses que se lo di, y dijérase que fue ayer.

—¿Es la *Gaviota?*.—preguntó Alegre, interrumpiendo la charla del marino.

—Sí; la *Gaviota.* ¡Verás cómo parece una gaviota cuando con la velita al viento se va mar adentro, cortando las olas azules! Como es blanca, cualquiera, al verla de lejos, la tomaría por una gaviota enorme.

—¡Qué linda! ¿Y la grande es la *Parma?*

—Sí, chico; el nombre de mi pueblo. ¡Hermoso pueblo por cierto, aunque apenas lo conocí, pues lo dejé siendo yo tan niño como tú!

—¿Y qué averías tiene ahora?

—Poca cosa; una raspadura que me le hizo la punta de una roca, hace unos días. Iba costeando, el viento era fuerte, quise achicar la vela, solté el timón y la barca se me torció contra la orilla. Apenas pude traerla a fuerza de remo y botador. Cuando atraqué en el muelle, había embarcado ya tres toneladas de agua. Pero no es más que un rasguño que ya está cerrado. Ahora lo calafateo, le doy una mano de pintura, y al agua, porque las barcas no pueden vivir sin mojarse la barriga.

Ludovico reanudó el trabajo. Alegre devoraba con los ojos las embarcaciones, principalmente la *Gaviota,* tan airosa, tan pulida y cuyos aparejos veía en el fondo.

¡Qué no hubiera dado por subir en ella!

Primero, no atreviéndose a manifestar su deseo, se contentaba con mirarla. Después, ya no pudo contenerse. Se le acercó, la atrajo tirando la amarra, y saltó a bordo.

—Padre Ludovico...—dijo; y no continuó.

—¿Qué decías, muchacho?—respondió el otro sin alzar la cabeza.

—¿No me permite que dé un paseíto en la *Gaviota?.*

—¿Tú, Alegre?

—Sí. ¿Por qué no?

—¡Pero si no conoces la maniobra!

—¡ Que no? ¡Ya lo creo! El tío Delfín me decía que sería un buen grumete.

—Que serías, sí; no lo dudo; pero...

—Lo soy ya, padre Ludovico. No digo que muy bueno; pero lo bastante para saber dar unas cuantas bordadas.

—¡Vamos; te has enamorado de la *Gaviota!*

—No diré que no, porque ella lo merece. ¿Quiere ver si conozco o no la maniobra?

La mosca de la curiosidad acabó por picar al marino, que abandonó las herramientas y se acercó a Alegre.

—¡Veamos! Empuña los remos, sin soltar la amarra. Con eso veré si sabes o no.

El negrillo no quiso oír más: sin desatar el bote remó, haciendo todos los movimientos que le permitía la cadena.

—¡Hombre, no lo hubiera creído! ¡Algo es eso!

—Y sé más; ¡mucho más!

—¿Sí? ¡Bueno! Desata la cadena y corre unas bordadas en el río.

Loco de alegría desató en un periquete la amarra, viró en redondo, y remó vigorosamente hasta tocar la orilla opuesta.

—¡Ya, ya! ¡Eso marcha!—gritaba desde el muelle el marinero.—¡Bien; muy bien! Un tanto flojillo; pero se ve que sabes. Ahora ¡atención! Está soplando una brisita de la mar; iza la vela y lárgate río arriba, nada más que hasta los árboles. ¡Cuidado con irte más allá!

¡Oh! Aquello era digno de verse; aquello era navegar. El negrillo, a popa con la caña en una mano y la escota de la vela tendida al viento en la otra, se dejaba llevar por la brisa. Alegre era todo un grumete; los meses pasados sin ver agua no le habían hecho olvidar las lecciones del tío Delfín.

En pocos minutos, aguas arriba, llegó hasta el linde del bosque que orillaba el río a medio kilómetro de la desembocadura. Allí viró de nuevo, cambió de amuras y descendió corriente abajo, yendo a atracar al muelle con tanta seguridad y limpieza como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa.

—¡Bravo muchacho! Razón tenía mi hermano en decir que serías un buen grumete. Lo eres, y con el tiempo puede que llegues a ser algo más. Dime: ¿conoces la maniobra del aparejo en un buque grande?

—¡Cómo no! Es lo que el tío Delfín me enseñó más; sólo que cuando el viento es fuerte...

—¡Ya, ya! No te alcanzan las fuerzas, ¿eh? ¡No importa! Eso vendrá con el tiempo. Pero si conoces la maniobra, puedo llevarte conmigo en la *Parma* para que me ayudes.

—¿Mañana?

—No; mañana, no; tengo ya contratados dos muchachones del pueblo, y la maniobra de mañana será pesada. Otro día. ¡Hay tiempo! Ahora amarra el bote, bien amarrado, no sea que el viento se lo lleve.

El negrillo, aunque sintiendo dejar tan pronto la barquilla, obedeció: arrolló la vela, bajó el palo, y se agachó para asegurar la cadena.

Pero no había contado con la huéspeda.

Tell no le perdonaba que en la precipitación por mostrar sus habilidades le hubiera dejado en la orilla. Él también hubiera querido subir al bote, la sangre se le quemaba de impaciencia. Ya iba a echarse a nado para alcanzarlo, cuando la *Gaviota* atracó al muelle. Era mejor subir directamente sin pedir permiso. Calculó la distancia con ojos de perro experto, tomó fuerzas, y saltó a bordo, yendo a caer sobre una de las bandas. El bote dio un brusco barquinazo, y el pobre Alegre, que agachado a proa amarraba la cadena, perdió el equilibrio y se fue a pique.

—¡Muchacho!—exclamó Ludovico afligido al verle desaparecer bajo el agua.

Pero ya el negrillo subía a la superficie nadando como un pato. Se cogió de las maderas del muelle, y trepó a tierra.

—¡Chico!—le dijo el marino acariciándole las mojadas mejillas.—¡Pues si nadas como un delfín! ¡Vaya si eres un buen grumete! Y con el tiempo ¡diablo! puedes llegar a capitán. ¿Te gustaría?

Alegre se quedó un momento pensativo. A través de los años que habían de venir, contemplábase dueño y señor de un barco.

Ludovico, que le miraba, adivinando el curso de sus pensamientos, se dio una palmada en la frente.

—Con el tiempo. ¡Hum; aun falta mucho! Tú quisieras empezar por ahí la carrera, ¿verdad? Pues bien; si no eres ambicioso, desde hoy serás capitán.

—¿Capitán?

—Sí; de la *Gaviota.* ¿Qué te parece?

—Pero la *Gaviota...*—balbuceó el chico, temeroso de que el rumor de su propia voz le despertara de aquel sueño que comenzaba.

—La *Gaviota* será tuya; tuya propia. Tú serás su capitán. ¿Quieres?

Alegre cerró los ojos: ¿era aquello un sueño?

—¡ Capitán!—tartamudeó.

—¡Sí; capitán! ¡Rayo de Dios!—tronó Ludovico sacudiéndole por los hombros para despertarle, y añadió cuadrándose y llevando la mano a la boina. —¡A la orden, capitán Alegre!

—¡Dios mío! ¿Pero no es sueño?—murmuró el negrillo.

No; no era sueño: esa vez era realidad.

XIV

Una rica cena

Marta les había preparado una opípara cena, de las que sólo se veían en la casa del marino cuando repicaban fuerte en la iglesia del pueblo vecino, es decir en los días de fiesta.

Un arroz a la milanesa, como plato principal; y, como superfluidades, en una ancha fuente un pollo levantaba al cielo sus mutiladas patas, y había a su lado un plato de rosadas lonchas de salchichón y una fuente de fresca ensalada; lo cual despertaba en el estómago cierto hormigueo que hubiera sido insoportable, de no tener tan a mano el remedio.

Y, para rociar aquello, erguíase en mitad de la mesa una panzuda botella de espumoso y picante Barbera.

—Ahora, capitán Alegre,—le dijo Ludovico, que con la tarea y la alegría de aquella tarde estaba con mucho apetito—vamos a indemnizarte de todas las privaciones que has pasado buscándonos. ¡Toma asiento!

—¡Pues he ganado mi tarde!—decía el pescador, arremetiendo contra las sabrosas viandas.—No tenía ningún hijo; pero Dios que me los llevó, ahora me devuelve uno crecidito y hermoso. Bien lo ha discurrido mi buen Joaquín. ¡Cuánto tiempo que no le veo! Dime, Alegre: ¿está muy viejo?

—¡Qué ha de estar, si tiene aún fuerzas para echar abajo el palo mesana tirando de un obenque!

—¡Lo creo, porque le conozco! Pues sabrás que aunque no fueras tú lo que eres, digo, si en lugar de ser un buen muchacho resultaras una mala persona, con la sola carta que me has traído te aceptaba de mil amores, y sólo por agradar a ese buen hermano mío. ¡Si tú supieras!... ¡Mira!—exclamó golpeándose la pierna de palo.—¿Sabes qué es esto? Toda una historia. Navegábamos a bordo del *Meteoro;* la mar se embraveció aquella noche y hubo que maniobrar en la oscuridad; yo

trepé a uno de los palos; con la fuerza del viento y los barquinazos, una cuerda se rompió, se vino abajo una gavia y caí sobre el puente con toda aquella máquina encima. Cuando me levantaron, tenía una pierna rota. En la primera escala que hicimos me dejaron en tierra. Allí hubiera muerto, pues no tenía ningún recurso; pero fue en mi auxilio Joaquín, mi buen Joaquín. Me amputaron la pierna, y él pagó a los cirujanos. ¡Seis meses estuve quilla arriba en la cama! Seis meses más tardé en ponerme fuerte para el trabajo; y él lo pagó todo con largueza, gastándose los ahorros de muchos años y de muchas campañas. Ahora dime tú, negrito mío, si esto puede pagarse con dinero: ¿verdad que no? ¡Pues ni aunque se pudiera tendría yo dinero suficiente! ¡Montes de oro vale todo eso! Ya lo ves: como a hijo de rey te hubiera recibido, aun cuando tú no fueras lo que eres; pero siéndolo, no como a hijo de rey te recibiré, Alegre, sino como a hijo mío. ¡Bueno, bueno! Cuéntame tu historia: debes de tener mucha historia. Poco menos que nada me dice Joaquín en su carta; pero no importa: con tan buena lengua como tienes, sabrás contarlo todo, ¿eh? ¡Vamos; echa un trago! Aunque los niños... En fin, suelta la sinhueso.

Alegre era poco aficionado a referir su historia, mucho menos cuando estaba contento. ¡Tenía tantas páginas obscuras el libro de su vida! Pero la refirió por agradar a aquellas buenas gentes, que le escuchaban conmovidas. De cuando en cuando Marta, pretextando levantar los platos, iba a enjugarse en un rincón algunas lágrimas que no podía contener, y murmuraba:—¡Pobre negrito!

Concluida la historia, narrador y oyentes quedaron en silencio viendo desfilar ante la imaginación los cuadros evocados.

Un vozarrón ronco y jovial resonó afuera, como un cañonazo:

—¡Qué! ¿Esta noche no se charla? ¡Tromba! ¿Hay algún nublado encima?

—¡Ya está ahí Jorge!—dijo Ludovico alzándose de la silla.—¡ Adelante, camarada! Hoy hemos abierto la botella más vieja de la alacena. Ven a echar un vaso.

—¡Lo echaré, lo echaré! ¡Tromba! Pero hoy no es día de fiesta, que yo sepa,— respondió la misma voz, a tiempo que entraba su dueño, un marinerote para quien alborearían los cincuenta años; un marinero de veras, de rostro curtido, de fisonomía tosca, como labrada a hachazos, y completamente rasurado. Vestía pantalón y chaqueta de brin azul, venía descalzo y cubríase los revueltos cabellos grises con una boina, también azul.

Por la entreabierta camisa colgada al cuello una melladita de plata: aún podía adivinarse en los gastados relieves la imagen de la Virgen.

Caminaba balanceándose, como si pisara el movedizo puente de una barca, y echaba humo a torrentes de una pipa corta y negruzca, eternamente pegada a sus labios.

—¡Tromba! ¡ése es un marino!—díjose al verle el negrillo, a quien la exclamación le había caído en gracia.

—No es día de fiesta, pero es día de gozo, respondió Ludovico al recién llegado.

Éste, deslumbrado un momento por la luz de la habitación, creyendo ver algo insólito en ella, se llevó la mano a los ojos a manera de pantalla, y examinó curiosamente lo que le llamaba la atención.

—¡Tromba! ¿Tenéis un convidado?

—¡Vamos! ¡Echa un trago—le respondió Ludovico tendiéndole un vaso,—y prepárate a ver algo que no has visto nunca!

De un solo trago el marinero agotó la copa que le ofrecieron, y haciendo chasquear los labios se acercó a Alegre, que le miraba respetuosamente, como a un ser superior. ¡Aquello era un marino! ¡Tanto o más que el tío Delfín! Al menos, así lo creía el chicuelo.

Acercósele Jorge, y poniéndole una mano encima de la rizada cabeza, le colocó de modo que le diera de lleno en el rostro la luz de la lámpara, y le contempló fijamente, frunciendo el entrecejo para reconcentrar toda su potencia visual.

—¡ Tromba con el muchachito!—exclamó al cabo de un rato durante el cual Ludovico y Marta espiaban el efecto de aquella maniobra.—¡Hermoso en verdad!

—¿Eh? ¿Qué te parece?—interrogó triunfalmente Ludovico.

—¿Quién os ha traído este pedazo de carbón? —Ha venido por sus pies,—repondió Marta. —¡Ésa es buena! ¿Y de dónde ha venido? —¡Pues del cielo!

—¡Lo creo; sí! Es hermoso como un ángel; pero... —añadió bajando la voz de modo que sólo le oyeran los dos esposos—ha debido de hacer escala en el infierno. ¡Tromba, si es negrito!

Alegre escuchaba y se reía.

Ludovico le recordaba al tío Delfín; un tío Delfín más joven y más jovial, y con pierna de palo; y aquel marinerote, con su pipa y sus ¡trombas ! le agradaba mucho. A pesar de su voz tonante parecía ser el más dulce y cariñoso de los hombres.

Cuando se retiró dos horas más tarde, Ludovico dijo al negrito:

—Alegre, es hora de dormir; vete a la cama. Al rayar el día, yo me encargaré de que pongas los huesos de punta.

La cama de Alegre estaba presta, gracias a la actividad de la buena Marta.

El chico iba a acostarse. Pero se acordó de algo que la tarde entera había estado rumiando mentalmente.

—Yo quería decirle a usted un cosa—dijo a Ludovico;—pero...

—¿Pero qué?—interrogó el pescador acariciando al niño.

—Pero...—repitió éste.

—Pero no te animas, ¿eh? ¡No seas tonto! Hazte cuenta que yo soy tu padre, que lo seré ¡tromba! como diría Jorge, y desembarca lo que te estorbe en la bodega.

Alegre, sin decidirse aún y temblando de vergüenza, sacó del bolsillo el sobre con el billete del señor cura, y murmuró:

—Esto es para usted.

Padre Ludovico dio un salto al ver el dinero; frunció el ceño, y con cariz tormentoso preguntó:

—¡ Qué dices? ¿Que esto es para mí? ¿Y de dónde lo has sacado?

—Me lo dio el señor cura—tartamudeó avergonzado el negrillo sin alzar los ojos del suelo.

—¡Ah!—suspiró el marino, como si le hubieran quitado un peso de encima del corazón.—No mientes, ¿verdad? ¡Bueno, bueno! Otra cosa supuse yo. ¿Y para qué es esto?

—Es para usted.

—¿Para mí? ¿Crees que soy más pobre que tú? Esto no es para mí, ni quiero que lo sea. Esto debes guardarlo, pues te lo dio el señor cura. ¡ Truenos y relámpagos! ¡Habráse visto rumbo como el de este chiquillo! ¡Apenas cala una cuarta, ni enarbola más que un palo, y quiere hacer maniobras de fragata!

Alegre quiso insistir en su dádiva.

—¡Nada, nada! Este dinero lo guardo; pero para ti: cuando lo necesites, ya sabes dónde puedes encontrarlo. Y basta por ahora. Vete a dormir; tú tendrás sueño, y yo también.

Alegre obedeció: se metió en cama; pero no se durmió en seguida. Cuando más tarde, Marta, sabedora del altercado, fue a ver si dormía bien el chico, le encontró despierto.

A ella le habló del asunto como hubiera podido hablar a su madre: intercedió, suplicó, hizo un pucherito.

—¡Calla, Alegre mío; no seas tonto!—le dijo la buena mujer.—¿Eres acaso millonario? Y lo besó y lo bendijo.

XV

El tío Jorge

El primer rayo de sol que a la mañana siguiente se coló por la ventana besó a Alegre en la frente y lo despertó.

Ya Marta le esperaba con un tazón de leche caliente y una gran rebanada de pan oloroso y recién cocido.

Alegre dio los buenos días, y se desayunó aprisa, ansioso de ir al fondeadero.

Cuando llegó, Ludovico, Jorge y algunos otros trabajaban sobre el puente de la *Parma,* que la marea había puesto a flote.

—¡Tromba, muchacho! ¿También madrugas?— exclamó Jorge.

La presencia del nuevo habitante del pueblo, produjo en todos la misma impresión. Aquel negrito tan fino y simpático sólo amigos y protectores halló entre la buena gente.

Cuando Ludovico les aseguró a fe de marinero que allí donde le veían era el mejor grumete que comía pan en diez leguas de costa para el Norte y para el Sur, la admiración creció; pero algunos movían la cabeza.

—¡Hum! ¡Había que verlo! ¡No tiene trazas de marino!

—¡Pues lo veréis!—respondió picado Ludovico, —¡A ver, Alegre, anda, y convence a esta gente! ¡Allí está la *Gaviota!*

Ycomo el negrito vacilara, un tanto avergonzado por los elogios, añadió:

—¡Capitán Alegre!

Aquello fue decisivo. El capitán Alegre saltó al bote, seguido de Tell, y soltó la vela.

—¡Atención! ¡Que la brisa te coge de proa!

Eso no era nada para un lobo de la talla del negrito. La fina *Gaviota* se portó bien, y él, con la caña del timón en una mano y la escota de la vela en la otra,

ciñendo al viento remontó la corriente del río, no muy fuerte en aquel punto. Después de describir un semicírculo para presentar siempre un costado a la brisa, cuando llegó a los árboles cambió de rumbo y regresó al punto de partida.

—¡Tromba, retromba!—juraba Jorge, que con la mano sobre los ojos para evitar el reflejo del agua, saboreaba la maniobra del muchacho.—¡Pues si es todo un marino!

En cuanto la proa de la *Gaviota* tocó el muelle, no pudo contenerse, y corrió al bote.

—¡Deja, Alegre, que te abrace, porque te lo mereces! Mira, cuando yo tenía tu edad, había aspirado ya las brisas de todos los mares, y con todo, no sabía ni la mitad de lo que sabes tú. Aquí en la playa hay treinta muchachos como tú, que han nacido a bordo, que han probado la sal de las olas y se han bañado en la espuma de las resacas, y son a tu lado muñecos de cartón. Alegre, eres un grumete con arboladura de capitán. ¡Deja que te abrace! ¡Tromba!

Y estrechó al niño, que, gozoso y confundido, no acertaba a hilvanar una frase de agradecimiento.

Pronto el cargamento que la *Parma* iba a trasportar a Necochea, quedó bien estibado en la bodega.

Subió la pequeña tripulación a bordo, y se tendió la vela.

—¡Alegre!—exclamó entusiasmado Ludovico.— ¡Alegre, mira qué linda es mi barca!

En efecto, era muy hermosa y cuando se hacía a la mar ninguna de las barcas de Cruz Chica ni de muchos puertos de aquella costa podían competir con ella en esbeltez, y en velocidad.

—¡Preciosa ¡—exclamó Alegre contemplándola con la veneración del idólatra ante un fetiche.

La amarra estaba tirante. Iban a desatarla cuando el negrito suplicó:

—Padre Ludovico...

—¿Quieres ir?—le preguntó Ludovico.

—No, padre Ludovico; quisiera...

—¿Qué quisieras?

—Que me diera permiso para andar hoy en la *Gaviota.*

—¡Valiente cosa! ¿Acaso no eres su capitán? —Sí, pero...

—Pues si lo eres, puedes disponer de ella; ¡qué diablos! Donde manda el capitán, no manda el marinero.

—Entonces, ¿puedo?...

—¡Claro que puedes! Pero en el río, no en el mar. No te acerques a él que es traidor. Como yo huela sal en la proa de tu *Gaviota,* se acabó el buenazo de padre Ludovico. ¿Entiendes?

¡Tromba si entendía Alegre!

La amarra se soltó; la airosa embarcación salió del fondeadero, y en cuanto mojó la quilla en el agua salada, proa al Sur, buscó el rumbo de Necochea.

Alegre la siguió con los ojos desde el muelle, hasta que la banderola que flotaba en la punta del mástil se perdió detrás de la arboleda.

Si la *Parma* se iba, le quedaba la *Gaviota.* La *Parma* era hermosa; pero la *Gaviota* era mejor, a sus ojos. Padre Ludovico se la había dado de veras y para siempre y en ella era capitán, tripulación y hasta carga.

Cuando el capitán Alegre iba a embarcarse en su *Gaviota,* una mano le detuvo por el brazo. Allí, en el muelle, se había quedado Jorge. Alegre se volvió.

—Capitán Alegre, ¿te gustan los tíos?

—¿Los tíos?—repitió el negrillo.

—Sí. ¿Te gustaba el tío Delfín?

—¡Era muy bueno!

—¿Y no quieres tener otro?

—¿Otro tío Delfín? Si fuera tan bueno como él...

—¿No quieres tener un tío Jorge?

¡Oh! ¡Aquel gran marinero, aquel lobo de mar quería ser su tío; un tío de perlas!

—¡Cómo no!—exclamó Alegre.

—Bueno; yo seré el tío Jorge. Quiero serlo para que oigas mis consejos. Capitán Alegre, eres dueño de un barco. ¡Muy bueno es eso! A tu edad, ni un remo tenía yo. Tú sabes mucho, y mucho amas el mar; pero no le temes: no sabes que es malo, ¡tromba! No conoces sus ardides; el mar no avisa nunca a los barcos que se quiere tragar; el mar es insaciable y traidor, el mar vive, el mar siente, odia y disimula. Tú no lo conoces, Alegre; yo, sí: yo me he batido con él. ¡Tromba si lo conozco! En el río puedes andar todo lo que quieras: el río es franco, es noble, ataca de frente; el río vive también, pero ama. ¡Mucho ojo, capitán; escucha a este viejo lobo, que ha visto cosas de todos colores! La *Gaviota* es muy pequeña, su vela es demasiado grande, y tú, hijo mío, eres muy niño.—Y añadió bajando la voz, como si las olas que rompían en la playa pudieran oír sus palabras y llevar el cuento:—¡El mar es rencoroso y nos odia a los hombres que lo hemos vencido!

Entre Jorge y el mar, sólo odios podían existir. El mar había llenado de amarguras la vida del marino: en el mar murió su padre, y en el mar, destrozados

por las olas contra el acantilado del solitario peñón de las gaviotas, cuyas crestas se divisan a una legua de Cruz Chica, habían muerto sus dos únicos hijos. Y el viejo marino había jurado odio eterno al mar implacable y astuto.

El muchacho prometió a su nuevo tío hacer lo que le encargaba. Le dio las gracias, saltó a su bote, soltó la amarra, y orientando la vela empezó a remontar el río por tercera vez, mientras Jorge le gritaba desde el muelle:

—¡ Ojo al timón y a la escota, Alegre! ¡ El viento te es contrario! ¡También el viento nos odia y es artero! ¡Y tu vela es demasiado grande, para tu pequeña barca! ¡Tromba!

Casi una hora tardó en recorrer Alegre la distancia entre el pueblo y la casa de los Alvarado. Iba corriente arriba y con viento de proa, y sólo avanzaba bordejando.

Pero cuando llegó a la altura del fondeadero del yate, como el río formaba allí un recodo, volviósele el viento favorable, y con esto la *Gaviota,* arrastrada por la lona, permitió que su dueño en el timón, se dejara mecer por la blanda mano de sus ilusiones.

Había realizado su sueño dorado: era marino, era capitán. Tenía un barco; algo pequeño, pero ¿qué importaba? Si hubiera sido mayor, no sería él su capitán. Él mandaba a bordo, y la tripulación obedecía. ¡La tripulación! Tell era el único tripulante, y Tell no conocía la maniobra. A lo sumo, cuando su amo le arrojaba un palo al agua, el animal se echaba en pos de él, y volvía con el trofeo en los dientes pidiendo con gemidos que lo izara a bordo. El capitán lo izaba, y el valiente animal, en agradecimiento, se sacudía con todas sus fuerzas, empapando a Alegre, que se reía cordialmente.

—¡Oh, Tell! ¡Has nacido para payaso! ¡Lo que es para marino, tu carrera está concluida; no pasarás de esto!

En su imaginación, Alegre, al mirar el bosque tupido que cubría las orillas del río, creíase estar recorriendo lejanos y fantásticos países. Aquella excursión era un vaso de agua para calmar la sed de viajes que le devoraba. Se complacía en soñar peligros: el bosque de la orilla estaría poblado de fieras, de aquellas fieras que vio cuando niño, en aquel rincón de las selvas africanas donde su madre meció con cariñosa mano la cuna de bejucos tendida entre los troncos de las palmeras.

La imaginación del negrillo se desbordaba.

Quiso desembarcar para explorar un momento las desconocidas regiones que veía; atracó a la orilla, saltó a tierra, y *ancló* hundiendo en la húmeda arena de la margen un clavo largo que llevaba en la extremidad de la cadena.

Llamó a Tell, y se internó en la maraña, no sin algú n temor de que por entre los matorrales lo espiaran los indígenas de aquel país.

Pero eso mismo era una diversión, estremecerse de miedo a cada rumor de los árboles, a cada crujido de las ramas, y reírse después.

Empero, no era todo de engañifas.

De pronto, sintió muy cerca, detrás de un matorral, el chisporroteo de una fogata, y al mirar a través del humo que se levantaba quedó yerto de espanto.

A pocos pasos de él y sentado en cuclillas, había un indígena, un habitante de la región desconocida, un tipo semidesnudo, arrugado, cobrizo, que lo estaba mirando con ojos burlones y perversos.

No era sueño ni alucinación. Alegre, petrificado de terror, quedóse un instante clavado en el sitio. Pero vio que el indio se levantaba de un salto y se dirigía hacia él con las zarpas extendidas; y él huyó despavorido, atropellando los matorrales y sintiendo el jadeo de aquel espantoso personaje que le pisaba los talones. Llegó a la orilla, saltó al bote, y con vigoroso empuje, hincando un remo echó la embarcación hacia el medió del río, y dejó en tierra al indio, que prorrumpió en una algarabía de insultos.

Alegre no paró de remar hasta que pudo creerse en salvo. Pero entonces vio que Tell no le acompañaba: el perro, sin duda, vagaba perdido por el monte, no pudiendo rastrear a su amo, que de su paso no dejaba más huella que la fugitiva estela de la *Gaviota.*

Desconsolado viró en redondo, izó la vela, y comenzó a desandar lo andado, temiendo no encontrar más que los huesos de su compañero devorado por el salvaje.

Se engañaba: Tell estaba bien vivo. No tardó en oír sus ladridos, y a poco su zambullón en el agua. Le había visto y nadaba hacia el bote. Alegre lo recogió, y al querer volverse oyó que le gritaban. Un hombre le llamaba desde la orilla.

—¡Muchacho!—le dijo.—¿Quieres pasarme el río? El puente queda lejos, y, ya que estás aquí, creo que no hay para qué caminar tanto.

Por el modo de hablar conoció Alegre que era un criollo; no tuvo miedo y acercósele.

—¡Suba!—le dijo.

—*Vos* no sos de acá; ¿no es cierto?

—No; he venido ayer. ¿En qué lo ha conocido?

—Un chico de tu edad, aunque le ofrecieran un monte de oro, no se animaría a llegar a estos lugares.

—¿Qué hay de malo en ellos?

—¿No has oído hablar del indio Venancio?

—No.

—Es un indio viejo y borracho y de malas entrañas.

—¡Ah! ¡Si lo he visto hace un rato! ¡Me ha perseguido!

—¿Y no tuviste miedo?

-—¡ Vaya si lo tuve! ¡Como que al huir me olvidé del perro y le dejé en la orilla!

—Es un vagabundo vicioso y dañino. Debe contar más de cien años de edad, porque las personas más antiguas del pueblo lo han conocido viejo ya, cuando eran muy jóvenes. Y no faltan quienes lo temen y lo tienen por brujo. Y para evitar su daño le ponen provisiones debajo de cierto árbol: de eso vive y de algunas raterías.

Y el pasajero de la *Gaviota* contó al capitán una fantástica historia de venganzas y maldiciones con que un cacique hizo volver brujo a su hijo; una de esas extrañas leyendas que nacen y viven en el sencillo corazón del pueblo.

—Y se come los niños crudos,—añadió mirando con picardía al asustado Alegre, que, sintiéndose invadir de nuevo por el miedo, remaba a más y mejor.

Habían llegado a la otra orilla.

—¡Gracias, muchacho!—le dijo el pasajero saltando a tierra.

El negrito arrió del todo su inútil vela y volvió a los remos.

Sólo cuando vio las torres del castillo perdió el miedo.

—Es un cuento de niños, y yo soy un hombre: más que un hombre... soy un capitán.

Si Tell hubiera sabido reírse, se habría reído: el capitán Alegre era todo un valiente.

XVI

Los celos de la Gaviota

Corrió un año.

Comenzaba la primavera. Los campos se cubrían de verdes pastizales, esmaltados por las rojas corolas de las margaritas.

Los árboles tenían hojas nuevas. Reventaban las flores en los matorrales y se perfumaban las brisas de la tierra.

Los pájaros preludiaban sus partituras de estío, columpiándose al borde del nuevo hogar.

Las golondrinas, de regreso ya de las cálidas regiones adonde las arrojaran los fríos del invierno, volvían en bulliciosos escuadrones a invadir los aleros.

La comba de la mar era más serena. La lámina del cielo se había bruñido. La Naturaleza vestíase de fiesta.

Alegre había crecido medió palmo, pero su carita era la misma, tan linda, tan graciosa, tan simpática como antes... y tan negra.

Habíase convertido en un excelente grumete. Tenía doble fuerza que antaño y mucho más habilidad. Nadie entre los chicos de su edad le ganaba a nadar como un pez; jugaba con las olas, como otros niños juegan con la arena de la playa.

Nadie tampoco sabía dirigir un bote como él: ni los marinos curtidos por el hálito del mar. Conocía los secretos de su *Gaviota* como una madre conoce los caprichos de su hijo.

La *Gaviota* no era un ser insensible; la *Gaviota* sentía y amaba; era terca con los extraños, dócil con los amigos y esclava de su dueño. La voluntad de Alegre se fundía con la voluntad de la *Gaviota.*

Mil veces había remontado con ella el curso del río hasta donde nadie llegara todavía, hasta donde sólo él podía llegar, sorteando los escollos.

Ya no temía el encuentro del indio Venancio; se reía de él, como se reía de los chicos que temblaban al nombrarlo. El capitán Alegre a una cosa temía en el mundo únicamente: al mar.

Porque si Alegre jugaba con las olas, era en la costa en los días de calma. Desconfiaba de él, conocía que éste le odiaba. ¿Por qué? No lo sabía. Y él que tanto lo quiso antes, acabó por odiarlo también. Quizás el tío Jorge le había infiltra do el rencor que guardaba a aquel ser misterioso de raros caprichos y de crueles diversiones.

Tenía el presentimiento de que alguna jugarreta iba a hacerle y huía de él.

Pero hay días en que el mar se duerme, cansado de su eterna agitación, y bajo los rayos del sol aparece terso y brillante como un cristal.

Alegre, mirándolo dormir, se extasiaba y advertía que el río le hastiaba y la *Gaviota* también sentía cansancio del agua dulce.

-Padre Ludovico- decía el muchacho al pescador, -¿quiere usted que vaya a correr unas bordadas en la Gaviota por el mar?

—¡Qué bordadas, muchacho, si no hay ni una brizna de aire!

—Entonces a remar un poco.

El marino miraba al niño; la sed de agua salada lo devoraba.

—Veamos, veamos,—decíase.

Ycontemplaba el horizonte para descubrir la más leve señal de cambio de tiempo y después miraba el mar sereno sin el menor pliegue.

—Está dormido—cuchicheaba, como si temiera despertarlo; — anda, muchacho, y hasta el Peñón de las Gaviotas, nada más, pero en cuanto veas formarse una nube, te vuelves. ¡Y con mucho juicio!

Otras veces, después de arrancar sus secretos al horizonte y contemplar al mar aparentemente dormido, exclamaba:

—¿Duermes, tunante? ¡Ja, ja, ja! A perro viejo no hay tustús; si sabré yo, bribón, cuando te pican las pulgas.

Ydirigiéndose a Alegre, añadía:

—No, muchacho, ahora no, el mar duerme, pero ronca; te atraparía el pampero antes de llegar al Peñón.

Yjamás el viejo marino se engañaba.

Los últimos rayos del sol solían morir en las calvas crestas de un peñón que se alzaba a bastante distancia de la costa, mar adentro.

Inaccesible y estéril, servía de solitario refugio a las gaviotas que hacían sus nidos en los huecos de sus peñas.

Jamás se oía en él más rumores que el eterno rezongar de las olas y los ásperos gritos de las aves salvajes, sus únicos moradores.

Aquel islote, que llamaban el «Peñón de las Gaviotas», era la meta hasta donde llegaba en sus excursiones el negrito. El adusto peñasco le atraía con misteriosa fascinación.

Entre los libros que le diera el señor cura, guardaba uno inmortal: el *Robinson Crusoe,* de Daniel Defoe.

Mil veces en aquellos días de calma, cuando se dirigía al Peñón, soltaba los remos, seguro de que en aquel mar dormido, ni el más leve soplo inflaría la vela inerte, y se engolfaba con fruición en la lectura de su libro.

Alegre soñaba despierto.

Terminado su capítulo, empuñaba los remos y volaba a atracar en una playa arenosa donde remataba suavemente uno de los flancos del peñón.

Echaba el ancla y desembarcaba.

Se imaginaba ser un náufrago, abandonado en medió de los mares, en una isla desierta, como su héroe favorito.

Hacía fuego con un eslabón y una yesca, que jamás abandonaban sus bolsillos, pues los fósforos no eran dignos de un marino; encendía trabajosamente algunas hierbas secas, y veía levantarse la columnita de humo hasta el cielo, y exploraba el horizonte por si divisaba alguna vela.

Sus juegos sólo molestaban a las Gaviotas, que protestaban con roncos graznidos de la presencia de aquel náufrago improvisado.

Pero Alegre, en Cruz Chica, hacía algo más que divertirse.

La vida es cara y él, que no quería ser gravoso a nadie, trabajaba para vivir. Al menos, Ludovico solía decirle : «Alegre, no trabajes tanto». Y es que el buen marinero conociendo que el muchacho se moría por las excursiones y que al mismo tiempo se habría avergonzado de que le tacharan de holgazán, conciliaba los dos términos. Las tareas más fáciles o más entretenidas eran para Alegre recorrer los espineles en el río, tender las líneas, ir al monte a cortar leña y volver con la *Gaviota* cargada de ella, eran recreaciones para el muchacho.

Mas cuando llegó la primavera y reventaron los gérmenes de vida, aquella explosión de luces, de colores, de perfumes, enloqueció al muchacho.

Divertidas y todo, con el calor que reinaba, las faenas más ligeras se hacían pesadas.

Yel negrillo suspiró por la *Gaviota* y por la libertad.

Ludovico lo adivinó.

—Bueno, muchacho; las vacaciones han llegado. Ahora poco trabajar y mucho divertirse, que bien lo mereces.

Por algo se lo diría Ludovico; sí, seguramente había trabajado mucho. Y el niño, seguro de ello, pidió al marino un tarro de pintura blanca y unos pinceles.

—¿Qué vas a hacer?

—Pintar la *Gaviota* para que el sol no la dañe.

Yla *Gaviota* amaneció un día de traje nuevo, toda blanca, con una franja azul, que la rodeaba a una cuarta de la borda. El tío Jorge pintó también en letras doradas el nombre de la embarcación, hacia proa, en ambos costados.

Se pulió el mástil, se cepillaron los asientos y se hizo una vela nueva.

Los muchachos de Cruz Chica miraban con envidia la gallarda embarcación: odiaban al negrito y le cobraban cara suerte, no admitiéndole en sus juegos.

¡Bah! ¡qué le importaba a Alegre no tener camaradas entre la turbamulta de rapaces que destrozaban sus calzones en la playa! Le bastaba para ser feliz la amistad de la *Gaviota* y de Tell.

Porque Tell, el mismo Tell de antes, era siempre su compañero.

También el perro se ganaba el pan, mostrándoles los dientes a los perros malos de la vecindad y divirtiendo a los amos con sus juegos y pruebas los domingos y los días de fiesta, cuando después de misa se reunía toda Cruz Chica en el atrio de la iglesia del pueblo cercano.

Él también era odiado por los canes del barrio, por aquello de tener más prudencia y buena suerte que ellos; pero eso no le preocupaba.

Una noche cenaban en la casita del padre Ludovico, cuando entró Jorge y descerrajó entre truenos, relámpagos y trombas la gran noticia.

—¿A que no la sabéis?,—preguntó, al pedir las albricias—¡tromba! ¡cuando yo digo que vivís en la luna!...

—Bueno, bueno, pero ¿qué hay? —Que mañana llegan los Alvarado. —¿Sí? ¿Después de tanto tiempo que no veranean aquí?

—Así es,.y a pasar todo el verano. —¿Y qué buen viento los trae? —Dicen que vienen por su hijita: los médicos han dicho que le convendrían los baños de mar y un veraneo largo, y ya se sabe: para baños de mar no hay como Cruz Chica, ¡tromba! La noticia era cierta.

Al día siguiente, al rayar las diez, despertó los ecos la sirena del *Relámpago,* el yate que conducía a la familia de Alvarado y que entraba orgullosa-mente al puerto, yendo a atracar en el fondeadero del castillo.

Alegre, atraído por el hermoso vaporcito, daba vueltas alrededor en su bote, devorando los detalles del casco, de la toldilla, de la chimenea. Habría dado un ojo

por ver con el otro su interior. Veinte veces en aquel día visitó el fondeadero. Mas cuando a la mañana siguiente llegó a él por vigésimaprimera, encontróse con que el pájaro había volado.

A lo lejos, mar adentro, divisábase la columna de humo de la chimenea. El Sr. Alvarado, dejando instaladas a su esposa y a su hija, regresaba a Buenos Aires.

Alegre miró un momento la blanca silueta del *Relámpago* que se esfumaba en el mar, y murmuró para consolarse:

—¡Bah! con todos sus lujos no vale lo que mi *Gaviota;* y sobre todo, ésta es mía.

Y besó la borda de la linda embarcación, que por un momento había tenido celos del *Relámpago.*

XVII

Más celos de la Gaviota

¿Tendría diez a doce años? Sí, no representaba más. ¡Qué linda era! Alegre había soñado más de una vez con los ángeles, pero los ángeles de sus sueños no podían compararse con ella.

Rubia como una mañana de sol; de ojos azules como las santalucías de los campos; cariñosa, traviesa y audaz como un pajarito. ¡Qué linda y como se hacía querer de cuantos la veían!

Alegre, oculto detrás de unos sauces llorones, en la opuesta orilla, mirábala jugar con un barquito de vela, sujeto por un cordón.

Una dama sentada en el muelle, cerca de la chicuela, paseaba las aburridas miradas por el paisaje, sin que la lujosa frondosidad del parque ni la tranquila sublimidad del mar, ni la gloriosa alegría de aquella mañana, lograsen borrar el aire de tedio pintado en su bello semblante.

Cuando Alegre vio por primera vez a la niña, no le interesó, era demasiado delicada; pero siguió mirándola , y su carita inocente y traviesa a la vez acabó por parecerle lo más bonito que había visto en el mundo.

Estaba calculando su edad, cuando le interrumpió un grito de ella.

El hilo que tenía en la mano se había roto, y la corriente le arrebató el barquichuelo.

—¡Se me va, se me va!

—¿No te lo dije?—respondió la señora sin volver apenas la cabeza.

—¡ Se me va!—repetía la chica afligida y nerviosa; —¡me lo lleva el agua, mamá! ¡que me lo salven! ¿Qué le vas a dar al que me lo salve?

—¡Nada! La culpa es tuya,—replicó tranquilamente la mamá.

Alegre contemplaba el drama. El barquito no perdía tiempo, y huía rápido, como si al romper el hilo hubiera roto una cadena de esclavitud. Iba ya lejos, río

abajo, y el viento era contrario; la *Gaviota* tardaría mucho en maniobrar para acercarse; quizás cuando llegara, el juguete se habría perdido entre los juncos y las espadañas que bordeaban el río.

No había más remedió. Alegre se quitó la blusa y se echó al agua. Nadó con fuerza, ayudado por la corriente, acercándose al prófugo barquichuelo. Llegó a tiempo para salvarlo. Volvió a la orilla y, envanecido como un general triunfante, corrió a entregarlo a su dueña, que aplaudía entusiasta.

La dama apenas había prestado atención al suceso y no experimentó gran regocijo al ver salvado el juguete de su hija, pero quiso recompensar al muchacho y le ofreció una moneda.

Alegre sintió que la sangre le quemaba el rostro y sacudió la cabeza, cerrando los ojos.

La niña comprendió que el negrito tenía vergüenza de que pensaran que por interés había arriesgado su vida.

—¡Oh, no, mamá!—exclamó—¡eso no!

Y dirigiéndose al muchacho, díjole con una encantadora formalidad:

—Gracias, muchas gracias; sin ti, el barquito se habría hundido: ¡eres muy valiente y nadas muy bien!

Tell había seguido a su amo y allí estaba sacudiéndose y salpicándolo todo a su alrededor.

—¿No muerde?—preguntó la niña, atreviéndose a acariciar con su manita fina la cabeza del perro.

Alegre apenas respondió cualquier cosa; pensaba en aquel momento, que con gusto se hubiera transformado en Tell.

La señora llamó a la niña, le dijeron adiós y se fueron; y él tuvo que echarse de nuevo al río para alcanzar la *Gaviota,* anclada en la otra orilla.

Aquella era la señora de Alvarado, mujer altanera y hermosa; y la niña de once años su única hija. El aire viciado de la ciudad había perjudicado la salud de la pequeña y los médicos recomendaron el aire puro de las playas y los baños de mar.

La señora de Alvarado hizo el sacrificio de abandonar el gran mundo por algunos meses y retiróse al campo.

Veinticuatro horas hacía que había llegado y empezaba ya a aburrirse.

Habituada a la estéril fatiga de la vida social, no comprendía el valor de esas horas tranquilas que corren llenas de dulces encantos, como en primavera los ríos cubiertos de hojas y flores.

En vano Alegre pasó aquella tarde una y otra vez por el fondeadero: no vio ni a la madre, ni a la hija.

A la mañana siguiente despertóse con una ilusión indefinible, que lo hizo vestirse aprisa, tomar resoplando su leche caliente, y volar a embarcarse en la *Gaviota*

Cuando pasó frente al castillo, experimentó una decepción. No había nadie en la orilla del río.

Pero cuando volvió a pasar, a eso de las diez, una voz cristalina le gritó:

—Adiós! ¡adiós!

Allí estaba la chica rubia jugando con su barquito.

Él la saludó, quitándose la boina, y huyó...

Remaba con furia, como si lo persiguieran, aunque la sola corriente bastaba para llevar su bote. Llegó hasta el mar, anduvo un rato por la costa, y tornó a remontar el río.

La orilla donde fondeaba el *Relámpago* estaba desierta, y Alegre lo sintió.

Después, en los días que siguieron, vio muchas veces a la hija de los Alvarado.

Se hicieron amigos.

Ella le decía adiós y él saludaba con la boina.

Una mañana al pasar Alegre,—¡qué casualidad! —se rompió el hilo de su juguete.

—¡Se me va, se me va!—gritó, no llorando, sino riendo.

El negrito no tuvo tiempo de esquivarse, maniobró rápidamente y pudo aprisionar el barquito que navegaba gallardamente, panza arriba, y se lo entregó a su preciosa dueña, que se reía a carcajadas.

— ¡ Gracias, muchas gracias! Ya van dos veces que se me escapa; si tú no hubieras estado aquí, ya se habría perdido en el mar, quién sabe dónde. ¿No es verdad que es lindo mi barquito? Pero es mejor el tuyo—dijo señalando la *Gaviota;* —¿pero es tuyo de veras?

Alegre oía esa charla graciosa, mas no acertaba a responder.

Tell no era tan tímido. Se acercó a la niña y, meneando la cola, fue a refregar su cabezota en su mano.

—¡Ah, bribón!—exclamó ella acariciándolo.— ¿Has sentido el olor de mis bizcochos?

Tal vez era así. Tell se tragó media docena que ella había llevado en una canastita. Se los daba pedacito por pedacito, que el muy grosero engullía de un bocado.

Cuando se concluyó el último, comenzaron de nuevo sus fiestas y saltos; quería nada menos que acariciar con su húmedo hocico la carita de la niña.

—¡ Qué lindo perro!—decía ella, defendiéndose. — ¿Cómo se llama?

—Tell,—respondió Alegre.

—¡Tell, Tell!—exclamó la chiquilla.

Y Tell dio un salto más grande que los otros, y logró su propósito.

—Y tú, ¿cómo te llamas?—preguntó ella, restregándose con el pañuelo las manos y la cara lamidas por Tell.

¡Su nombre! Siempre se lo habían de preguntar. ¿Acaso tenía él un nombre? Gracioso, era el de un payaso; Alegre, un apodo cariñoso; pero eso no era nombre; nadie en ninguna parte se llamaba Alegre.

Sin embargo, como no tenía otro, respondió: —¡ Alegre!

Ella exclamó sorprendida:

—¿Sabes que es lindo tu nombre? ¡Nunca lo he oído, pero me gusta mucho!

—¡De veras! ¿le gusta?—respondió el negrito reconciliado con su propio nombre.

Una criada llamó desde el parque a la niña.

—Adiós, Alegre,—dijo ella en voz baja.

—Adiós,—murmuró él, quitándose la boina.

La chiquilla desapareció entre la arboleda, y el muchacho saltó en su bote y se dejó llevar por la corriente.

Se había levantado un telón en el escenario de su vida.

Sentía que algo aleteaba en su pecho. Era una alegría nueva y grande.

El paisaje tantas veces visto, le pareció cambiado. La luz era más pura, la brisa más fresca y perfumada, el canto de los pájaros más armonioso, las mariposas y los insectos, las flores de los campos, el bosque, las nubes del cielo, el cielo mismo, y el mar, el inmenso mar brillante, tenían un esplendor nuevo.

La amistad que nacía en su alma por aquella amable criatura de ojos azules, como una varita mágica, había trasformado el mundo.

¡Qué tonto! ¿Por qué no averiguó? ¿Cómo se llamaba? Su nombre sería lindo, más lindo que Alegre; se llamaría... ¿Cómo se llamaría? Si le hubieran dicho que le pusiera un nombre, como el tío Delfín le puso a él, la habría llamado Golondrina; no golondrina, no; las golondrinas son harto locuelas y ella era más juiciosa; tenía que ser el nombre de una flor que se le pareciera... ¡Flor del aire! Ése era su nombre, estaba seguro, hubiera apostado cualquier cosa.

Y habría perdido, porque la chiquilla no se llamaba Flor del aire, ni Golondrina.

Su nombre era más feo, quizá; pero era el suyo verdadero.

Había llegado al muelle; amarró la *Gaviota* distraídamente y saltó a tierra.

Y su pobre *Gaviota* se quedó esperando que acariciara sus bandas finas y lustrosas, y tendiera sobre ella una lona para defender su pulido casco de las injurias del polvo y del sol.

Nada hizo el grumete.

Si la *Gaviota* hubiera podido llorar, habría llorado de pena y de celos.

XVIII

Los celos de Alegre

Se durmió con el propósito de levantarse temprano, pero madre Marta cerró los postigos y el muchacho no se despertó hasta que el sol traspuso los árboles de su huerta.

Se vistió con su mejor traje, con el que sólo se ponía los domingos, y escurrióse, temeroso de que le regañara madre Marta si llegaba a verlo. Pero ella lo vio sin que él la notara. —¿A dónde irá tan de prisa este muchacho?— díjose la buena mujer.

Alegre iba al fondeadero. Saltó en el barquichuelo y empuñó los remos, y cruzó el río.

—¡Alegre, buenos días!—le gritó ella apareciendo en el fondeadero.

Llevaba un traje azul, y un sombrerito de paja sujeto por un barbijo encarnado.

—¡Mira si he madrugado hoy! nunca había visto sali r el sol y hoy lo vi; ¡qué grande era! parecía de fuego; tú lo habrás visto así muchas veces, ¿verdad? Mamá duerme todavía y Nany, la inglesa, me ha dado permiso de cazar mariposas en el parque,

—¿Sí?—tartamudeó el negrillo por decir algo.

—Sí, hay muchas; pero me aburren; yo quisiera más otra cosa; dime, Alegre, si te lo pido ¿lo harás?

Y la niña sonreía, mostrando sus alegres dientecillos.

—¿Lo harás, Alegre, si te lo pido?—repetía, clavando sus ojos en los del muchacho para espiar su respuesta.

—¡Oh, sí!

—¿Sea lo que fuera? —¡Cualquier cosa!

Ella se echó a reír, pero el negrito no se ofendió porque su risa era amable.

—¡Lo dices en un tono! Dime, Alegre, ¿si te pidiera que fueras a nado hasta el Peñón de las Gaviotas, serías capaz?

—No sé, no sé si llegaría, pero...

—¿Te echarías? Mentira, eso lo dices porque sabes que no te lo pediré.

—¿Y qué cosa me iba a pedir?

—Bueno; ¿sabes lo que es? que me lleves en bote, ¿quieres, Alegre?

¿Que si quería? ¡Vaya una pregunta!

—¡Ya lo creo!—exclamó loco de contento.—Voy a acercar más el bote... Ya está, ¡suba!

—¡Cómo! ¿me tratas de usted?

Alegre se quedó confuso.

—No seas así; yo desde el primer día te hablé de tú, haz lo mismo que yo.

El pequeño capitán había arrimado el barco; la chica iba a saltar, pero los niños proponen y las ayas disponen.

Miss Fulton, el aya de Margarita, la llamaba en ese momento y en inglés, para mayor pena.

— ¡Qué fastidio!—exclamó la niña alejándose del bote.—Me llama Nany. Vete Alegre que no te vea; —y corriendo se perdió tras de los árboles.

Alegre, escondido en los sauzales de la otra orilla, se cansó de aguardar, pues ella no apareció más.

—¡A la tarde!—se dijo y regresó a la playa de Cruz Chica.

Y a la tarde volvió, Ella lo esperaba; estaba triste.

—Alegre—le dijo precipitadamente:—¡qué lástima! No voy a poder andar en bote; hoy llegarán visitas; van a estar varios días, y mamá no me dejará venir. Pero no importa; otra vez, Alegre, ¿no es cierto? Y ahora me voy. Adiós, hasta después.

Cerca ya del mediodía, los ecos de Cruz Chica devolvieron las señales que el *Relámpago* hacía con la sirena.

A bordo venían las visitas: dos damas jóvenes y un muchacho de la edad de Alegre.

El negrito lo contempló de lejos con celos. Aquel chico de su edad, tan bien vestido, que miraba con desdén a los muchachos de la playa y que le había mirado a él con mortificante curiosidad, le inquietaba. Tenía miedo de que le arrebatara la amistad de la niña del castillo.

Eso le quitó las ganas de andar en bote, y se pasó la tarde en tierra, lo que nunca había hecho. Aquella noche durmió como un lirón, sin soñar con nadie; tanto

mejor, los sueños son nieblas que el primer rayo de sol disipa. Pero se levantó disgustado.

El día era hermoso. El mar estaba tranquilo, a pesar de que soplaba una brisilla.

Pidió permiso a padre Ludovico para ir hasta el Peñón de las Gaviotas. Una semana hacía que no visitaba su isla de Robinsón.

—¡ Hum!—contestó el marino—la mar no duerme, está despierta, pero no se levantará hoy. Anda, chico; mucho cuidado, y antes del mediodía estás de vuelta; esta brisilla no amainará; tiene ganas de saltar al Sur.

Sería juicioso, no pasaría de las doce; quería distraerse; estaba aburrido.

Tendió la vela, y sentado en el timón se dejó llevar por la brisa.

Alegre sintió que su disgusto se dulcificaba en presencia del vasto mar; ¡qué diablos! ¡aquél sí que era amargo de veras!

Y el negrito acariciaba las cabrillas que hacían ¡clap, clap! al castigar las bandas de la *Gaviota.*

Alegre no era psicólogo, pero le gustaba examinar *su bodega,* como hubiera dicho el tío Delfín, y adivinar los secretos de su corazón.

Por primera vez en su vida había experimentado un sentimiento más profundo que las amistades que hasta entonces lo llenaran.

Su pensamiento empezó a recorrer los episodios de su vida, aquella historia que lo conmovía y lo avergonzaba.

Un barquinazo lo sacó de sus abstracciones. Había llegado al Peñón de las Gaviotas y acababa de embicar en la playa.

Saltó a tierra y amarró su embarcación a las rocas, y comenzó a trepar el acantilado. Conocía sus más secretos recovecos; sólo él podía llegar hasta su abrupta cima.

Desde allí el horizonte se agrandaba hasta el infinito; a distancia inconmensurable divisábanse las velas de los buques que navegaban en aquellos mares, y el humo de uno que otro vapor que en lontananza teñía el azul de la atmósfera con las turbonadas de su chimenea.

Desde allí se veía Cruz Chica como desde un balcón: en aquel momento Marta tendía unos trapos al sol.

Se veía también el castillo rodeado por el parque, y por entre los claros de las avenidas alcanzó a ver a su amiga jugando con el recién llegado: cazaba mariposas.

Esto no lo entristeció. Si jugaban ellos, ¿por qué no había de jugar él también?

¿ Y a qué había de jugar sino a *Robinson,* su juego favorito?

Tenía en el bolsillo un trozo de galleta, lo cual constituiría la base de un almuerzo robinsonesco; pero era poco* ¿No tendría con qué aumentar sus provisiones?

—Cazaré—se dijo—; hay aves en abundancia.

Hubiera podido hacer fuego, si hubiera llevado leña, pues en aquel árido peñón sólo crecían algas.

En la playa, sin embargo, podría recoger algún madero, restos de naufragio, arrojados allí por las corrientes.

Al descender del escarpado murallón de rocas miró hacia Cruz Chica.

—¡El *Relámpago!*—exclamó, viendo el yate que avanzaba hacia el Peñón de las Gaviotas.

Sin duda la señora de Alvarado había querido ofrecer a sus visitantes un paseo al Peñón, en cuya playa arenosa podían permanecer en las horas de la baja mar.

El primer sentimiento del negrillo fue un júbilo extraordinario: allí vendría su amiguita.

Iría a encontrarla. Y a su rival lo obligaría a admirar la pericia con que él maniobraba en su bote.

Echó al agua la *Gaviota,* arrió la vela, que no le hubiera ayudado, y se puso a remar en dirección del vaporcito.

De lejos alcanzó a distinguir a las personas mayores sentadas bajo la toldilla de popa, y al aproximarse vio a la chicuela apoyada en la barandilla del puente; a su lado estaba el muchacho.

Debían divertirse mucho: la brisa llevaba a oídos de Alegre el rumor argentino de sus carcajadas.

Hizo fuerza en los remos y pasó casi rozando el casco del yate.

Iba a saludar a su amiga, quitándose la boina, mas lo contuvo esta exclamación del muchacho:

—Mira el negrito, Margarita, ¡qué feo es! ¿No es cierto?

La sangre de Alegre afluyó a sus mejillas. Alzó los ojos y pudo ver la cara del muchacho que se reía de él y la sonrojada carita de ella.

Alegre quitóse la boina y saludó.

—¡Te saluda!—exclamó el muchacho.—¿ Lo conoces? ¿Es tu amigo entonces?

El negrito alcanzó a oír un *no* que le hirió en el alma. La sangre huyó del rostro y se agolpó en el corazón.

Y huyó, remando convulsivamente, y repitiendo con dolor:

—Dice que no me conoce ¡que no es mi amiga!... Ha tenido vergüenza de mí...

La *Gaviota* corría como un caballo desbocado. Los brazos de Alegre parecían de acero.

Y cuando la proa de la barquilla tocó el muelle, la fuerza nerviosa lo abandonó; y al saltar en tierra no tuvo ánimo para cubrir su bote con la lona.

Pero esa vez la *Gaviota* le debió perdonar su descuido, porque le tocaba el turno al pobre Alegre de beber en aquella amarga copa de los celos, donde se pone a prueba la verdadera amistad.

XIX

Mal de ricos

Cuando Marta le preguntaba por qué no salía, él mismo no sabía explicarlo.

—¿Qué tendrá el negrito?—decíase ella.—Varios días hace que no sale en la *Gaviota.*

La verdadera razón era que Alegre no quería encontrarse en el río o en la costa del mar con la ingrata y dulce criatura que había renegado de su amistad.

Hubiera querido verla de lejos, sin que ella le viese, para adivinar si su ausencia la alegraba o más bien la entristecía. Si la hubiese visto triste habría tenido lástima de ella, habría sido generoso y la habría perdonado.

¡Pero, ay, si la hubiera visto alegre, jugando con el nuevo amigo! ¡Nunca más, nunca más, hubiera vuelto a acercársele!

La incertidumbre era cruel, mas prefería permanecer en la incertidumbre, por miedo a descubrir que su amiguita se había olvidado tan completamente de él, que no advertía su ausencia.

Cinco días resistió la curiosidad. Pero se rindió al fin, desató la olvidada *Gaviota* y cruzó el río.

¡Cómo le palpitaba el corazón! Si parecía que iba a cometer un crimen: ¡toe, toe, toe! ¿Quieres callarte indiscreto? ¿No ves que tus latidos avisarán a los pájaros que miran con curiosidad al joven marino y se dicen maliciosamente unos a los otros: ¡miradle, el que no iba a pasar!

No sólo ellos, también las mariposas y las abejas olvidaban las flores para verlo pasar, y las mojarritas saltaban fuera del agua, chicoteando con sus colitas de plata los costados de la *Gaviota.*

El parque del castillo estaba desierto y no había nadie en la orilla del río. Ya no era como en los días pasados, cuando su amiguita le esperaba para decirle « ¡Adiós, Alegre!» con su voz de cristal.

No era como en aquellos tiempos en que él contestaba al saludo sacudiendo la boina, su hermosa boina azul que el tío Jorge le había regalado para los días de fiesta y que el muy bribón usaba a diario.

Decepcionado y entristecido volvió a Cruz Chica. Más tarde remontó de nuevo el río.

Yalcanzó a verla en el parque, bajando hacia el río.

Yella seguramente vio a la *Gaviota* y a su dueño; y a él le pareció que lo llamaba.

Pero se hizo el sordo y pasó orgullosamente, sin volver la cara, imaginándose el pobre grumete que la niña rica de ojos azules iba a sentir su desdén y a ponerse triste.

Entonces él tendría ocasión de ser generoso y de perdonarla.

Mas para saber si estaba triste necesitaba verla de cerca, y por eso al día siguiente volvió a pasar en su bote.

Necesitaba una mirada de la niña como el pecho ha menester del aire.

La flor cerrada de su alegría quería abrirse de nuevo al fulgor de aquellos ojos azules.

—¡Adiós, Alegre!— le diría ella al verlo cuando volviese a pasar.

Y él sería magnánimo y perdonaría.

Ella jugaba en el parque; oía, por sus gritos, que se acercaba.

De nuevo le asaltó la tentación de pasar de largo, como el día anterior. Era una tentación en que la timidez se mezclaba con el orgullo.

La *Gaviota* enfilaba ya la punta del muelle.

Alegre volvió a oír la voz de la chicuela más armoniosa que el canto de las avecillas en las mañanas de octubre; y hasta alcanzó a divisarla en una de las avenidas del parque. Pero no estaba sola. Oía también la voz de su compañero de juegos.

El recuerdo de la cruel exclamación con que le recibieron al pasar junto al *Relámpago,* caldeó el rostro de Alegre.

Eso cambió su propósito. A ella quería verla pero no a su odioso compañero.

¿Huir?... Hacía tiempo que ansiaba salir de la incertidumbre y saber si ella estaba alegre o triste. ¿Cómo, pues, iba a huir en el instante esperado?

La cortina de sauces de la otra orilla, salvó la situación.

Allí se ocultó con la *Gaviota,* para ver sin ser visto. Le latía fuertemente el corazón cuando la niña apareció en el muelle, a poco trecho de donde él se hallaba.

Alegre se olvidó de todo lo que había padecido, y se sintió feliz. ¿Quién podía estar triste viéndola?

Su compañero llegó tras ella. Traía en la mano un juguete: era el barquito arrebatado a las olas dos veces por Alegre.

—¿Andará bien?—preguntó el muchacho, aproximándose a la orilla.

—¡Oh, sí! Ya verás. Déjame que lo eche yo al agua.

—¡No, no! Lo voy a echar yo. Y el chico botó el barquito, cuya vela se infló al instante.

—¡ Qué has hecho! ¡ lo has soltado sin el hilo! ¡ ahora sí que se me va!—exclamó la dueña, viendo su juguete partir sin la amarra de costumbre.

El barquito viró, como si vacilara en alejarse, fuese primeramente hasta mitad del río, cambió de dirección y partió río abajo, hacia el mar.

—¡Se me va! ¡Se me va!—exclamó la chiquilla desesperada.

Era el mismo grito que Alegre oyera antes.

Pero esa vez no quiso moverse de su sitio. Acababan de llegar a la orilla la señora de Alvarado y las otras damas, y tuvo miedo de que creyeran que se había escondido, esperando ocasión para alguna travesura.

—¡Se me va, mamá!—exclamaba entretanto la niña, señalando el barquito ya lejano. El muchacho reía.

—¡Bien hecho! Si me hubieras advertido que debía largarlo con un hilo...

Las señoras diéronse cuenta de aquel drama infantil. Era imposible auxiliar al barquito, demasiado lejos ya.

—Ven acá, hija mía—dijo la madre del niño. —Julio es un chico malo; yo te daré otro igual, mejor, si quieres.

—No, no; igual.

—Bueno, igual: te lo prometo. Te lo mandaré de Buenos Aires el mismo día que lleguemos. Lo recibirás al día siguiente...

Las lágrimas se trocaron en sonrisas.

—Ahora hay que hacer las paces, y quedar buenos amigos.

Margarita muy seria dio la mano a su compañero, que se reía de tanta formalidad.

—¡Prefiero besarte!—le dijo y la besó.

Alegre se moría de celos entre los sauces de su escondite. Cuando no oyó más voces, porque todos se habían ido, volvió a su casa con aire de enfermo.

Marta había llegado a ser madre de veras. Sabía ya adivinar los secretos del corazón de Alegre.

—¿Tienes algo, hijo mío?—le preguntó esa vez; —¿Estás enfermo?

—No, madre; no tengo nada,—contestó él disimulando su mal con una sonrisa.

Pero su sonrisa no engañó a Marta. Esa noche, cuando lo creyó dormido fue a hacerle como todas las noches, el signo de la santa cruz en la frente, para que el Señor lo protegiera, y notó sus mejillas mojadas.

—¿Todavía estás despierto? ¿Lloras, Alegre? ¿Qué te pasa?

Alegre no respondió; hízose el dormido.

Ella lo besó en la frente y se fue.

No necesitaba que él le respondiese para saber lo que le pasaba. Adivinó que aquella tormenta infantil venía del lado del castillo, y que su causa era la niña de los Alvarado, de quien el muchacho se había hecho amigo.

Pensó que habrían reñido y roto la amistad, y por la pena que eso le causaba midió cuánto la quería.

No le sorprendió. Alegre no tenía ningún camarada de su edad, y se había entregado con toda, su alma leal y afectuosa a aquel sentimiento, cuya dulzura gustaba por primera vez.

—Ludovico—dijo aquella noche a su marido, —Alegre está enfermo.

—¿Sí? Pues no lo he notado. ¿Y de qué está enfermo ?

—No te vayas a reír, hablo en serio.

—Ya estoy riéndome; siempre que me recomiendas esto, es porque vas a soltar una barbaridad.

—No, no: ya verás; Alegre está enfermo de mal... escucha bien. .. de mal de amor.

Ludovico soltó el trapo a reír con tantas ganas como si en ello le fuera la vida.

—¡Mujer, qué desatino estás diciendo! ¡A esa edad no suceden esas cosas!

—¡Vaya si suceden! ¡si sabré leer yo en esas cartillas!...

—No te creo.

—No me importa; me creas o no, lo que te digo es cierto.

—¡Tromba y retromba!—exclamó Ludovico que había aprendido las interjecciones de Jorge.—Si fuera cierto, no te preocupes, mujer. Ese es un mal de ricos y como Alegre es pobre, se curará pronto y sin remedios. Eso es aburrimiento y nada más. No bien el tiempo se componga y el cielo se limpie de nubes, le daré permiso para correr unas bordadas mar adentro. Y cuando vuelva estará sano como un ángel.

XX

A la siesta

—Sí, muchacho, sí, —decía a la mañana siguiente Ludovico a Alegre;— si tienes ganas, puedes ir; el día está limpio; tendrás viento para ir y volver; y la mar sacudirá tu aburrimiento. Pero como siempre, mucho cuidado, y al primer amago de nubes, proa al puerto.

Para tomar mejor el viento y dirigirse al Peñón de las Gaviotas, Alegre costeó hacia el Sud.

Habría andado unos doscientos metros cuando alcanzó a divisar un objeto extraño en la arena de la playa. Acercóse y fue a examinarlo.

—¡El barquito!—exclamó, lleno de alegría, desembarcando para recoger el juguete que la marea dejara en seco.

Estaba intacto, las velas un poco mojadas y nada más; el pobre había hecho sin duda el viaje panza arriba.

El hallazgo lo puso de buen humor.

Ese día, en el Peñón de las Gaviotas, Alegre se dio el lujo de hacer su soñado almuerzo robinsonesco, con provisiones que llevó y un pato salvaje que mató de una pedrada: habíase provisto de leña y pudo asarlo, aunque no comerlo; estaba detestable.

Sin embargo, la diversión le pareció excelente; todo consistía en no olvidar la sal para otra vez.

Después diose a correr en la playa con Tell; tiró palos al mar para que el perro se los trajera; se bañó en las bullentes olas que se revolcaban en las grutas del acantilado. Volvió a ser el Alegre del tío Delfín.

A mediodía, cuando de vuelta ya iba a atracar en su muelle, tuvo que aguardar que pasara el *Relámpago,* que, echando torrentes de humo por la chimenea blanca, marchaba rumbo a Buenos Aires.

—Se van las visitas,—se dijo, viéndolas en la toldilla,—y se van solas; los Alvarado se quedan.

Y rumiando este pensamiento le entró tal júbilo, que llegó a su casa con cara de fiesta.

—¿Lo ves?—dijo Ludovico a su mujer.—La mar lo ha curado; era aburrimiento.

A la siesta, Alegre, volvió al río, y al saltar en la *Gaviota* divisó a Margarita que estaba sola en le muelle.

—¿Pasaré o no?—se preguntó indeciso.

Por fin se decidió; estribó en el último banco, y remando a más y mejor, lanzó la embarcación corriente arriba.

Mas no pasó de largo porque una voz cariñosa lo llamó.

—¡Alegre, Alegre!

El muchacho, intimidado como si fueran a adivinarle todo lo que pensó en esos días, se acercó al muelle.

—Ya se fueron,—le dijo ella.

—¿Quiénes?

—Las visitas. Ya se fue Julio. —¿Y lo sientes? —se atrevió a preguntar. —

No, porque nos enojamos, ¿sabes? Alegre respiró y la miró con más confianza. —¿Por causa del barquito fue el enojo?—interrogó luego.

—No, por eso ya nos habíamos reconciliado, fue por otra cosa.

Y ella le refirió toda una historia de pequeñas reyertas, que Alegre oyó, sin entender. Era un poema digno de un Homero minúsculo.

Alegre se embriagaba con aquella música.

—¿Y el barquito?—preguntó, cuando la chiquilla hubo concluido su poema.

—Me lo llevó el río.

—¿Y si yo te lo trajera?

—¿Tú, Alegre? ¿Otra vez? ¡Imposible! ¡Quién sabe dónde estará ya!

—Pero ¿y si yo te lo trajera?—insistió el muchacho.

—Si me lo trajeras... seríamos amigos, ¡lo que se llama muy amigos!

En el fondo del bote estaba escondido el barquito. Alegre lo presentó a su dueña.

—¡ Mi barquito!—exclamó la niña;—Ya no esperaba verte, picarón; te fuiste sin decirme adiós, pero te han vuelto a traer.

Alegría sin límites se había apoderado de ella. Lo acariciaba, lo hablaba, lo besaba...

Entretanto, Alegre esperaba, silencioso, que aquello pasara. La chiquilla se acordó por fin de él, y con su deliciosa formalidad, le dio la mano y le dijo:

—Gracias, Alegre; tú eres más bueno que Julio, mucho más... ¡sin comparación!

—¡Ya lo sabía!—contestó Alegre con seriedad, resentido aún.

Ella añadió:

—Y yo seré más buena contigo que con él. —¡Margarita!—exclamó Alegre enternecido. —¿Sabes mi nombre?

—Sí; ¿no te acuerdas cuando fuisteis en el *Relámpago* al Peñón? Al pasar cerca del vaporcito él te dijo: «Margarita, mira el negrito...»

La chicuela se puso encarnada de vergüenza.

—Sí, sí, ya me acuerdo—dijo, interrumpiéndole.

Y como respondiendo a una cuestión que él no había propuesto, dijo:

—Pero desde ahora seremos los mejores amigos del mundo... ¡ya verás!

—Yo lo he sido siempre, Margarita...—indicó tristemente Alegre.

—Bueno, bueno; Nany va a venir y hoy no tengo permiso para estar contigo. Mañana lo pediré para venir a la hora de la siesta... ¿Te acuerdas de lo que me prometiste hace muchos días?

—¿Qué cosa?—preguntó Alegre, deseoso de retenerla un instante más.

—¿No te acuerdas? Eso del bote, ¡andar en bote!

—¡Ah, ya! ¿Quieres ahora?

—No, ahora no; Nany me sacaría los ojos, si anduviera sin permiso.

—Si es así, no quiero que te los saquen...; son demasiado lindos.

La chicuela pagó con una sonrisa aquel elogio y tendió la mano a su amigo.

—¡Adiós, Alegre, hasta mañana!

A la noche, mientras cenaban en casa de Ludovico, entró el tío Jorge con su pipa en la boca.

—Alegre—dijo,—esta vez mi visita es para ti. Estoy de viaje; mañana iré a Necochea. Tengo que llevar unos barriles de aceite. Mi camarada está enfermo y no puede acompañarme; necesito un grumete: ¿quieres venir conmigo?

El primer deseo del muchacho fue aceptar; después recordó que a la siesta debía llevar en bote a Margarita. ¡Cómo había de faltar a aquella cita!

—Vamos, ¿qué dices? ¿No te gusta? ¡Tromba!

—Sí, me gusta; pero...

—Concluye.

—¿A qué hora volveremos?

—¿Qué música es ésa? Cuanto más tardemos mejor para ti, ya que te gustan los viajes.

—Es que yo me aburriría si fuera muy largo,— murmuró Alegre, por excusar su deseo de volver temprano.

El tío Jorge tembló de indignación desde la quilla hasta las cofas.

—¡Tromba, retromba!—exclamó.—¿Te aburrirías? ¡Truenos y relámpagos! Entonces tú no eres un marino, tú eres una señorita que se aburre en la mar; apuesto a que también te mareas. ¡Habráse visto un grumete, digo, un capitán, que se aburra a bordo! ¿de qué raza de marinos eres tú?

Alegre quedóse anonadado; era mentira, él no se aburría: pero ¿cómo descubrir su secreto? Aunque era tímido y dócil, esa vez se hizo fuerte.

—Yo quisiera ir, tío Jorge.

—Pues iremos.

—¿Y a qué hora estaremos de vuelta?

—¡Dale con la música! Pues volveremos... ¡tromba! ¿Qué te parece al mediodía, después de almorzar en el barco?

—¡Espléndido! ¡Yo lo acompañaré, si me dan permiso!

—Ya decía yo; ¿cómo no ibas a tener ganas de embarcarte tú, un marinerote más amigo de la mar que los delfines? Bueno, pues esta noche te acostarás temprano, que a las cinco ya habremos soltado la amarra, si no antes; la carga está a bordo; yo dormiré en la barca.

dio una palmadita en la mejilla de Alegre y las buenas noches a todos, y salió murmurando:

—¡Tromba, si está obscura la noche! Pues fíese uno de la luna; al paso que va, primero saldrá el sol que ella.

Y se hundió en la obscuridad, dejando un reguero de humo y de trombas.

Mucho antes de rayar el alba, su barca la *Bella Italia* estaba presta a zarpar, y su capitán preparando el café para el desayuno y echando trombas contra el grumete que aún no aparecía.

Éste no estaba atrasado. En cinco minutos abrió los ojos, se vistió y estuvo a bordo.

—¡Tromba con mi grumete!—gruñó el tío Jorge al recibir sus buenos días;—ya pensaba buscarme otro. Y luego has de querer volver al mediodía.

—Pero si todavía no son las cinco, ni ha salido el sol.

—Pero saldrá, muchacho, y serán las cinco... cuando las dé el reloj; ¡si querrás enseñarle a un viejo lobo como yo! Vamos, bebe este jarro de café: está amarguito y caliente, como le conviene a un marino; y procura hincarle el diente a

esta galleta, que no es blanda del todo; y despacha pronto, no quiero que el sol nos coja en Cruz Chica; la brisa es buena, pero amainará en cuanto el sol aprete y tendremos que hacer el viaje a remo.

En menos que canta un gallo se echó Alegre a la bodega la galleta marinera ablandada en el humeante y sabroso café, que Jorge era un maestro en preparar.

Ya él se había desayunado y se ocupaba a la sazón en izar la gran vela latina de la *Bella Italia,* que no bien sintió las caricias del viento, se irguió, gimiendo como si la hubieran despertado repentinamente de un puntapié.

—Desata la amarra, que nos largamos; ya verás qué andar tiene mi barca; ya verás, ¡tromba! si hay muchas que, en menos tiempo, pinten la estela que ella pinta.

Alegre soltó la amarra; y cinco minutos después se largaban proa al Sur dejando tras sí un hervor de blancas espumas.

Tiempo hacía que Alegre ansiaba maniobrar en un barco más formal que su *Gaviota.*

Con Ludovico rara vez podía hacerlo, porque siempre llevaba de grumete a un sobrino de Jorge, que le aventajaba a él, por lo menos en fuerza. Aquella vez era distinto; iba él solo, y necesariamente el patrón de la *Bella Italia* había de tomarlo en cuenta.

—Vaya si eres un buen grumete, chiquillo—decíale el tío Jorge, que le había dejado la caña del timón;—un buen capitán. No te falta mucho para que tú solo seas capaz de dirigir una embarcación tan grande como la *Parma*; quizás podrías hacerlo ya; en Cruz Chica no hay quien te gane.

Aquellos elogios sabían a gloria al negrillo. Su sueño dorado era ser un marino de veras.

Con brisa tan fresca, las pocas millas que distaba Necochea las hicieron en dos horas. Eran las siete cuanto atracaron.

La descarga fue asunto de media hora. Todo concluido, de nuevo se hicieron a la mar.

El viento había saltado a otro rumbo, y todavía podía ayudarles.

Pero cuando no habían hecho más que la mitad del camino, cesó por completo, y la vela flácida golpeó el mástil.

—¡Tromba, ya dije yo!—mascculló el tío Jorge; —ésta es la prueba, muchacho; ahora veremos si hay en ti pasta de marino; deja el timón, recoge la vela y toma un remo. No hay más remedio que echar los bofes hasta Cruz Chica.

Después de todo, aquello era divertido, pensó Alegre al hundir la pala en el agua.

El tío Jorge era muy capaz de irse remando hasta Montevideo; pero el muchacho no tenía sus músculos, y aunque se bastaba para hacer volar la *Gaviota,* otro cantar era con la *Bella Italia,* de mucho mayor porte.

Alegre sentía a sus espaldas, los resuellos de buey del viejo marino, que se reía a solas viendo al muchacho aflojar de cuando en cuando los brazos.

—Te cansas, Alegre.

—No me canso, tío Jorge.

—Me pareció que aflojabas.

—Tengo todavía para rato.

El negrito, comprendiendo que le miraban y no queriendo dar su brazo a torcer, remaba que era un contento; pero de vez en cuando, involuntariamente, disminuía el vigor de sus golpes.

—Basta Alegre, si estás cansado.

—No lo estoy, tío Jorge; soy capaz de llegar yo solo.

—No lo creo; me parece que no llegas.

Al cabo de un rato, Alegre sudaba que era un gusto y, con el pretexto de enjugarse la frente, soltaba el remo.

—¡Bravo, Alegre! Si te digo que tienes más bríos que el tío Jorge, me quedo corto.

El negrito, no queriendo desmerecer, hinchaba los carrillos, y proseguía la tarea.

Cuando el tío Jorge vio que no podía más, dijo:

—¡Alto!

—¿Qué hay?

—Vamos a almorzar. ¿No sientes apetito?

—¡ Hum! Sería capaz de almorzarme una ballena.

—Tanto, tanto no te voy a dar; pero tendrás lo suficiente.

Y el tío Jorge cortó con la navaja dos enormes rebanadas de pan fresquito y oloroso y dos buenos pedazos de *salame* de Milán auténtico, él lo aseguraba; había además unas magníficas tajadas de queso de lo mejor y una botella panzuda, llena hasta el cuello de un vino italiano, espumante y animador.

—¿Qué te parece?

Alegre no podía dar su opinión, porque comía a dos carrillos.

Veinte minutos pasados en almorzar concienzudamente y descansar un rato, eran suficientes. El muchacho declaraba tener bríos para hacer veinte millas.

Pero no era menester tanto. Una hora después, cuando el sol trepaba al cénit, ellos atracaban en el muelle de Cruz Chica.

No bien tocaron la tierra, Alegre saltó a la *Gaviota,* y cogiendo los remos, que le parecieron ligeros como dos plumas, empezó a remontar el río.

— ¡Tromba contigo! ¡Ya, ya! Aun te quedan bríos, ¿eh? Pero mira, creo que mejor harás en irte a dormir la siesta.

—A eso voy, tío Jorge.

—¿Y adonde?

—Debajo de los sauces, en la *Gaviota.*

—Bueno, eso es mejor; allí tendrás aire fresco.

XXI

¡Clap, clap!

Esperando, esperando, Alegre se quedó dormido en el fondo del bote. Una voz argentina lo despertó.

Era su amiguita, que pudo advertir a través de los sauces la presencia de la *Gaviota.*

—¡Alegre, Alegre!

El muchacho tomó los remos, y en cuatro segundos estuvo al lado de la chiquilla.

—¿Dormías?—le preguntó ella.

—¿Yo? Puede ser, pero te esperaba.

—Ahora tengo permiso para pasear, con tal que no me asolee, porque hace mucho calor.

—No te asolearás; bogaremos junto a la orilla, a la sombra de los sauces.

El grumete le ofreció la mano, pero la niña sin necesidad de apoyarse en nada, saltó a bordo con la ligereza de un pájaro.

Estaba silenciosa de emoción.

Pero cuando el bote, a impulsos del remo, perdió el contacto con la tierra y se deslizó dulcemente a lo largo del río, bajo la sombra de los sauces, desbordó su entusiasmo.

—¡Qué lindo! Cómo me gustaría saber remar, y tener un bote para mi sola.

—Yo te enseñaré y tu papá te lo dará.

Ella volvió a callar, absorta en la hermosura del paisaje visto desde la *Gaviota.*

La brisa habíase levantado favorable. Alegre maniobró hacia el medio del río e izó la vela.

—Iremos a la sombra.

La lona se hinchó, y la barquilla, escorada por la fuerza del viento, remontó la corriente.

Alegre no se atrevía a interrumpir el silencio de su amiguita. Se contentaba con verla. ¡Estaba tan linda con la emoción de aquel placer nuevo para ella!

Pero el bote se torcía, era preciso enderezar el timón.

—Margarita ¿quieres cederme tu lugar? Necesito manejar el timón.

Margarita mudóse de sitio.

—¿Sabes que es lindo andar en bote? Tus diversiones son mejores que las mías. Yo me cambiaría por ti.

—Mi piel es muy negra,—contestó Alegre tristemente.

—¿Y eso qué importa?

—Además no necesitas cambiarte: yo te llevaré cuando quieras en mi bote.

—¿Y si quiero todos los días?

—Todos los días te llevaré.

—¡Qué bueno eres tú!—exclamó la chiquilla, fijando en Alegre sus ojos azules. —Julio nunca quería hacer mi gusto, y tú...

—Yo lo haré siempre, Margarita—respondió el muchacho, envolviendo a la niña en una mirada profunda.

Ella se puso a examinar la *Gaviota.*

—¿Y anda siempre tan ligero?—preguntó.

—Cuando hay viento.

—Y cuando no hay, con los remos se la mueve, ¿no es verdad? —Sí, con los remos.

—¿No quieres enseñarme ahora a remar?

—Lo que te puedo enseñar ahora es a manejar el timón, si quieres.

—Sí, pero ahora no, me parece que es tarde ya.

—¿Tarde? ¡Si apenas habremos andado media hora!

—Pero no debo alejarme de casa. —¿Quieres volver entonces? —Sí, volvamos.

La *Gaviota* viró; arrióse la vela, y la corriente quedó encargada de llevarla. Alegre precipitaba la marcha con un golpe de remos cuando iba con sobrada lentitud para los temores de la niña, a quien le parecía que se habían internado leguas en un país desconocido. Mas cuando fueron acercándose y pudo ella ver los árboles del parque, se tranquilizó.

—Ya llegamos, Alegre.

—Sí, ya llegamos; ¿te ha disgustado el paseo? Me parecía...

—No, no; es que mamá o Nanny pueden buscarme.

—¿Y no quieres volver otro día?

—Sí, mañana, si esta vez no me cuesta caro...

—Bueno; cuando quieras me lo dices. Yo te llevaré siempre que tú quieras.

Margarita se había quedado pensativa.

—Dime—interrumpió al cabo,—tú eres más bueno que Julio, ¿verdad?

—Yo creo que sí,—respondió Alegre riendo.

—¿Tú no me conocías antes?

—No.

—Entonces, ¿por qué eres así?

Alegre se quedó callado, porque no sabía explicarse. Ella ingenuamente le ofreció la contestación.

—Porque me quieres ¿verdad? —¡Sí, porque te quiero! —¿Mucho?

—¡ Mucho, mucho! más que todas las personas que te quieren, juntas.

Ella a su vez quedóse pensativa y silenciosa, calculando quizás el tamaño de aquel gran cariño.

El bote se había detenido en la orilla.

—¿Vas a bajarte?—preguntó Alegre.

—Sí.

—Espera que te ayude.

Pero ella no necesitaba ayuda y saltó sobre el muelle.

—¿Quieres que venga mañana?—preguntó Alegre entristecido, porque se iba.

—Sí, todos los días, ¡siempre!

Y la niña corrió hacia las casas, con un poco de miedo. Él la siguió con la vista. Cuando no la vio más, parecióle que algo faltaba a su lado, y remando dulcemente, se deslizó por las tranquilas aguas del río.

Margarita entró de puntillas en las habitaciones.

Su mamá leía y dormitaba por ratos, tendida en una silla-hamaca, presa del más soberano aburrimiento.

Su hija la besó. Ella se limitó a decir:

—¿Cazaste muchas mariposas?

—No, porque son muy ariscas.

—Bueno, anda a jugar de nuevo; no es todavía la hora del té.

Y se sumergió en la deliciosa lectura de un libro leído entre bostezos y cabezadas.

En cuanto a la Nany estaba tejiendo un pullover, y Margarita que le preguntó si era buena la hora en que volvía, fue recibida con una agria interjección.

¡Se había lucido!

Ella, que dejaba la *Gaviota,* temiendo encontrar la casa en revolución por causa de su ausencia, hallábase con que ni de menos la habían echado.

No, lo que es otra vez no sería tan tonta que volviera a la media siesta.

Por eso, cuando al siguiente día fue Alegre en su busca, ella, que lo esperaba, le dijo:

—Ahora pasearemos más tiempo.

—¿Te han dado permiso para andar mucho tiempo en mi bote?

—No hemos hablado de andar en bote, sino de cazar mariposas,—respondió ella con cierta picardía

—Bueno, las cazaremos desde la *Gaviota.*

—Si es así, podemos irnos más lejos que ayer; era muy temprano cuando volvimos.

—¿No te lo dije? ¿Vas a subir? ¿quieres que te ayude? tengo fuerzas para levantarte como una pluma.

—¡Ya está!—respondió ella saltando a bordo. Alegre se puso a remar.

La chiquilla se reía de verlo hacer esfuerzos cuando las palas se hundían en el agua.

—¿Estás muy orgulloso de tu fuerza, Alegre? —Un poco.

—¿No te lastimas las manos?

—No, porque estoy acostumbrado.

—¿Y si yo me acostumbrara?

—No tendrías fuerzas.

—Yo no sirvo para nada, ¿no ves? En casa me dicen lo mismo; me llaman la flor de la maravilla.

—No, tú no eres como la flor de la maravilla, que no existe,—protestó Alegre; —eres como otra flor.

—¿Como otra flor? ¿Cuál?

—¿Conoces la flor del aire?

—Sí, en el bosque hay muchas colgadas de los árboles.

—Pues como la flor del aire. Me parece que si yo te hubiera bautizado te habría llamado así.

—¿Te gusta ese nombre para mí?

—Sí; te sentaría bien.

—Entonces llámame *Flor del aire.*

El sol brillaba glorioso en un cielo sin nubes. El agua del riacho se volvía plateada con su luz. Los sauces, acariciados por la brisa, se mecían dulcemente,

entreabriendo sus ramas para que los rayos del sol pudieran besar la cabecita de la niña. La barca, impulsada por los valientes remos de Alegre, hendía las aguas corriente arriba, y los pajarillos se callaban para verla pasar.

Pero ni los pajarillos, ni los sauces, ni el río, ni el sol, ni Tell siquiera, que sentado a proa diríase que contemplaba todas las cosas, podían adivinar la extraordinaria felicidad que henchía el corazón de Alegre.

Tampoco habrían adivinado que en el corazón de la niña aleteaba también una alegre mariposa.

Hacía un rato que no se cruzaba entre ellos una palabra; la chiquilla miraba correr el agua y escuchaba sus rumorosas protestas al ser cortada por la quilla de la *Gaviota.* ¡Clap, clap!... ¡clap, clap! hacía, chapoteando contra las maderas, ¡ clap, clap! ¡clap, clap!

Alegre, remando con la regularidad de una máquina, llevábala recta y ligera como un dardo. No hablaba, porque era feliz; se contentaba con mirar a su amiguita, entretenida con el agua, que no tenía reparo en besar su manita pendiente fuera de la borda.

Tell también estaba mudo. Miraba entristecido, ya al capitán, ya a su linda compañera, que le había robado el corazón de su amo.

Tell era un grandísimo celoso; la *Gaviota* también era una celosa. Una caricia de la niña, cuando Tell protestaba con un gruñido y la *Gaviota* con un barquinazo, bastaba para reconciliarlos con su linda rival.

El cuadro era tan hermoso, que una mariposa que lo vio , acercóse revoloteando tontamente a medió metro del bote.

Alegre, que la espiaba, soltó los remos, dio un salto y de un manotón la hizo caer con la boina.

—¿No te decía?—exclamó triunfalmente. sosteniéndola con delicadeza por las pintadas alas.

—¿La has pillado?

—Sí, ya tienes para llevarle algo a tu mamá.

—¡Qué hábil eres!—dijo la niña, tomándola con sus rosados deditos y aprisionándola en una cajita de hojalata con habilidad digna de un entomologista.—Pero mira, Alegre, cómo me has mojado los zapatos.

Los remos al caer la habían salpicado.

El capitán se arrodilló en el fondo, y con la manga de su blusa limpió los zapatos de Margarita.

-Si anduvieras como yo, aunque te mojaras no te importaría,—y el niño mostraba su pie desnudo de grumete.

—Si me permitieran andaría descalza como todos los chicos de acá; pero ni mamá ni Nany van a querer. ¿Estamos lejos de casa?

—Algo más que ayer.

—¿Quieres que volvamos?

—Como tú quieras, Margarita; ya sabes, siempre como *Flor del aire* quiera. —Volvamos pues.

La embarcación empezó a desandar su camino. La niña sonreía mirando a Alegre. —¿De qué te ríes?

—De que tú me obedezcas. Si yo fuese una reina, seguramente no serías más pronto para obedecerme. —No, no sería más pronto si fueses una reina. —¿Por qué, Alegre?

—Ayer tú misma hallaste la explicación. —No me acuerdo.

—¡Porque te quiero, Margarita! Yo no tengo más amigo, ni cantarada que tú...

Ella quedó un instante silenciosa, como luchando con su propia timidez. Después murmuró:

—Entonces yo también haría siempre lo que tú quisieras.

—¿Por qué?—preguntó Alegre temblando de esperanza.

—Porque... ¡Mira esa mariposa!

—¡Déjala que se vaya! ¡Dime por qué!

—Porque yo también te quiero, Alegre, respondió, francamente, pero sin mirarlo.

El agua que chapoteaba contra el bote hacía: ¡Clap, clap!... ¡clap, clap!

Y ella por hacer algo que rompiera el silencio en que los dos habían quedado, se puso a imitarla:

—¡Clap, clap!... ¡clap, clap!

XXII

Alegre le cuenta su historia

No todos los días podían salir. A veces a la aburrida señora de Alvarado se le ocurría pasear por su parque, y Margarita la acompañaba.

Cuando iban aproximándose al río, la chicuela pensaba mostrarle el bote de Alegre entre los sauces de la otra orilla, y decirle que si ella hacía una señal su dueño vendría a buscarlas y las conduciría a un país lejano, a la sombra de árboles magníficos, en un viaje mil veces más divertido que todos los que ella había hecho en su vida.

Pero luego no se atrevía a contar a su mamá aquella historia, que era su secreto, porque su mamá era a sus ojos un ser infinitamente superior y lejano, que no podía alegrarse con las alegrías de ella.

Tampoco al otro día era posible salir, porque llovía, o hacía viento, o la Nany no quería dormir siesta, ni seguir tejiendo su pullover y se dedicaba a cazar mariposas, para coleccionarlas.

Éste era un negocio que Margarita explotaba: si cogía alguna que su aya no tuviera, se haría perdonar una lección.

Una tarde Margarita acercóse al río y habló con el negrito.

—Alegre, ¡cuánto tiempo hace que no salimos en la *Gaviota!*

—¿Pero saldremos hoy?

—No, porque tengo que dar lección a las tres. Pero será mi última lección; mañana comenzarán mis verdaderas vacaciones... ¿Sabes por qué?

—No, ¿por qué?

—Porque mamá se va a Buenos Aires. -¿Y tú?

—Yo me quedo con miss Fulton; mamá se aburre, el campo la fastidia. Cuando ella no esté, Nany me dejará en paz y se dedicará a leer novelas y a tejer su *pullover.*

—¡Ah!—suspiró el negrito.—¡Con tal que no lo acabe nunca!

A la mañana siguiente Alegre vio partir del castillo un carruaje que se llevaba a la estación a la señora de Alvarado, y respiró con fuerza. Su amiguita quedaba más libre.

—Sí, más libre—respondió la niña cuando él se lo dijo;—ayer miss Fulton terminó un *pullover,* pero hoy ha comenzado otro. ¡Con tal que no se le acaben los ovillos de lana, ni las novelas en inglés!

—¿Vienes ahora?

—Sí, ayúdame a embarcarme; hoy tu bote queda lejos de la orilla.

—Porque la marea está baja, y eso se siente en el río,—observó Alegre, levantando a la niña y metiéndose al agua y trasportándola al bote.

—¡Qué fuerzas tienes!—exclamó ella.

—Margarita, ¿quién es miss Fulton?

—Antes era mi *nany* es decir mi niñera; ahora es mi profesora de dibujo, de piano y de inglés, porque sabe mucho.

—¿Y tú sabes mucho inglés?

—Sí, bastante—respondió la chica, segura de ello. —¿Y tú?

—Yo no; pero sé italiano, y francés, y catalán, y napolitano,—contestó Alegre, que había corrido mundo y atrapado palabras de muchas lenguas.

—¿Y dónde has aprendido tanto?

—En Europa.

—¿Y has andado tú por allá?

—¡Es claro! Europa es mi patria,—respondió él, que no conocía otra.

—¡Entonces, eres... *gringo*!—exclamó la niña, mirando al negrito con ojos asombrados.—¿Es linda tu tierra?

—Sí, muy linda; pero es mejor ésta, porque tú eres de aquí. —¿Hace mucho que viniste? —Como dos años.

—Y tus papas, ¿están todavía en Europa? Alegre sacudió la cabeza tristemente. —No tengo papas.

—¿No tienes? ¿Entonces, se murieron?

—Yo no sé—murmuró el negrito, recordando de golpe su dolorosa historia.

La chiquilla lo miraba con ojos cariñosos; ¿por qué se había entristecido? Le tomó de la mano, y le dijo:

—No te enojes, Alegre.

—No, Margarita; con *Flor del aire* no me enojaría nunca.

Ella trató de hacerlo sonreír.

—Es que yo no sabía que eso te ponía triste. Pero, dime, ¿quién te trajo de Europa? —Es una historia larga.

—A mí me gustan mucho las historias, y si son largas, mejor.

—Pero la mía no es de ésas que a ti te gustan.

—No importa, cuéntamela, ¿quieres?

—Es muy triste, no te gustará.

—Cuéntamela; basta que sea tu historia para que me guste.

Alegre sacudió la cabeza sonriendo.

—No seas malo, Alegre, cuéntame tu historia; ¿no me has dicho que vas a obedecerme como si fuese una reina?

—Bueno, te la contaré.

Alegre comenzó su historia, con los detalles que a nadie había referido, ni al tío Delfín, ni al señor cura, ni a padre Ludovico. ¿Por qué se la contaba a una chiquilla que apenas podía comprenderla? Las confidencias se hacen entre almas parecidas; un viejo no puede ser confidente de un niño.

Margarita fue, pues, la sola confidente de Alegre.

A medida que avanzaban en la narración, el rostro del narrador y de la oyente iban nublándose.

—¡Pobre Alegre!—murmuró ella al final.—¿Entonces, tus papas son ahora Ludovico y Marta?

—Así es.

Se quedaron silenciosos y emocionados.

La vela de la *Gaviota* restallaba como un látigo, henchida por una brisa fresca y chacotona, y el bote volaba, sin que su joven capitán tuviera que hacer otra maniobra que mantener recto el gobernalle.

La dulce mano de ella se había posado junto a la de él, sobre la caña del timón. Le parecía que lo ayudaba a dirigir la embarcación y que a la vez lo consolaba.

Él contemplaba aquella mano liviana como una flor.

Tuvo impulsos de besarla, como un súbdito besa la mano de su reina, pero no se animó.

Y como si ella hubiera adivinado aquel tímido pensamiento de él, le dijo sin mirarlo:

—Alegre, te voy a preguntar una cosa, si no te vas a ofender.

—¿Qué cosa?

—¿Es verdad lo que dice Nany? —¿Qué dice Nany?

—¿Que si tú me besaras la mano, me dejarías una mancha negra, que no se me borraría nunca..?

Aquella pregunta le pareció a Alegre una burla cruel, y lo hirió en lo más hondo de su corazón, y lo hizo contestar amargamente resentido:

—¿Y tú has creído eso, *Flor del aire*?

Ella se echó a reír con tantas ganas que disipó la pena de él.

—¡Cómo voy a creer!

Entonces a Alegre se le ocurrió una idea ingeniosa para burlarse de Nany.

—Haces mal,—respondió,—en no creer lo que te dice Nanny, porque es verdad. Si yo te besara en la mano, te dejaría una mancha negra.

—¡No creo!—contestó Margarita con tenacidad.

—¿Quieres ver?

Margarita vaciló; tuvo un ligero temor de que eso fuera verdad, pero no se atrevió a ofender a su amigo, y aceptó resueltamente el desafío, irguiendo la orgullosa cabecita, como una reina.

—¡Sí, bésame la mano!

Alegre se agachó y besó respetuosamente aquella mano que descansaba sobre la caña del timón.

Los ojos de ella miraron ávidamente el lugar que el muchacho había besado. La fresca y rosada piel continuaba intacta.

—¿Has visto que es mentira?—exclamó en son de victoria.

Alegre sacudió la cabeza.

—¡No!—dijo,-—lo que hay es que la piel no es tan delicada en la mano...

Ella lo miraba con sus azules ojos llenos de burla.

—¡Qué embustero te has hecho, Alegre!

Y él prosiguió con seriedad:

—Si te beso en la cara, sí, te dejaré una mancha... ¿Quieres ver?

—¡No! Aquí no hay espejo y no podría mirarme.

La *Gaviota* avanzaba rápidamente bajo la arcada de los grandes árboles, cuyas ramas rozaban a veces la punta del mástil. De pronto el río hizo una curva; el bosque se raleó y la *Gaviota* desembocó en un espacio limpio donde el sol daba de lleno sobre las aguas serenas y cristalinas.

Margarita se agachó a mirar un enjambre de mojarritas que cruzaba por debajo de la quilla de la embarcación; y vio su lindo rostro reflejado en las aguas.

—¡Alegre! Ya tengo aquí un espejo y podré mirarme.

Alegre se hizo el que no entendía, y ella tuvo que repetir su desafío.

—¡Lo que me dijo Nany y lo que dices tú es pura mentira!

—¿Te animas a hacer la prueba?

—Sí, porque es mentira. ¡Bésame aquí! Y le señaló un lugar en su deliciosa mejilla.

—¡Bueno!—respondió el pícaro Alegre resignadamente.—Si te dejo una mancha, la culpa no es mía.

Yla besó con dulzura y ella al instante se miró en el agua y sólo advirtió que su rostro estaba más colorado que de costumbre.

—¿Has visto, has visto? ¿dónde está la mancha?

Alegre se reía a todo trapo, y ella acabó por comprender que le había tendido una celada, y añadió con resentimiento:

—¡Qué embustero te has hecho! ¡Hoy no te quiero nada!

Yvolvieron sin hablarse, como dos enemigos, mirándose de cuando en cuando de reojo.

XXIII

Un gran peligro en el bosque

La amistad de Alegre y Margarita era cada día más estrecha y más fiel.

Se apartaban con pena, imaginando para consolarse las excursiones que harían al día siguiente, si el tiempo era bueno y miss Fulton no se atravesaba en sus planes.

Alegre, una vez que pudo hablar con Nany, le enseñó a la orilla del río, un remanso abundante en peces, y ella agradeció mucho al grumete aquella indicación, y lo honró en adelante con mayor confianza, y cuando se cansaba de repasar sus novelas o de tejer su *pullover,* se entregaba al plácido deporte de la pesca, importándole un rábano lo que hacía su discípula.

Ésta era caprichosilla y audaz y las más largas excursiones, aún cuando llegaban a lugares nunca explorados por el grumete, le parecían cortas, al volver, sobre todo si encontraba a miss Fulton absorta en sus anzuelos.

Alegre era más juicioso que Margarita. Ella mandaba como si fuese la capitana del barco; pero Alegre hallaba manera de no obedecerle, cuando sus órdenes le parecían peligrosas de cumplir.

No temía por sí mismo y habría arriesgado con gusto su vida por salvarla a ella del menor peligro; pero temblaba por ella y la cuidaba con un cariño vigilante.

Desde hacía tiempo ella quería ir al mar, hasta el Peñón de las Gaviotas.

Pero Alegre se acordaba de las palabras del tío Jorge:

—(¡Mucho ojo, capitán, el mar es rencoroso y nos odia a los hombres que lo hemos vencido...)

El negrito repetía estas palabras y la niña lo miraba sonriéndose con picardía:

—¿De veras, Alegre, tú crees que el mar te odia?

—Así dice el tío Jorge, que nunca miente.

—Pero él no habla de ti, sino de los hombres... ¿Tú eres un hombre? Tú ¿has vencido al mar para que te odie? ¡Vamos Alegre, al Peñón de las Gaviotas.

—¡No, no y no!

—Entonces yo no soy una verdadera capitana, porque tú no me obedeces.

—¡No sé!—replicaba Alegre inflexible.—En cambio eres una linda grumete: has aprendido a remar y a manejar la vela, andas descalza como yo y ni tu cara ni tus brazos son los de antes.

—¿Están mejor o peor que antes?—preguntaba ella coquetamente.

—Para mi gusto, mil veces mejor. Antes eras blanca, delicada como una flor; ahora el sol te ha tostado y tienes el color del trigo, y el trigo vale más que las flores, es más sano y más sabroso...

—Nany dice que parezco una mulata y que papá y mamá van a creer que ella les ha cambiado la hija y les ha escrito preguntándoles qué debe hacer conmigo y papá le ha contestado que mi médico prefiere que ande al sol, aunque parezca mulata.

—¿No ves? tu médico es un sabio, Margarita.

—También estoy más alta y tengo más fuerza ¿no es cierto?

—¡Ya lo creo! Y a veces, cuando te pones a izar la vela, me da miedo que voltees el mástil, tirando de la cuerda.

—¡Te burlas de mí!

—¡No, mi capitana! ¡Dios me libre! El marino que se burla de su capitán merece que lo cuelguen de una gavia.

—Si no te quisiera tanto, Alegre, ya te habría mandado ahorcar...

—Ya no pareces una flor del aire, pero como a nadie se le quita el nombre una vez que lo han bautizado, te seguiré llamando así.

Una siesta, después de unas lluvias que hicieron crecer el río, pudieron llegar más lejos que nunca, hasta un lugar donde unos árboles gigantescos daban sombra a una caleta formada por las corrientes.

Hacía mucho calor y la frescura del sitio invitaba a detenerse.

—¡Qué hermoso fondeadero!—exclamó Alegre.

—¡Desembarquemos!—ordenó su linda capitana.

Seguramente hallaremos nidos en estos árboles.

La proa del bote encalló en la arena y sus dos tripulantes saltaron sobre la fresca orilla. Margarita se puso los zapatos y dejando a Tell que custodiara la embarcación, penetraron los dos niños en el bosque inmenso y misterioso.

A Margarita le gustaba volver a su casa con nidos, así no tuvieran más que huevos o pajaritos implumes.

Pero Alegre defendía con buenas razones a los alados huéspedes de la selva.

No bien la chicuela divisaba un nido en la copa de un árbol, Alegre, que iba descalzo como de costumbre, trepaba ágilmente, y desde arriba gritaba:

—¡Es un nido viejo y no tiene nada!—Otras veces:—¡Qué lástima, tiene pichoncitos, pero muy chiquitos todavía! Ya conozco este nido y volveré dentro de unos días, cuando los pajaritos estén más grandes. Si los llevases ahora, se te morirían.

Y la chicuela que no tenía mal corazón, consentía en dejarlos y pasaban adelante, conmovidos y un poco amedrentados por el vasto silencio de la espesura.

De pronto un día, mientras Alegre estaba examinando un nido en la copa de un árbol, la niña se puso a dar gritos de terror.

—¡Alegre, Alegre! ¡el indio Venancio me agarra!

El negrito bajó en dos saltos. Muchas veces se había burlado de los chicos que contaban cosas prodigiosas del indio Venancio y temblaban al oír su nombre; pero esa vez también él quedó helado de espanto al ver al indio, semi-desnudo y amenazador, precipitarse sobre su aterrada amiguita.

Ya la pavorosa figura de aquel enemigo de las criaturas estaba a pocos pasos de la niña cuando él llegó al suelo.

La alzó con sus brazos amorosos y robustos y echó a correr, por entre los matorrales, perseguido de cerca por el indio Venancio.

Tal vez por la mucha edad de éste, que era muy viejo, tal vez porque ese día estuviese más borracho que de costumbre, el hecho es que cada pocos pasos Alegre lo sentía caer, enredado en las raíces descubiertas de algún árbol, y levantarse luego vociferando.

Esas caídas le permitían a Alegre aventajarlo en aquella carrera desesperada. Margarita se había colgado de su cuello y tenía los ojos cerrados y parecía muerta, a juzgar por la horrible palidez de su semblante.

Y esa angustia daba fuerzas al grumete y ponía alas en sus pies; y aunque él era un niño y el dulce peso de *Flor del aire* era demasiado para él, logró mantener la distancia y llegó al río antes que el indio lo alcanzara.

—¡A mí, Tell!—gritó ansiosamente; y el fiel mastín, oyendo la voz de su amo, dejó la barca, y saltó a tierra y se arrojó contra el indio.

—¡Bravo, Tell! ¡sus! ¡muérdele las piernas! ¡no lo dejes escapar sin castigo!

El indio Venancio apenas advirtió aquella fiera que surgía del río en defensa del negrito, dio la vuelta y echó a correr despavorido a refugiarse en el seno de sus bosques.

Tell le mordió las secas pantorrillas y lo abandonó cuando lo hubo conducido a una buena distancia, seguro de que no volvería a atacar a su amo.

Tell poseía una fuerza y una agilidad prodigiosas y habría podido destrozar a dentelladas a aquel maligno personaje. Pero el instinto de los perros de San Bernardo es salvar a los hombres y no matarlos, y así Tell se contentó con castigar al indio, sin quitarle aquella vida que Dios le había dado para el bien, y que él empleaba por ignorancia en el mal.

Entre tanto Alegre transportaba a bordo de la *Gaviota* a su dulce amiguita, desmayada, y para hacerla volver en sí, le mojaba las sienes con el agua fresca del río.

-*¡Flor del aire!*—murmuró a su oído.

Flor del aire abrió los ojos, y, después de dejarlos vagar sin dirección, los fijó en el rostro de su amigo que la miraba ansioso.

—¡Mi pobre Margarita! ¡cómo te has asustado!

—¿Ya se fue?—preguntó ella.

—Sí, ya se fue. Tell lo ha corrido y lo ha mordido. Nunca más se animará a perseguirnos.

—¿Por qué nos perseguía?

—No sé. Es malo; es borracho. ¿Has tenido mucho miedo?

—Sí, mucho; me desmayé, ¿no es cierto? —Sí: estabas pálida como una muerta. —¿Y tú no me dejaste?

—¡Oh, no, Margarita! ¿Cómo te iba a dejar? ¿No te ves en la *Gaviota?,* ¡cómo te iba a dejar, *Flor del aire!*

El bote derivaba a favor de la corriente. La niña quedó silenciosa; sus ojos vagaban errantes por el paisaje; su mente calculaba el valor que había necesitado el grumete para no abandonarla y huir de aquel indio malvado y terrible. Se llenó de cariño y gratitud hacia su valiente amigo, y exclamó juntando su carita con la de él:

—Gracias, Alegre, mi buen Alegre; siempre que alguien me persiga, tú me defenderás, ¿no?

—Yo quisiera estar siempre en tus peligros, para defenderte aunque me costara la vida,—respondió él con tristeza, cual si quisiera decirle: habrá un día en que no te podré defender porque no estaré cerca de ti.

Y ella, sin desatar el abrazo, lo premió con su más amorosa mirada y rápida, sin darle tiempo para prevenir el ademán, lo besó en la frente.

Alegre, presa de una emoción dulcísima, no supo qué decir ni qué hacer, y se puso a armar la vela, porque el viento era bueno para volver.

En ese momento Tell llegaba a la orilla y se echaba a nado para alcanzarlos en medio del río. Entre los dos niños lo ayudaron a subir a la barquita.

fue *Flor del aire* la primera que rompió el silencio:

—Prométeme que nunca me volverás a traer por estos lugares.

—Te lo prometo,—respondió Alegre, sin pensar lo que contenía aquella promesa que ella le arrancaba.

XXIV

Un bramido del mar

El carácter de miss Fulton, en la soledad de Cruz Chica, agriábase más cada día. Odiaba el campo y la habían condenado a vivir en él, Dios sabe cuántos meses, hasta que el médico dijera: «¡Basta! la niña está fuerte».

De pensar que por causa de ella se le imponía aquel destierro, la pobre mujer tomó tirria a la chicuela.

—¡Me la pagará!—decía. Y volvieron a abrirse los libros y el piano.

—Esta mañana no hay paseo por el parque, Margarita; es necesario estudiar la sonata 12 de Beethoven.

Y aquella mañana la niña se quedaba en el cuarto haciendo como que estudiaba, y mirando desde el balcón las mariposas que revoloteaban en el parque y envidiando su libertad.

Lo que más le dolía era el encierro a la hora de los paseos con Alegre. Se había entablado una lucha entre miss Fulton, a quien se le había puesto en la cabeza hacer dormir la siesta a la chiquilla encerrándola, y la chiquilla, que se había prometido hacer rabiar a la inglesa escapándose,

Ya la pobre criatura no tenía un minuto de Libertad.

Una mañana se escapó y corrió al muelle. Alegre la esperaba.

—¡Margarita, por fin vienes!

—¡Por fin me libro de Nany!

—¡Siempre tu Nany!

—Siempre, mientras no venga mamá.

—¿Y cuándo será eso?

—¡Quién sabe! ¡Se aburría tanto acá!

—¿Se aburría?—preguntó el muchacho mostrando en los ojos, grandes, grandes, la profundidad de su asombro.—¿Se aburría? ¿Pero podía aburrirse contigo, Margarita?...

La niña movió tristemente la cabeza. Él prosiguió:

—¿Cómo no me fastidió nunca yo?

—Es que ella es persona grande.

—No importa; es tu mamá.

—Pero se aburría. ¡Los chicos aburren a los grandes!

—No, no; ¿sabes lo que yo creo?

—¿Qué crees tú?

—Que ella,—dijo bajando la voz,—se aburre contigo porque no te quiere como te quiero yo. La niña se puso pálida. —¡Oh, no! No lo creas. —Sí, Margarita, estoy seguro. —No, Alegre, no vuelvas a decirlo. —¡Si es la pura verdad! —Bueno, bueno; no hablemos más de eso. —¿Quieres andar en bote?

—No, ahora no, esta tarde; estoy segura de que miss Fulton me va a encerrar; y ella se dormirá porque anoche tuvo jaqueca , y me escaparé en cuanto se duerma, y entonces vendré a buscarte.

—¿A la una?

—Sí, hasta las cinco; no dejes de venir. Ahora me voy, tengo que aprender la sonata 12... Adiós, Alegre,—dijo tendiéndole la mano.

El muchacho estrechó aquella mano y volvió a empuñar los remos, mientras ella se iba a estudiar su sonata.

A la hora convenida se encontraron allí mismo.

Margarita venía descalza y sin sombrero. Su salida era realmente una fuga.

—Alegre, ¿vamos a embarcarnos? Hace tiempos que no navegamos.

—Sí, mi capitana, desde el día que nos persiguió el indio Venancio. Mi barca está lista.

—Pero acuérdate de lo que me has prometido, —dijo ella, dirigiéndose a la orilla del río, pues estaban entre los árboles del parque.

—¿Qué cosa te he prometido?

—No volver más por aquel rumbo.

—No volveremos, *Flor del aire.* Navegaremos hasta el remanso de las nutrias, y allí daremos la vuelta.

—¡No vale la pena ir hasta allí, no más!—exclamó la niña desencantada.

Alegre se hacía el desentendido. Bien comprendía él que toda aquella conversación era para pedirle que la llevara al Peñón de las Gaviotas.

—Más allá del remanso de las nutrias empiezan los dominios del indio Venancio... Si quieres ir por allí..,

—No, ya no quiero navegar en tu río, Alegre. —¿Y entonces, dónde? —En el mar. —¿En el mar?

—Sí, ¿qué tiene? ¿y por qué pones cara de susto? ¿tienes miedo al mar?

—Por mí no tengo miedo al mar, pero por ti que no lo conoces.

—¡Vaya si lo conozco! ¡Si habré navegado en el mar a bordo del *Relámpago*! Hemos recorrido toda la costa, hasta Montevideo.

—El *Relámpago* es un buque grande, y mi *Gaviota* no. El mar es malo.

—¿Malo? ¡Si es tan hermoso!

—Sí, es hermoso, pero tiene unas pulgas...

—¿Pulgas?—preguntó asombrada la niña;—¿el mar tiene pulgas ?

El negrito recordó lo que en otro tiempo le había respondido el tío Delfín, y contestó con sus mismas palabras:

—Es una manera de decir que es malo; si tú vieras cómo se pone cuando se enoja...

—¡Magnífico!

—Sí, magnífico, pero terrible, de asustar a los mismos lobos de mar. —Me gustaría verlo. —Tendrías miedo.

—¿Yo miedo? ¡Bah! A los muertos y a las indios les tengo miedo; pero al mar no.

Alegre miró a su amiguita: temblaba al solo pensamiento de que, pudiera estar durante una tormenta a la orilla del mar. Mas al verla tan graciosa y tan linda, le pareció imposible que el mar la odiara también a ella; de seguro que las olas encrespadas, en viéndola, se serenarían para ir dulcemente a besarle los pies en la arena.

—¿Por qué me miras así?—preguntó Margarita al notar que él la contemplaba extasiado.

—¿De veras no tendrías miedo?

—Te lo aseguro. ¿Quieres probar mi valor?

—Embarquémonos, para andar en el río.

—¡Uff, el río! Estoy aburrida de tu río; vamos al mar, Alegre.

—No, al mar no: mi *Gaviota* es muy pequeña.

—Bueno: vamos al río; pero no corriente arriba, sino corriente abajo, para Cruz Chica.

—De acuerdo,—respondió el grumete, aunque bien advertía que el paseo por ese rumbo no sería largo, pues a medio kilómetro de allí se hallaba la desembocadura del río en el mar.

Soplaba una brisa deliciosa; Alegre tendió la vela, se soltó la amarra y la *Gaviota* partió como una flecha corriente abajo.

El paisaje de la parte inferior del río era mucho más pobre.

A corta distancia del muelle del *Relámpago* se acababa el parque y le sucedían barrancas amarillas, festoneadas de matorrales, que impedían ver a los lados.

Margarita miraba hacia el mar, con un ligero pliegue en la frente pura. Alegre guardaba silencio.

Así llegaron al fondeadero de Cruz Chica. Allí, la vista aprisionada por las barrancas, se dilataba en un horizonte inmenso.

—¡El mar!—exclamó Margarita con los ojos brillantes de entusiasmo.—¡Esto sí que es hermoso!

Hermoso en verdad, profundamente azul, y brillante a los rayos del sol y rizado por la brisa que dulcificaba el ardor de la siesta.

La juguetona vela de la *Gaviota* chicoteaba el mástil, y el bote, que la mano de Alegre sofrenaba poniéndolo de proa al viento, encabritábase impaciente por largarse a la libertad sin límites del mar.

¡Qué hermoso estaba el mar!

Alegre que tanto lo admiraba, lo contempló sin entusiasmo por primera vez en su vida. Algo indefinible le oprimía el corazón.

Parecióle siniestra la hermosura de aquella extensión infinita y desierta, en que la *Gaviota* habría semejado una pobre avecita perdida y loca.

El mar sonreía a los besos del sol, pero su sonrisa no tentaba al grumete.

La *Gaviota* llegaba al punto de conjunción del río con el mar.

Al advertirlo el grumete, agarró la caña del timón para virar en redondo, pero la mano de la niña le detuvo el brazo.

—¿Qué haces?

—Vamos a volver.

—No, Alegre, ¡si está tan lindo el mar! —Pero no me gusta...

—¿No te gusta? ¿lo querrías más tranquilo todavía?

—No me gusta contigo.

—¿Con un cielo más despejado? ¡Vaya, que tienes miedo, grumete!

—¡Yo no! Nunca tengo miedo.

—¡Es claro! ¡Qué has de tener miedo! Yo no debo ser más valiente que tú. Vamos al mar, Alegre, por una hora.

—¡Margarita! ¡ni por un minuto!

—¿Quién manda a bordo de la *Gaviota,* tú o yo?

—Tú, *Flor del aire,* pero tú no entiendes la maniobra.

—Y tú menos, pues tienes miedo al mar más tranquilo que has visto en tu vida. Parece mentira que seas un buen grumete.

¡Pobre grumete! Sentía un malestar indefinible, como si la garra de un presentimiento le estrujara el corazón.

La insistencia de la niña lo turbaba. ¿Cómo negarse a satisfacer tan ardiente capricho? No se atrevía a mirarla para no ser derrotado; buscaba algo que lo apoyara en aquel conflicto; no quería ir a la mar, no. Una tormenta podía levantarse de golpe, en un día sereno y caluroso. El tío Jorge le había hablado de la racha blanca, como del enemigo más traidor e imprevisto que tienen los hombres, en sus luchas con el mar. Miró hacia Cruz Chica buscando allí algún auxilio, pero era la hora de la siesta y todas las puertas estaban cerradas; el fondeadero desierto; a lo lejos, en alta mar, algunas velas blancas, rojas o azules, de los barcos pescadores que habían salido.

El muchacho se hallaba desamparado; con la caña del timón en la mano vacilaba entre virar en redondo o hacer rumbo a la mar, cuyos pliegues salados lamían ya los costados de su bote.

Miró a su amiguita; ésta comprendió que el grumete vacilaba, é hizo un último esfuerzo.

—Alegre, vamos al mar, no tengas miedo; ¿ves aquellos barcos? ¿si hubiese algún peligro habrían salido a pescar? Y si tuviéramos necesidad ¿no nos ayudarían todos ellos?

Y la niña embriagaba al grumete con sus miradas fascinadoras y su voz suplicante: «¡Vamos al mar!»

Alegre miró el cielo: estaba azul, profundamente azul; sólo allá a lo lejos, hacia el Sur, casi en el horizonte, se pintaban algunas nubéculas cobrizas;

Mal cariz hubieran tenido para un marino viejo, pero el muchacho las observó y las halló tan trasparentes que no desconfió de ellas; miró el mar, estaba hermoso, en verdad; miró a la playa, estaba solitaria, nadie podía verlos; volvió a mirar a su amiguita y volvió a escuchar su voz:

—Sí, vamos al mar, no tengas miedo, Alegre; por un ratito, nada más que por un ratito.

Alegre, soltó la caña del timón, sujetó la escota que le quemaba la mano con los tirones de la impaciente vela, y se largó mar adentro, orzando un poco para no apartarse de la costa.

En ese momento, aletearon en su memoria las palabras del tío Jorge: «En el río puedes andar todo lo que quieras; pero el mar es rencoroso y nos odia; la *Gaviota* es muy pequeña y tú eres muy niño».

Un rumor lejano y sordo, como si viniera de las profundidades del mar, lo arrancó de sus pensamientos.

—¡Ay!—dijo para sí.—¡El bramido del mar! Y sintió frío en el alma.

En Cruz Chica llamaban el bramido del mar al rumor de la resaca en el Peñón de las Gaviotas que la brisa a ratos hacía más intenso.

Si el grumete hubiera vuelto los ojos a la playa, habría visto dos muchachos que desde el muelle los espiaban.

—¡Se van!—dijo uno de ellos;—los acusaremos para que les den una buena paliza, cuando vuelvan.

—¡No volverán!—respondió el otro mirando al Sur.—¡Allá está escondida la racha blanca! ¡Ya verás que tormenta van a tener!

XXV

El peñón de las gaviotas

Alegre, sentado en el timón, apenas respondía con medias palabras las regocijadas exclamaciones de su amiguita y las preguntas con que lo acosaba.

—Dime, Alegre, ¿podríamos llegar a tu patria en la *Gaviota?*

—Está muy lejos.

—Pero ¿no llegaríamos alguna vez? Mira qué ligera es, cómo deja atrás la costa.

Él no contestó; miró la playa, que huía en dirección opuesta al rumbo de ellos.

Poco a poco la alegría de la chiquilla contagió al grumete.

Ya que el bote corría tan bien sobre las rizadas olas, mejor era dejarlo correr; así en pocos minutos se apartarían de la costa lo bastante para que cuando quisiera volver, Margarita no protestara.

Y el bote volaba rayando apenas el cristal del mar, en línea oblicua a la costa, que pronto quedó a una milla.

Alegre pudo calcular la distancia gracias al Peñón de las Gaviotas que erguía sus inhospitalarias crestas hacia el Noreste.

El árido Peñón le serviría a la vuelta para tomar rumbo.

Acortó más la escota y el bote corrió como un caballo espoleado.

De improviso notó, por la tensión de la vela, y el hervor de las aguas alrededor de la embarcación, que la brisa refrescaba sensiblemente.

—Vamos a volver, Margarita—dijo seriamente, sin mirar a la niña que palmoteaba de regocijo; había encontrado en el fondo del bote una galleta y se entretenía en tirársela, pedacito a pedacito, a las aves marinas, que ávidamente los recogían casi en el aire.

—¿Volver? ¡no! Si es muy temprano.

—Hemos andado ya más de media hora.

—¿Y te parece mucho?

—No; pero la brisa refresca y no quiero que nos sorprenda un cambio de tiempo. Bastante difícil nos será ahora bordejear para volver. Felizmente hemos corrido rumbo al Sur.

Y al decir esto, el joven capitán viró en redondo; pero, con gran sorpresa suya, la embarcación apenas modificó su rumbo un cuarto de círculo y acostóse bruscamente a babor.

La chiquilla perdió el equilibrio, y apenas tuvo tiempo de agarrarse a la borda para no caer.

—¡Alegre, Alegre! ¿nos hundimos?—exclamó presa de espanto.

—¿No ves?—contestó Alegre sacudiendo tristemente la cabeza y moviendo el timón para enderezar el bote;—ahora nos costará más y llegaremos tarde.

¡Ay, Dios! ¡Si llegaban!

Entonces se le ocurrió al grumete examinar detenidamente el cariz que traía el Sur, que su vela demasiado grande le impidiera ver.

Las nubéculas cobrizas de una hora antes se habían transformado en nubarrones plomizos, que como dos conos, unidos por sus vértices, avanzaban a conquistar el Norte.

La brisa que arrastraba el bote era Noroeste, y la que impulsaba a las nubes Sudeste. La débil embarcación iba a encontrarse en el eje de un ciclón.

Sentíase ya el rumor característico que precede a ciertas tormentas como un redoble de tambores congregando a los vientos.

El huracán llegaba con su cohorte de nubes tormentosas y sonoras. Ya hacia el Sur brillaban lívidos relámpagos, y, de vez en cuando, un rayo azotaba las grupas de los corceles rezagados.

Pronto los primeros golpes del viento Sudeste castigaron la vela.

—¡Dios mío!—exclamó Alegre, que con instinto de verdadero marino se había dado cuenta de la situación.—¡La racha! ¡el Sur! ¡la tempestad!

Aun no se oían los truenos.

La niña vio con asombro a su amigo transfigurado. Terrible estaba el grumete, de pie, con la cabeza descubierta, los cabellos enmarañados, las manos crispadas en la caña del timón y los labios apretados fuerte, fuerte, como para ahogar en el pecho la amarga desesperación que se apoderaba de él.

—¡Alegre!—exclamó la chicuela espantada.— ¿Qué tienes, Alegre?

—¡La racha blanca! ¡lo que yo me temía!—contestó el muchacho desgarrando las palabras con los dientes.

La niña no comprendió; miró hacia Cruz Chica, bañada aún de sol; miró al grumete, abstraído y hosco; miró el cielo que se arrebozada en un manto plomizo; miró el mar..., el mar era aún hermoso, el mar se reía, haciendo ¡clap, clap! contra las bandas de la *Gaviota.*

La niña se puso a imitarlo.

¡Clap, clap! hacía el mar, y ella contestaba con su dulce voz: ¡Clap, clap!... ¡clap, clap!

El ave siniestra del huracán aleteó en la vela, cogiendo por babor a la *Gaviota* y le hizo cambiar de amuras arrojándola bruscamente de costado.

—¡El Sur!—gimió Alegre, agarrándose al timón y rodeando con su brazo libre el frágil cuerpo de la niña.

Las dos corrientes de aire que el colosal sifón del Atlántico había dado cita en su seno, se encontraron formando un espantoso remolino.

Un segundo después, la *Gaviota,* semejante a un corcel que siente a la vez la brida y la espuela, gimiendo al esfuerzo viró en redondo y, se escapó hacia el Este, como la piedra de una honda. El palo crujió; oyóse un desgarramiento, y la vela se arrancó de las relingas, y, dejando un jirón de lona en el desmantelado mástil, echó a volar como un inmenso pájaro blanco.

—¡ Alegre, Alegre !—exclamó la niña azorada, abrazándose a su amigo.

—¡Margarita!—respondió el muchacho estrechándola contra el pecho:-—¡Dios nos ayude!

El cielo en un instante se cubrió de nubes que cruzaban a la desbandada unas, en revuelto apiñamiento otras. Rugió el trueno, crepitó el rayo, y el mar hirviente encrespó la melena y empezó a arrojar al cielo, sus olas verdosas envueltas en desgarradas cenefas de espuma.

La desmantelada *Gaviota,* arrastrada por una fuerza irresistible, ora se encaramaba por las inquietas espaldas de aquellas moles de agua, ora resbalaba por sus móviles flancos hasta sus siniestras gargantas, pero huía siempre hacia el Este, alejándose más y más de la tierra. A veces, cansada de la carrera, se detenía sobre el lomo giboso de una ola, y vacilaba indecisa hasta que volvía a emprender la fuga.

Alegre, presa de infinita angustia, se aferraba con todas sus fuerzas a la caña del timón, sosteniendo a la chiquilla, enloquecida de terror, para que no la arrebataran las olas, aquellas olas crueles que les escupían al rostro sus salobres espumas.

—¡Dios nos ayude!—murmuraba al oído de la niña.—¡Agárrate, Margarita!

Y Margarita, tiritando de miedo, se abrazaba frenéticamente al cuello del muchacho.

¡Qué sucesión de terribles pensamientos cruzaban por la mente del grumete! ¡Cómo se agitaban las olas de su alma, amargada mil veces más que el mar por su desesperación! Ya no cerraba los ojos; ahora quería *ver,* y hundía desesperadamente sus miradas en la escena en que era actor, para huir de la vista de aquel océano interior, mucho más pavoroso que el que amenazaba tragar su barquilla.

Y sin embargo, su desbocada imaginación lo atormentaba.

No padecía por él, padecía por su dulce Margarita cuyas manos crispadas sentía alrededor de su cuello, y cuya mejilla yerta refrescaba el ardor de su rostro calenturiento.

Hubiera comprado con la vida las fuerzas y la pericia del tío Jorge para arrebatar a las olas su *Gaviota* y llevarla hasta donde pudiera dejar en salvo su tesoro.

Combatido por la naturaleza, abandonado de los hombres, miró al cielo. El cielo estaba ciego, sordo y mudo: sus ojos tenían una venda de plomo; sus oídos se ensordecían con el fragor de la tormenta; su voz se apagaba entre las descargas de los truenos.

Un instante callaron los truenos, enmudeció el huracán, y el cielo pudo *ver.* Una nube se había desgarrado; a través de la herida se filtraba un rayo de sol como una promesa celeste.

—¡Margarita!—gritó Alegre lleno de esperanza al verlo.—Margarita Dios nos ayudará: ¡recemos!

La aterrada niña abrió los ojos; y rezaron los dos juntando las caras.

Alegre, viéndola tan inocente y linda, creyó que las olas respetarían su terror y su hermosura.

¡Pobre niño! El mar no entendía de eso; el mar no sabía amar, sólo podía odiar; el mar, ante la debilidad de las víctimas, doblaba su furia.

Alegre se irguió como si le hubieran dado un latigazo en pleno rostro, insultó al mar y se dispuso a combatir con él, no como un niño, sino como un verdadero capitán.

Volvió los ojos a la playa. ¡Qué lejos estaba!

Apenas se veía su perfil, señalado por una lista de blancas espumas. Seguramente desde allí nadie alcanzaría a divisar a la fugitiva *Gaviota.*

—¡Sigue rezando por los dos!—gritó Alegre impulsando a Margarita hacia el fondo de la embarcación.—Así estarás más segura y yo tendré mis dos brazos para manejar el timón.

La chicuela, martirizada por sus remordimientos y dominada por el espanto, se arrodilló dócilmente en el fondo anegado del bote y levantó al cielo sus manos implorantes.

Y pareció que Dios contempló por la desgarradura de una nube aquel cuadro conmovedor y delicioso. Aquella oración ferviente y esperanzada era de esas que hallarían siempre eco favorable en el cielo, a no ser por los inescrutables designios de la Providencia.

Alegre sintióse fortalecido por la plegaria y Margarita consolada.

La escena de la mar embravecida era siempre terrible, pero su faz había cambiado. El Sur venció al Norte; y las olas, siervas de un solo señor, corrieron en una dirección únicamente, enormes, turbias y amenazadoras.

La Gaviota, que había estado cien veces a punto de zozobrar, azotada por dos vientos, huía ahora hacia el Norte en alas del huracán, sin velas y medió anegada, y con su mástil desnudo, en cuyo extremo flameaba un jirón de lona, que silbaba y restallaba, como un látigo.

¿Y las otras embarcaciones que antes se divisaban en alta mar? Ni una se veía. O habían zozobrado, o se habían desparramado, como una bandada de palomas, huyendo delante del huracán, para buscar su salvación en los refugios de la costa, que los bravos marinos conocían.

Alegre, vuelto a la posesión de sí mismo, empuñando con todas sus fuerzas el gobernalle, pretendía dirigir su bote entre aquel hervidero de olas. Pero la *Gaviota* había embarcado mucha agua v no obedecía.

El barquichuelo se hundía sin remedió. Alegre lo comprendió.

—¡Hágase la voluntad de Dios!—dijo.

Y se resignó a lo que iba a suceder.

No obstante, cuando sus miradas se posaron en el dulce rostro de su amiguita, a quien nuevamente invadía el terror, una pena inmensa le apuñaleó el corazón, y los ojos se le llenaron de lágrimas. No era que llorara, no; el capitán Alegre no podía llorar a bordo de su barco anegado; pero no era dueño de cerrar el paso a aquellas gotas del mar infinito de su angustia.

Abandonó el timón y se abrazó a la niña.

—¡ Alegre!—exclamó llorando ella también,—nos hundimos, ¿verdad?

El pobre muchacho no tuvo fuerzas para mentir.

—¡Sí, nos hundimos!

La chiquilla se apretó más a él, y pegando sus labios a la oreja de él, murmuró:

—Nos hundimos por culpa mía, Alegre; he sido desobediente; perdóname.

—No, Margarita; ¡por culpa del mar que nos odia! El mar es malo y rencoroso.

—Muy malo,—repitió ella.

Un rato permanecieron mudos. Después la niña preguntó:

—¿Qué pensará papá, qué dirá mamá, cuando sepan?

—¡Pobre Margarita!

—¿Y qué dirá miss Fulton? Más mala que ella he sido yo...

Alegre respondió con un grito.

—¡Tierra, tierra!—exclamó clavando los ojos en un punto obscuro que se alzaba en el mar.

Era el Peñón de las Gaviotas, que mostraba sus costas ceñidas por una randa de espumas, a menos de doscientos metros de allí.

No lo había advertido antes, y al verlo ahora tan cercano, creyólo su salvación.

¡Triste salvación la que le ofrecía un desnudo peñascal donde las olas se rompían con redoblada furia y adonde su barquilla se haría pedazos!

Pero el grumete no pensó en ello. Sólo vio que la *Gaviota,* siguiendo la dirección que llevaba, no abordaría el islote, y pasaría a pocas brazas de él, las suficientes para que se les escapara aquel inesperado refugio.

—¡Margarita!—gritó a la niña,—si quieres volver a abrazar a tu mamá, empuña la barra del timón.

La chicuela, con todas sus fuerzas,—¡míseras fuerzas las suyas!—se abrazó al gobernalle.

Alegre cogió los remos.

—¡Proa al Peñón! ¡Firme!—gritó.

Y con la energía de su desesperación, hundió las palas en el agua y comenzó a remar.

El rumbo de la embarcación se modificó sensiblemente, y la proa dirigióse recta hacia el islote.

Pero no bien hubo entrado en las rompientes, donde el mar se deshacía con fragorosa rabia, lo embistió una ola irresistible.

Alegre apenas tuvo tiempo de soltar los remos y abrazarse a su amiguita para morir juntos.

Sintió que una montaña de agua caía sobre él; que las maderas del bote crujían haciéndose astillas y que él se hundía en un abismo.

Estrechó a la niña contra su pecho prodigándole una última caricia; sintió que perdía las fuerzas, que se asfixiaba, que aquel abismo no tenía fondo, y después... después no sintió nada.

XXVI

El mar contra el tío Jorge

Serían las cuatro de la tarde, cuando el estampido de un trueno sacó a miss Fulton de un sueño delicioso.

Su jaqueca había desaparecido; pero el negro humor de quien ha perdido el tiempo en el sopor de una siesta demasiado larga, prometía tener, durante lo que restaba de la tarde, agriado como un limón el ánimo de la buena mujer.

Se restregó los ojos; se vistió con toda su flema británica, y cuando estuvo presentable echó mano al picaporte para salir. La detuvo la vista de unos objetos que regularmente nada tenían que hacer en su cuarto; sobre una silla estaban los zapatos de Margarita, que ella se había llevado a su cuarto para impedir que su linda cautiva se le escapara mientras dormía.

—¡Oh!—exclamó Nany recogiéndolos.—Aún dormirá la muy remolona.

Tabique de por medió con la suya estaba la habitación de la niña. La inglesa entró; pero con gran sorpresa halló vacía la jaula. Margarita había volado.

—Sin embargo, tiene que estar,—se dijo.--Descalza no puede haber salido; otros zapatos no se habrá puesto ciertamente: el ropero está con llave.

Buscó, rebuscó, volvió lo de arriba para abajo, y lo de abajo para arriba, y nada...

—¡Oh, Dios mío!,—exclamó profundamente escandalizada cuando se convenció de que realmente el pájaro había volado.—¡Descalza la señorita Alvarado como una chica del campo! ¡Clara! ¡Clara!— gritó llamando agriamente a la criada,—¿ha visto a la señorita?

Clara no había visto a la señorita.

—Llame usted a Susana.

Susana tampoco había visto a la señorita.

—Pregunte a Pedro, al jardinero, al cochero, a todo el mundo por la señorita.

Todo el mundo, el cochero, el jardinero y Pedro desfilaron ante miss Fulton: nadie había visto a *Flor del aire.*

Algo inquieta ya, dio orden de buscarla por el parque.

Nada; ni las huellas de sus ligeros piececitos habían quedado marcadas en la arena de las avenidas.

La tormenta estaba en lo mejor. Rugía el trueno seco, desga rrando los espacios; bramaba el viento y las olas se rompían en la playa con sordo fragor.

Aun no llovía.

La inquietud de miss Fulton aumentaba a cada trueno. Era necesario buscar a la niña; con tan mal tiempo no debía quedarse afuera.

Corrió media hora, corrió una hora entera; toda la servidumbre del castillo se dispersó por los alrededores. Nada, ni rastros.

El estupor y la inquietud de Nany llegaron a su colmo. Lo más terrible ocurríasele; pensaba que se había caído en el río o en el mar y que las olas se la habrían llevado; recordaba los raptos de niños por los cómicos ambulantes; se imaginaba el indio Venancio mascando con fruición los delicados huesecitos de la chicuela; todo era posible en aquel país; no había más que elegir lo peor.

Aquella siesta, uno de los primeros en despertarse fue el tío Jorge.

Adormilado aún, paróse en el umbral de su casa, sacó la ahumada pipa, atascóla de tabaco negro, la encendió y dio una chupada capaz de hinchar un globo. Aquello le acabó de espabilar.

Con su paso tranquilo, balanceándose como una balandra en mar picado, acercóse al muelle y respiró con delicia las ásperas emanaciones yodadas.

—¡Tromba!—gruñó fijando sus ojuelos vivaces en el nublado horizonte.—Mal cariz trae aquello; o yo no soy el tío Jorge, o antes de media hora la mar se espulga; y ¡guay! de los barcos que la racha sorprenda desprevenidos.

Un trueno dejóse oír en el lejano teatro de la tormenta, y la primera ráfaga del Sur plegó el ala del sombrero del viejo pescador.

—¡Ya está el Sur a la greña con el Norte! ¡Guay de los barcos de la costa! Por fortuna Ludovico debe estar todavía descargando en el puerto de Quequén.

El tío Jorge era el ave de las tormentas. Cuando el cielo se encapotaba, bramaba el huracán, rugía el trueno y el mar vomitaba sus turbias olas; cuando los elementos armaban zafarrancho de combate, ya el viejo marino estaba en el pico de la barranca, donde sólo alcanzaban las espumas de su enemigo, riéndose de su rabia y de su impotencia para tragarse la playa.

Aquella tarde no faltó. Odiaba al mar y quería hacerle muecas.

Una hora estuvo al borde de la barranca, mirando a la playa, nada más que a la playa azotada por las terribles olas.

¿Por qué no miró más allá, mar adentro? ¡Quizás sus agudas miradas hubieran divisado a la mísera *Gaviota* huyendo desmantelada!

¿Por qué no adivinó que el mar había tendido a su Alegre una odiosa trampa?

—¡Tío Jorge! ¡tío Jorge!—gritó una voz de la otra banda del riacho,—páseme el río, ¿quiere?

Era el hijo del jardinero del castillo.

El tío Jorge tenía dos embarcaciones, una grande y otra pequeña. Precisamente *La Pequeña* llamaba al bote con que fue a pasar al hijo del jardinero.

—¿Qué buen viento te trae por estos lados? Vosotros los de tierra adentro, sólo en días de fiesta os arrimáis al pueblo.

—Nada de buenos vientos, tío Jorge; malos, muy malos son los que me traen.

—¿Malos? ¿Pues qué hay de nuevo? ¡tromba!

—Que se nos ha perdido la chica.

—¿Que chica?

—La señorita.

—¿La hija del señor Alvarado?

—¡Sí! Hace más de una hora que todos en la quinta andamos revolviendo el mundo y no aparece.

—Pues en alguna parte debe de estar.

—Sólo nos faltan las arenas del mar por revolver.

—Malo, ¡tromba! remalo; el tiempo no está para paseítos; y si la chicuela se halla en descampado, ¡guay de la pobrecita!

—Es lo que tememos, que se haya perdido en el monte, si es que no está en el pueblo.

—En el monte puede, pero aquí no; ¿cómo iba a pasar el río la chiquilla? ¡tromba!

—¡Quién sabe!

—Sólo a nado, muchacho...

—No importa; aunque no esté aquí, los chicos de la playa pueden haberla visto, y a preguntárselo vengo.

—Eso es otra cosa.

La Pequeña había atracado ya; el del castillo saltó a tierra.

—Gracias, tío Jorge.

—Que Dios te ayude, hijo.

El mocetón fuese por un lado, y el viejo marino, después de haber amarrado el bote a popa de la *Bella Italia,* volvió a su mirador de la barranca.

Espiando el mar y alejado del mundo, el robusto viejo permaneció largo rato inmóvil como un peñasco.

Una voz lo sacó de su éxtasis. —¡Eh, tío Jorge!

—¿Qué?—preguntó volviendo el rostro: era el hijo del jardinero.—¿Conseguiste saber algo? —Nada, nada.

—¿Preguntaste a los muchachos? —Sí, a todos, uno por uno. Nadie la ha visto. —¡Tromba! Eso está malo; mira qué tarde tenemos; y la noche será peor; ¡y la pobrecilla fuera! —¡Y qué hacer!

—Pues revolver cielo y tierra y mar si acaso, y que Dios les ayude. —¿Y usted, tío Jorge?

—¿Yo? Pues yo les ayudaré en lo que gusten.

—Bueno, gracias. ¿Quiere pasarme el río otra vez?

Cuando el tío Jorge, después de pasarlo, volvió al pueblo aspirando la pipa que fumaba, oyó que Marta lo llamaba.

—Oiga, tío Jorge, ¿no ha visto a Alegre?

—¿A Alegre?

—Sí, al muchacho.

—Qué, ¿no está aquí?

—No, ha pasado la hora de la merienda, y nunca falta.

El tío Jorge frunció el entrecejo sin responder palabra. ¡Si se habría perdido también *su capitán,* como él lo llamaba!

—¿Y no sospechas, Marta, dónde puede estar?

—Absolutamente; todas las tardes sale en la *Gaviota;* pero nunca falta a esta hora.

—¡Malo!—gruñó el tío Jorge, revolviendo ideas en su cerebro.—¿Sabes que se ha perdido la niña de Alvarado?

—¿Margarita?

—Sí, Margarita; hace dos horas que la buscan, y ni rastro de ella, ni en el monte, ni en el parque, ni en la quinta, ni en la playa, y ¡qué noche la aguarda, tromba!

—¡Ay! ¡Qué dice usted, tío Jorge! ¡Los dos niños andan juntos! -¿Sí?

—Y en la *Gaviota.*

—¿Pero estás cierta?—insistió el viejo pescador guardando la pipa como quien tiene algo más grave en qué pensar.

—Segura, segurísima, tío Jorge; los chicos son buenos amigos, y todas las tardes, a la siesta, se embarcan en la *Gaviota* y se marchan río arriba; más de una vez los he espiado.

—Si están juntos, tanto mejor, Marta; pero por algo no vuelven. Alegre no es lerdo, y bien habrá visto que la tormenta arrecia. Digo, digo, ¡tromba!, que algo les pasa; habrá que irlos a buscar.

—Ludovico no está.

—Pero estoy yo; yo, que quiero al muchacho como si fuera hijo mío, ¡tromba!

—Pues entonces, pronto, tío Jorge; el tiempo está muy malo; corra a buscarlos. ¡Pobrecitos!

—Ya estoy corriendo.

—¡Que Dios lo ayude!

El tío Jorge dejó su paso habitual, y corriendo se fue hacia el muelle, haciendo crujir la arena bajo sus pesadas botas.

Pero casi al llegar moderó el paso y se acercó con cautela; dos muchachos estaban conversando, vueltos de espaldas hacia el pueblo, y él había tomado al vuelo el nombre del negrillo.

—¿Se ahogarán? ¡Alegre y ella! ¡Se ahogarán sin remedió!

—Sí, se los tragará el mar.

—Contemos entonces que han salido.

—No, porque nos castigarán.

El tío Jorge no quiso oír más. dio un salto, y atenaceando con sus dedos de hierro los pescuezos de los dos muchachos, los levantó en vilo:«¡Tromba con los pilletes!»—exclamó y metió uno de ellos en la bodega de la *Bella Italia* y procedió a interrogar al otro.

Era una medida de alta policía; había incomunicado a los cómplices.

Cuando los dos muchachos desde el muelle vieron a la *Gaviota* abandonar la playa con Alegre y la niña a bordo, formularon su inicuo pensamiento: «¡Que se los trague el mar!» Pero cuando arreció el viento y comenzaron a hincharse las olas y a rugir la tempestad, su maldad se trocó en arrepentimiento y en terror. Lo hubieran descubierto todo, pero los míseros temían el castigo, principalmente el mayor, más culpable y más avieso. El tío Jorge lo había cogido de las orejas y lo zamarreaba rudamente.

—Tú, miserable, tú sabes dónde está Alegre. ¡Suelta esa lengua, tromba!

—Yo no sé nada—dijo el muchacho sordamente; —yo no los he visto.

—¡Ah! ¿Conque no los has visto? ¿Conque sabes que andan juntos? Mira cómo te descubres, ¿eh?

El muchacho se asustó más, pero se obstinó en el silencio.

—¡ Tromba!—prosiguió el tío Jorge soltándole las orejas para agarrarle los brazos y hacérselos crujir como en un torno.—Tú los has visto, miserable; tú has visto a los dos chicos largarse a la mar en la *Gaviota,* y te has callado, porque tienes envidia de Alegre. ¡Tromba con el bribón!

El muchacho con la faz descompuesta, aguantaba el dolor; era inútil, no le sacarían una palabra del cuerpo.

El tío Jorge lo encerró en la bodega de su barco y sacó de ella al más pequeño. Aquí varió de táctica.

—Vamos, Antonio,—dijo dulcificando cuanto pudo la voz,—no te asustes, que no pienso comerte. Dime, ¿conoces a Alegre? ¡Qué buen muchacho! ¿no es cierto?

El chico asintió con la cabeza.

—Bueno, bueno; si estuvieras tú en peligro, él te salvaría; y si él estuviera en peligro, ¿no harías algo tú por salvarle?

—¡ Oh, sí, lo que pudiera!—exclamó el muchacho.

—¡Bravo, así me gusta! ¡Eres valiente, tromba! Ahora hablemos claro. Tú has visto a Alegre, has visto que se hacía a la mar en la *Gaviota;* iba con él la niña del señor Alvarado; vamos, ¿has visto lo que te digo?

El muchacho afirmó con la cabeza.

—Bueno, bueno; ahora mira el mar, ¡qué bravo está! Mira esas olas verdosas y turbias que parecen montañas de agua; mira cómo hinchan el lomo cubierto de espumas, blancas como montones de lana; mira cómo avanzan en línea, cómo vienen a romperse en la playa; escucha el fragor de la resaca. Ahora mira al cielo; mira ese escuadrón de nubes negras que el viento lleva a la desbandada: la lluvia no tardará cinco minutos en caer; mira los relámpagos, escucha el trueno... ¿Lo ves? ¿lo ves todo? Bien; entre ese cielo airado y esa mar rabiosa está Alegre, el pobre Alegre, en su *Gaviota.* ¿Sabes lo que es la *Gaviota* sobre esas montañas de agua? Una cáscara de nuez; menos aún, una paja. Ya ves que la mar se lo tragará. Dime, ¿querrías hacer algo por salvarlo?

—¡Oh, sí!—exclamó el muchacho, mirando con espantados ojos el pavoroso espectáculo que el tío Jorge le mostraba.

—¿Tú los viste salir?

—Sí, en la *Gaviota.*

—¿Qué rumbo tomaron? ¿Al Sur, al Norte, al Este?

—Hacia el Sur.

—¿Y después, cuando empezó la tormenta, los viste?

—Sí, la primera racha del Sur les arrancó la vela; pero por un retazo de lona que quedó en el palo, pudimos seguir viéndolos.

—¿Ah, pudisteis? ¿es decir, el otro bribón y tú? Bueno, di, ¿qué fue del bote?

—Yo no sé de cierto.

—No mientas, dímelo todo; quizás sea tiempo aún de salvarlos. —¡ Ojalá!

—¿Marcharon hacia el Sur?

—Hacia el Sur, no, tío Jorge; hacia el Norte.

—¡Hacia el Norte!

—Sí; y creo que han ido a encallar en el Peñón.

El tío Jorge dio un rugido.

—¡En el Peñón de las Gaviotas! ¡Pobres niños! Apenas quedarán en las olas las astillas de su bote; lo que es de ellos... Dios sabrá.

Y el honrado marino, hundiendo la cabeza entre las manos, quedóse largo rato silencioso, presa de cruel angustia.

Antonio lloraba.

Después, el viejo lobo se levantó, y sacando maquinalmente su pipa, se puso a llenarla. Mas la guardó sin encenderla y saltó a su barca.

—¡Dios querrá que no sea demasiado tarde para ayudarlos!—exclamó.

—Tú, muchacho—dijo a Antonio—dirás al que pregunte por mí que he ido a buscar a los chicos; nada más, ¿eh?

dio libertad a su prisionero, que lo miró estúpidamente, y fue a izar la vela de la *Bella Italia;* pero necesitaba un compañero para la maniobra. Volvió a tierra y fuese a buscar al pueblo quién lo secundara.

—¿A la mar?—respondían todos invariablemente, —¿con este tiempo? ¡Bah! Yo tengo cuatro hijos que mantener, tío Jorge.

—¡Es para salvar a los niños!

—No, tío Jorge, no se haga usted ilusiones; ya los chicos estarán donde Dios quiera. ¿No ve usted que es tentar al cielo largarse a la mar con este tiempo ?

—¡Cobardes!—rugió el viejo pescador, y regresó al muelle desesperado.

El tiempo urgía; cerraba ya la noche y había comenzado a llover.

—Si nadie me acompaña, iré solo,—-y se embarcó.

—Oiga, tío Jorge,—díjole alguien a la espalda.

—¡Ah, Antonio! ¿Qué quieres?

—¿Quiere que vaya con usted?

—¿Tú?—y el marino sonrió tristemente.

—Sí; ¿por qué no? Conozco la maniobra. Y aunque soy chico...

—Bueno, sube; eres un valiente; así mostrarás a esos cachalotes que un niño tiene más corazón que ellos; vamos, salta de una vez; al fin y al cabo no tienes padre ni madre que te riñan; y en cuanto a tu tío... yo me encargo de él.

Antonio había saltado ya. El tío Jorge largó la amarra, empuñó los remos y puso proa al mar.

Desde el pueblo viéronle izar la pequeña vela, y largarse bravamente sobre las ensoberbecidas olas que barrían su cubierta.

XXVIII

El calvario de Alegre

Cuando Alegre volvió en sí, sintió que el cuerpo le dolía como si le hubieran apaleado.

Abrió los ojos; todo era tinieblas en derredor; pensó que soñaba, que aquella angustia era sólo una pesadilla.

Quiso cambiar de postura, y la dureza del lecho le hizo dar un grito de dolor.

Abrió los brazos y tocó por un lado una roca áspera y fría y por el otro un cuerpo húmedo, lanudo y caliente.

—¡Tell!—exclamó acariciando al perro.

Incorporóse a medias, palpóse las ropas: estaban empapadas; llovía, pues no podía ser sino lluvia aquella agua helada que caía sobre él.

Eso lo acabó de traer a la realidad desnuda y cruel. Recordólo todo, hasta el momento en que la *Gaviota* se hizo pedazos y él se hundió, y a ese recuerdo se le oprimió el corazón.

—¡Margarita!—exclamó con un alarido de terror. —¡Margarita!

Presa de indecible desesperación, quiso levantarse: su amiguita, su tesoro, ¿dónde estaría? Recordaba que cuando la ola los cubrió, él se abrazó a la niña para morir al lado suyo, ya que así lo quería Dios. Recordaba que con ella se hundió en un abismo profundo y negro, y ahora él se sentía vivo, si no era la tumba aquel antro horrible donde estaba. ¿Y ella? ¿Qué había sido de ella?

Hizo un esfuerzo sobrehumano, y gimiendo de dolor a cada movimiento, logró ponerse de rodillas.

Viva o muerta, Margarita no debía de estar lejos; abrazados se habían hundido, abrazados debieron de haber sido arrojados a tierra por las olas.

Trabajosamente dio algunos pasos, pero tuvo que detenerse; su cabeza había chocado contra un murallón de piedra.

Desesperado, olvidando sus dolores, buscó salida por otro rumbo, y arrastrándose adelantó algún trecho, hasta que sus manos, con las que tentaba en la obscuridad, dieron en otra roca.

¡Inútil, inútil! ¿Para qué afanarse? ¿No era mejor resignarse y morir? Ya su amiguita estaría en el cielo esperándolo.

Alegre se dejó caer sobre el áspero suelo y buscó a tientas a Tell, pero Tell había desaparecido.—¡Me ha abandonado!—se dijo sollozando.

Mas no era así: Tell se había apartado pocos pasos y ladraba; al principio Alegre no supo distinguir sus ladridos de los rumores que poblaban la noche. Después los percibió claramente; y luego lo sintió a su lado.

Alegre se incorporó. ¿Qué quería decirle su perro? ¿por qué le acariciaba y se escapaba después para seguir ladrando?

—¡Me llama!—pensó Alegre.—Hay algo allí. ¿Si será Margarita?

Este pensamiento devolvióle su energía; y guiándose por los ladridos de Tell, consiguió llegar a la orilla del mar, que no distaba mucho.

Tell lo aguardaba, Tell que tironeaba por las ropas el mojado cuerpo de Margarita.

El muchacho, con triste alegría, se arrojó sobre ella, empapada por la lluvia tenaz y fría, y por las olas amargas.

Palpó sus heladas mejillas, sus cabellos pegados en las sienes, sus ojos cerrados, su boquita entreabierta...

—¡Ah, yo me moriré también, *Flor del aire!*— murmuróle al oído.

Pero era necesario sacarla de aquel lugar, fácilmente accesible a las olas.

El muchacho, cuyas fuerzas renacieron por un milagro de su amor, tomó en sus brazos el cuerpo inerte de su amiguita y fuese alejando del mar.

La oscuridad era absoluta, pero al tanteo halló un montón de algas, al abrigo de unas rocas, y allí depositó su preciosa carga.

Tell se había echado. Reclinó a la niña sobre él. y sosteniendo la blonda cabecita con las manos, clavó sus ojos en ella.

Un relámpago iluminó un instante aquel rostro cadavérico.

—¡Margarita!—gimió el acongojado niño.—Desde el cielo, donde estás, pide a Dios que me lleve; no quiero vivir sin ti.

Y como si esperase que aún muerta le contestaría, se apoyó contra aquella inerte cabecita y su impresión fue como una chispa eléctrica.

Parecióle sentir un soplo débil que se escapaba de los labios de la niña; ¿era ilusión? ¿respiraba?

Con la oreja sobre el pecho de ella escuchó largo rato.

El chasquido de las olas, el retumbar de los truenos, los aullidos del huracán, llenaban el mundo.

Y sin embargo, un ruidito insignificante, como el del volante de un reloj, perforó el inmenso fragor de aquella noche y llegó al alma ansiosa de Alegre.

—¡Vive!—exclamó al sentir los latidos del corazón de su amiguita.— ¡Vive! —repetía loco de contento, abrazándola nuevamente con alegría sin límites.— ¡Gracias, Dios mío, porque mi *Flor del aire* está viva!

Sí, la pobre niña vivía aún; pero su vida pendía de un hilo.

Hay una Providencia especial para los niños, la cual detiene en servicio de ellos, mil veces cada día, las leyes naturales. Esa Providencia cuidaba de Alegre y de su amiguita.

El primer choque contra el Peñón de las Gaviotas lo soportó el bote, y los dos inocentes náufragos, perdido el apoyo que los sostenía, se hundieron abrazados en un abismo sin escollos, en el preciso momento en que la ola, retirándose como si tomara aliento para una nueva embestida, dejaba en seco la arena de la costa.

Cuando los niños, sin conocimiento, volvieron a la superficie, Tell, con ese instinto peculiar en su raza, emprendió el salvamento.

El mar estaba en momentánea calma; y el perro asió de las ropas a los niños abrazados, y los arrastró hasta la arena.

La ola volvía mugiendo a cubrir de nuevo la costa. Tell adivinó el peligro, y haciendo esfuerzos prodigiosos, logró trasponer con su carga una línea de farallones a la que sólo llegaban las salpicaduras del agua.

Aun no estaba satisfecho de su tarea. Empleando sus últimas fuerzas, arrastró a su amo todavía más adentro, y seguro de que el mar no lo alcanzaría, echóse al lado de él para darle parte de su calor si aun no había muerto, o para morir a su lado si no iba a levantarse más.

Tell no pensaba en Margarita. Él salvó a su amo, y éste salvó a la niña por tenerla asida. Mas con los tirones bruscos del perro, la chiquilla se desprendió de los brazos de Alegre y allá quedó tendida sobre las primeras rocas, recibiendo la lluvia del cielo y las saladas espumas del mar.

Pasados los primeros transportes jubilosos, sorda angustia volvió a oprimir el corazón de Alegre. Su amiguita vivía, sí; pero estaba yerta e insensible. Era necesario hacer que la sangre circulara, para que el corazón, que latía apenas, volviera a regir la descompuesta máquina de aquel cuerpo delicado.

Bajo la lluvia que caía helada y penetrante, y a la luz de los relámpagos, Alegre emprendió la tarea de buscar entre las rocas una gruta, una simple concavidad donde guarecerse.

No era fácil. Aquellas rocas, cortadas casi a plomo, no ofrecían refugio alguno.

Había que avanzar más allá; y el valiente negrito avanzó, tanteando en la obscuridad, chocando contra las piedras, lastimándose, hasta que halló una cueva, cuyo fondo estaba cubierto de arena enjuta y fina.

Volvió en busca de su amiguita, a cuyo lado estaba Tell, levantó su inanimado cuerpo y se refugió en aquel lugar, donde por lo menos la lluvia no la molestaría.

Alegre había aprendido entre los marineros los cuidados que se deben prestar a las personas salvadas del agua, para que recobren el conocimiento.

Enjugó los vestidos empapados de la chiquilla, y comenzó a friccionar vigorosamente sus brazos y sus piernas.

Largo rato empleó en esa tarea. El había entrado ya en calor, apenas sentía las magulladuras. Pero Margarita permanecía inmóvil y yerta. Aunque las puntas de las rocas no la habían herido, por ser más débil que el muchacho, la emoción, los zarandeos de las olas, la larga sumersión en las aguas y el frío de la noche la habían aletargado.

El descorazonamiento volvía a ahogar la alegría del grumete. Impotente para reanimar a la niña, lloraba, gemía, gritaba, llamándola con los nombres más dulces y besándola.

La pobre niña realizó su sueño dorado: andar descalza como su amigo; y allí estaba con los pies desnudos y lastimados por las asperezas.

El infortunado Alegre interrogaba a cada instante el corazón de la chiquilla, ese corazón que tanto lo quería, y que parecía pronto a quedar inmóvil como el péndulo de un reloj cuya cuerda se acaba.

Pero no se dejó vencer por la fatiga. No cesó de mover los brazos de la chicuela arriba y abajo, para que su pecho se levantara y se bajara como en la respiración natural. Sabía que la muerte, en esos casos, no abandona fácilmente la presa que ya contaba segura; y que la vida sólo vuelve con lentitud y como premio de la tenacidad y de la abnegación del salvador.

¿Qué le importaba a Alegre morir de cansancio, si salvaba a su amiguita?

Por fin sintió que su corazón latía regularmente y su frágil pecho se alzaba y se bajaba por sí solo.

Margarita volvía a la vida, y con la vida de Margarita revivía su esperanza y renacían sus propias fuerzas.

Quitóse la blusa y envolvió con ella los pies de la niña que iban entrando en calor.

Pronto un hálito vital corrió por aquellos miembros ateridos, tornándolos más flexibles.

La reacción había comenzado: la chiquilla balbuceó una frase. Alegre esperó temblando aquella resurrección, y para apresurarla besó los ojos cerrados. Los ojos se abrieron y el pecho se levantó en un sollozo.

—Margarita,—murmuró el muchacho a su oído.

La niña permaneció inmóvil.

—Margarita, por Dios, habíame; *¡Flor del aire...!*

Ella sacudió la cabecita; y sus labios articularon borrosamente:

—Miss Fulton...

—¡Ahora sí que vive!—exclamó el muchacho loco de regocijo.—Margarita, habla, háblame de nuevo.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está miss Fulton?—murmuró ella.

—Miss Fulton no está aquí; pero estoy yo, Margarita.

—¿Y tú quién eres?

—¡Ay! ¡No me conoces! Alegre...

—¡Ah, Alegre!—exclamó ella.—Alegre, ¿tú aquí? ¿Qué es esto?—quiso incorporarse.—¡Ay, Alegre! —gimió—.No puedo moverme. ¿Dónde estoy? Dime, ¿dónde estamos?

El muchacho iba a contestar, pero un trueno horroroso le cortó la palabra.

La chiquilla quedóse temblando. El muchacho la habló al oído.

—Margarita, ¿tienes miedo?

—¡Oh, sí, mucho miedo!—respondió la infeliz enlazándolo con sus trémulos brazos.—Tengo miedo. ¿Dónde estamos?

—En el Peñón de las Gaviotas.

La niña rompió a llorar convulsivamente. Aquel nombre le recordó todo lo que había sucedido, hasta que la *Gaviota* se hundió con ellos.

—¡ Alegre!—dijo azorada,—me voy a morir, ¿verdad?

—No, no, yo estoy aquí contigo; y está Tell también, que nos ha salvado.

—Yo tengo la culpa, yo te hice venir. Alegre, perdóname.

Él por toda respuesta la acarició las manos heladas.

—¿Qué pensará mamá cuando sepa esto? Él no respondió, ¿qué podía decir el pobre grumete?

El viento había cambiado de dirección, impulsando la lluvia hacia otro lado. La roca bajo la cual se guarecían, dejó de ser un abrigo.

—Alegre, tengo frío...—murmuró ella.

El muchacho se levantó: su amiguita confiaba en él ¡y él podía tan poco!.... ¿Por qué era un niño cuando se necesitaba tener las fuerzas y la pericia del tío Jorge?

Se asomó fuera de la cueva, y retrocedió espantado, sintiendo que un golpe de agua dejaba en sus labios un dejo salobre.

Ésa ya no era la lluvia, era la marea que iba escalando las rocas del acantilado; era el océano que tomaba por asalto el Peñón, que los perseguía hasta su refugio, para ahogarlos allí traidoramente.

Alegre tembló de horror. Aquellos ingratos peñascales no ofrecían salvación posible: era la muerte inevitable; la muerte, siniestra, obscura y fría.

Tell también había adivinado el peligro y aullaba lastimeramente.

Sólo Margarita no lo comprendía. La inocente niña sabía únicamente que tenía frío, y pedía a Alegre que la abrigara.

Alegre, de pie, con los brazos extendidos como para conjurar la marejada, con los ojos desmesuradamente abiertos, contemplaba a la sulfúrea luz de los relámpagos aquellos monstruos obscuros, de desgreñadas melenas blancuzcas, que con sordo mugido iban engulléndose las primeras trincheras del islote.

Llegaban en escuadrones y retrocedían para avanzar de nuevo y volver a retroceder, pero ganando un paso en cada embestida.

Y Alegre los miraba acercarse, petrificado por la certidumbre de su impotencia. No podía huir: por un lado el mar cerrábale el paso; por el otro el rudo murallón de rocas, talladas a pico, que sólo las Gaviotas escalaban.

¡Cuánto había amado al Peñón en sus sueños robinsonescos, y cuán ingrato era el Peñón con él!; lo entregaba cobardemente a la mar, que lo perseguía; si el niño quería huir, le cortaba la retirada poniéndosele por delante: «Aquí estoy, de aquí no pasarás, soy aliado del mar y te odio ».

Y las olas seguían acercándose: una cayó sobre Alegre mojándole completamente; la impresión del agua fría le sacó de su marasmo.

¿Por qué aguardar la muerte estúpidamente? ¿Por qué no intentar la huida, siquiera para bregar hasta lo último? Él conocía palmo a palmo el islote; muchas veces había encontrado entre aquel laberinto de peñascos un sendero para trepar a la cima. ¿Por qué no había de encontrarlo ahora?

Vivísima esperanza se apoderó de él; recordaba, orientándose mentalmente, que del lado Sur del Peñón, donde habían encallado, un sendero serpenteante y estrecho conducía hasta un boquete, situado en la playa arenosa del Norte, par donde se podía penetrar hasta el centro de la isla.

Si, huir era la salvación o la muerte, quedarse era la muerte sin alternativas.

¡Ay! Quizás era demasiado tarde; un golpe de agua cayó sobre él; era agua del mar, amarga, amarga como su pena; después cayó otro, y después un tercero;

las olas llegaban ya al escondite donde el grumete había guardado su tesoro. Abrazó a la niña, se la echó sobre el hombro, y empezó a subir su calvario.

En aquel momento, Alegre tenía más fuerza que el tío Jorge.

XXIX

El tío Jorge contra el mar

En la Naturaleza hay un genio que se llama la Casualidad.

Sus creaciones son, en las montañas, a veces sublimes y a veces ridículas.

Al mirar aquellos desmesurados monigotes de formas estrambóticas, haciendo la caricatura de un Dios egipcio junto al perfil de un zapato, cree uno hallarse en el taller de un cíclope escultor, ciego y demente.

El martillo de ese artista son los terremotos.

En el mar, la Casualidad-genio es más delicada.

Es un Cellini que trabaja para el Caos.

Sus herramientas son los vientos y las olas: los vientos, el cincel; las olas, el martillo.

En las montañas, la Casualidad-genio trabaja por impulsos.

Si concibe la obra, la esboza únicamente; jamás la acaba.

En el mar, la Casualidad-genio trabaja eternamente, minuto a minuto, perfilando, enmendando hoy la obra de ayer.

Ni descansa ni queda jamás satisfecha.

Sólo el agua paciente, sutil y constante puede tallar filigranas.

El Peñón de las Gaviotas era una obra maestra de ese artista.

Tazón puesto boca abajo, cuarteado en la parte Norte.

Al Sur estaba entero y era inexpugnable, estupenda muralla sin andamios, sin escarpias, sin salientes, sin agujeros, sin peldaños de ninguna clase. Por allí sólo trepaban los lagartos.

Al pie de aquel murallón las olas habían labrado un palacio. Habían trabajado en él con amor; mas, como si no hubiera resultado a su gusto, lo destruyeron.

Sólo quedaban estatuas mutiladas sin pedestal, pedestales sin estatuas, capiteles sin columnas, columnas sin capiteles, trozos de escalinatas y paredes y arcos y fustes sembrados por todas partes.

Una gradería de escalones gastados por las olas contorneaba todo el islote, hasta la playa arenosa donde quedaba el boquete del murallón.

Era el camino que debía seguir Alegre; pero estaba invadido por la marea y había que subir forzosamente al atrio del palacio y buscar otra vereda entre el dédalo de escombros, resbaladizos, cubiertos de algas viscosas, únicos restos de aquel Partenón marítimo.

Era el calvario de Alegre.

Su perro iba delante y él lo seguía, fiándose más del instinto de Tell que de sus enmarañados recuerdos.

Cuando alguna columna, de pie aún, o algún lienzo de muralla se le ponía por delante, él los rodeaba, esquivando sus celadas, huyendo de las olas que lo perseguían, cayéndose, arrastrándose como un gusano cuando no podía caminar; desgarrándose las manos, los pies, las rodillas; dejando jirones de su ropa y de su carne en las aristas de las peñas; y avanzando siempre con su preciosa carga en los brazos y cuidando a costa suya que ni el más leve rasguño lastimara el delicado cuerpo de la niña.

A veces corría para ganar tiempo y tomar después algún respiro; cuando creía haber adelantado mucho, una barrera infranqueable le cerraba el paso, tenía que volver atrás, para buscar otra salida, y continuar huyendo, porque las olas conocían el camino y lo acosaban de cerca.

Así lo hizo una vez, lo hizo veinte, lo hizo cien; y había que sacar fuerzas de flaqueza, y el pobre niño, sacaba fuerzas, Dios sabe de dónde, y corría, corría con la loca esperanza de salvar a su amiguita, aun cuando él muriera delante del refugio.

Así contorneó gran parte del acantilado; así pudo llegar a la playa arenosa del Norte, donde tantas veces había fondeado su *Gaviota.*

Empero, no había concluido; le faltaba la parte más agria del calvario: había que trepar por la angosta vereda que llevaba a la cima, porque la marea seguía subiendo.

Intentó hacerlo, y le fue imposible; en cuanto sintió la blandura de la arena, se le doblaron las rodillas y cayó rendido.

Margarita que se había aletargado, abrió los ojos.

—¡Alegre! ¿qué te pasa?

—Margarita, vamos a morir.

Ella sonrió: ¿qué clase de muerte era aquélla que no llegaba nunca?

En la playa el flujo era más lento, pero más formidable; entre las rocas el agua avanzaba a embestidas: a Alegre le quedaba la esperanza de refugiarse en lo alto de un peñasco y prolongar durante algunos minutos la vida: aquí no había siquiera esa esperanza. La muerte marchaba despacio, pero infaliblemente.

La lluvia seguía cayendo en una malla cerrada, fría como hielo derretido.

El viento no amainaba.

—Tengo frío, Alegre—murmuró la chiquilla;— mucho frío.

Él no respondió; la besó en la frente, en los ojos, en los labios, con ternura desbordante; ¿qué podían hacer sus besos para devolverle el calor?

En su desamparo volvieron a mirar el cielo, y rezaron.

Mas el auxilio de la Providencia no siempre alcanzan a advertirlo nuestros ojos.

Y Alegre, que contaba con el milagro, dada su fe sencilla y candorosa, lloró como no había llorado nunca, viéndose abandonado de los hombres... y de Dios.

Margarita, temblando de frío, medió escondida la cara en el pecho de su amigo, lloraba también.

Tell era el único que erguía la cabeza, miraba las olas negras que avanzaban rugiendo, a tragárselo todo. Hubiera podido tentar la huida y salvarse en lo alto del Peñón, pero Tell no huía: su amo no lo abandonó nunca, y él no abandonaría nunca a su amo.

Alguna emanación extraña debió herirle el olfato, porque tendiendo las orejas hacia el mar, mantúvose en acecho, y arrojó por último un ladrido penetrante.

Alegre lo oyó. ¡Pobre Tell, quería avisarle, sin duda, que la ola llegaba trayendo consigo la muerte, de la que tantas veces habían escapado aquella horrible noche!

Intentó levantarse, pero estaba como entumido por la fatiga y el abatimiento. Quizás de haber tenido alguna esperanza, hubiera hecho un esfuerzo extraordinario y vigoroso para salvar a su amiguita. Mas ¿para qué cansarse, si lo mismo les aguardaba la muerte en la cima que en la playa? El Peñón era el palacio de las olas; en la marea alta las olas venían a habitarlo y lo cubrían enteramente.

Ylas olas proseguían su conquista. Era la última carga.

YTell ladraba. No eran ya los lúgubres aullidos con que en el acantilado saludaba a la muerte, no; era el toque de corneta con que avisaba que en el Peñón había náufragos a quienes salvar.

Alegre miró a su perro, y luego hacia el mar. ¡Oh, qué grito jubiloso se le escapó del pecho! —¡ Margarita!—exclamó levantándose,—¡ mira, mira allí! —¡Dios mío!

A algunas brazas, sobre las bullentes olas y moviéndose a compás de ellas, avanzaba una luz.

—¡Es una barca! ¡una barca que nos busca! Margarita, gritemos, gritemos para que nos oigan.

Los dos niños, con todas las fuerzas de sus pulmones lanzaron un grito, un grito de júbilo, de esperanza, de miedo, todo mezclado; grito que se perdió entre el grito que el mar lanzó para ahogarle.

Pero allí estaba Tell que hendía los aires con sus ladridos estridentes.

Desde la barca los oyeron y comenzaron a maniobrar para acercarse en esa dirección. Pronto se destacó en la negrura de la noche el blanco tormentín izado en el extremo del mástil; después se vio el casco de la embarcación.

Cada vez se acercaba más, corriendo carreras con las olas.

Si la barca llegaba antes, los niños se salvaban; si llegaba después las olas cantarían victoria, azotando las rocas en la última fila de trincheras.

La barca aproximábase con lentitud desesperante. Las olas avanzaban a paso de carga.

Alegre comprendió que la muerte jugaba con la vida.

Y la muerte iba ganando. Ya la primera ola había mojado los pies de los niños; era la avanzada de la gran ola.

Pero Alegre no tembló; tenía esperanza, y la esperanza le daba fuerzas.

-¡Huyamos, Margarita!- gritó volviendo a tomar en brazos a la niña.

Llegó hasta las primeras rocas y con su carga adorada comenzó la ascensión; como no podía tenerse en pié, marchaba de rodillas.

Y la ola detrás de él, lamiendo sus huellas ensangrentadas.

La barca detrás de la ola, disputándole la victoria.

Y Tell, en la playa inundada, guiando al desconocido.

Tell no sabía que el patrón de la barca era el tío Jorge.

Alegre sí; había oído un :"¡Tromba! ¡Un cuarto a babor!"

La barca, en el momento que la proa iba a alcanzar el linde de las rocas, viró cruzando de largo.

¿Se iba? ¿Los abandonaba también el tío Jorge?

No; el tío Jorge burlaba al mar. La ola hipócrita y traidora lo acercaba al islote para estrellarlo contra el arrecife cuando ella traspusiera el pórtico de su palacio.

El viejo lobo adivinó su intención, y en el momento justo, en la pulgada precisa, la embarcación viró, huyendo de las arteras caricias del mar.

La ola, despechada, volvía rugiendo: sus víctimas se le escapaban; aun necesitaba otra embestida para alcanzarlas; iba a tomar alientos.

El tío Jorge la dejó pasar, y, virando de nuevo, volvió a cruzar frente al boquete del murallón.

—¡Ahora!—gritó a los niños, que habiendo errado la senda se habían detenido temblorosos al pie de otro farallón inaccesible.—¡Ahora, tromba! ¡Al agua sin miedo!

Alegre comprendió la maniobra; era necesario obrar pronto, o la barca se les escapaba y volvía la ola.

—¡Margarita, agárrate a mí!—gritó, y se arrojó al mar.

Primero se hundió; cuando salió a la superficie, sosteniendo con un brazo a la niña, nadó desesperadamente hacia la barca; un momento creyó que iba a alcanzarla, estiró el brazo, pero la barca se le escabulló como una anguila por entre los dedos. Un golpe de mar cayó sobre él; tragó agua; volvió a salir a la superficie; lanzó un grito; cerró los ojos y comenzó a hundirse, a hundirse como la primera vez.... abrazado a Margarita.

De pronto, cuando ya lo juzgaba todo perdido, sintió que lo levantaban de las ropas y lo sacaban a la superficie; respiró con ansia y abrió los ojos: Tell era su salvador.

En tanto, la barca volvía a cruzar en busca de los niños; pasó a un metro de ellos sin verlos; Alegre lanzó un grito:

—¡Socorro! ¡Aquí! ¡Socorro!

Como entre sueños parecióle que alguien nadaba a su lado, que lo sostenían, que lo impelían, y, por último, que lo izaban.

Oyó órdenes mezcladas de trombas; soñó que cabalgaban sobre el lomo hinchado de una ola monstruosa que zamarreaba a la barca con furia, que huían de sus garras, que bailaban sobre el mar, y después, rendido por tantas emociones, perdió el conocimiento.

Estaba a bordo de la *Bella Italia.*

XXX

Al despertar

¿Cuánto tiempo pasó sin conciencia de sí mismo? Alegre habría jurado que un siglo. Marta, mirando el reloj, hubiera asegurado, con veinte minutos de diferencia, que diez horas.

Alegre soñó que estaba en el fondo del mar, en el palacio de las olas, entre pulpos y tiburones. Despertó con todos sus miembros sanos y en su camita, arrinconada en el comedor de Ludovico. Debía ser de mañana: por la ventana abierta entraba a torrentes la luz de un día espléndido, y el aire puro, y un delicioso calórenlo, y un concierto descompasado de martillazos, crujidos, ruidos de poleas, mugidos, gritos, órdenes, rumores de pueblo laborioso.

Entraba además un deseo de vivir para mezclarse en aquella actividad.

Colábase también algún rayo de sol.

Por lo demás, en el cuarto no había nadie. Nadie a excepción de Alegre, que entre gozoso y avergonzado, mostraba su carita sobre las almohadas. Mejor para él: se acordaba perfectamente de todo lo del siglo pasado, según su cronología, y del día anterior, según la de Marta, y hubiera tenido vergüenza de que alguien hubiese estado allí.

Sentíase fuerte y sano, un poco descoyuntado; sólo deseaba abandonar aquel lecho donde había dormido cien años de un tirón, tomar su desayuno y largarse al fondeadero para dar un paseíto en la *Gaviota.*

¡Ah, la *Gaviota*! ¡Pobrecita! ¡Verdad que se había hecho añicos en la tormenta!

En fin, quería levantarse para ir al campo, para estirar las piernas, para verse vivo de veras, ya que en aquella noche tan lejana había resucitado, sin morir, más de cien veces. Además, quería,—esto era un secreto,—quería ver a *Flor del aire.*

—*¡Flor del aire*!—murmuraba el chiquillo, escondiendo la cabeza entre las mantas para oír él solo aquel nombre, llave de todos los tesoros de su corazón.—*¡Flor del aire!*

¡Qué ganas tenía el grumete de ver a la chiquilla, cuyos caprichos le habían costado tan caros!

Quería verla, quería oírla, y quería perdonarla, porque ella, seguramente, cuando lo viera aparecer sin su bote, le pediría perdón.

Tenía que levantarse. Fue a arrojar las mantas, pero una mano lo contuvo.

—Quieto, Alegrito; pronto despiertas. Si pareces un pájaro; ¿qué tal te hallas?

Era la buena madre Marta, que mullía las almohadas y le acariciaba las mejillas.

—Estoy bien, sano del todo—respondió;—quisiera levantarme.

—Sí, sí, ya te levantarás, luego, aun es muy temprano; debes dormir otro poco, tienes que estar rendido, aunque no lo sientas, porque después de lo de *anoche,* que... vamos...

Alegre no tuvo tiempo de pensar en ese *anoche* que desbarataba toda su cronología, porque la sangre le quemó el rostro y sólo pudo pensar en la cara de angustia y de vergüenza que tendría en ese instante, oyendo aquellas mansas palabras de Marta.

Una carota que asomó por la ventana, una carota tosca, ruda, franca y hermosa, porque tenía de todo, cambió la situación de Alegre, sin mejorarla.

Era el tío Jorge, que entró como un huracán, pero feliz y echando trombas, que hacían temblar los vidrios.

—¡Tromba, chiquillo, tromba! Buenos días; me alegro de verte vivo, que es mucho; ¡pues no ha sido calaverada la tuya! A medió jeme estuvimos tú, y yo, y la chiquilla y Antonio de averiguar que sabor tiene el barro del fondo del mar.

—¿Antonio?—preguntó Alegre tranquilizándose.

—Sí, Antonio, que tiene más arboladura para el mar que una fragata de las antiguas.

—¿Sí? ¿Pues qué ha hecho?

—Lo que no se atrevió a hacer ninguno de esos marinerotes con más barbas que un chivo; casi nada: acompañarme para ir a buscaros, ¡tromba! ayudarme en la maniobra, ¡retromba! a bordo de una cáscara de nuez que bailaba sobre las olas de un modo espantoso ; porque eso sí, ¡truenos y relámpagos! elegisteis un día que sólo porque Dios es grande y porque Él hizo la mitad, hemos podido, no ya salvaros a vosotros, sino salvarnos nosotros mismos. ¡Tromba con las bordadas que hemos corrido! Como no sea ésta la última, ya puedes olvidarte del tío Jorge, que el

chapuzón que anoche me di por sacarte del agua no me lo daré otra vez; y gracias que Tell te sostenía; tú ya estabas tragando agua, y lo que es tu compañera, tenía más de muerta que de viva.

Alegre no fue dueño de enfrenar la lengua.

—¿Y ella?—preguntó cerrando los ojos — ¿se salvó?

—¡Claro que se salvó! Antes me hubiera ido yo al fondo que dejar a ninguno de vosotros en el agua, ¡tromba!

Y el tío Jorge lo decía así, con toda llaneza, sin fanfarronería, como quien habla de darse un baño. Era la cosa más natural del mundo el dejarse comer por los peces, todo por salvar a un par de chiquillos con quienes nada le iba ni le venía. ¡Tromba si era héroe el tío Jorge!

—La que no pude salvar fue la *Gaviota.* ¡Pobre barca! Allá andarán sus astillas golpeando los arrecifes, si las olas no se las han llevado mar adentro. Gracias a que era fuerte como un trozo de hierro, no os tragaron las olas antes de encallar; y ella ha sido la única víctima. ¡Tromba con la suerte miserable de la pobre!

Alegre habría vertido algunas lágrimas sobre el dolorido recuerdo de su *Gaviota,* si no lo hubiese atajado un alud que se precipitó en el cuarto y, pasando por encima de Marta y del tío Jorge, saltó a la cama del muchacho.

Era Tell, que no ambicionaba ni laureles ni elogios por lo que había hecho; se contentaba con las caricias que le prodigaba su amo, y con los sabrosos huesos que en la cocina le regalaba Marta.

Su gloria no le quitaba el sueño: había dormido diez horas como un justo.

Después llegó Antonio medió avergonzado. El tío Jorge, mareándole a cumplimientos, le empujó hasta la cama de Alegre, que le abrazó con la veneración con que se abraza a un valiente. Él era tan héroe como Tell.

El grumete estaba sobre ascuas; de él todo el mundo le hablaba, pero ¿y ella? El tío Jorge, al parecer, sabía poco o nada. Marta estaba en iguales condiciones.

Alegre estalló.

—Madre Marta, ¿puedo levantarme ya?

El caso era de pensarse. El tío Jorge examinó las rodillas, los pies, los brazos del niño por si había algo roto debajo de los paños de árnica que le habían aplicado; no había nada; todo se reducía a desolladuras más o menos dolorosas, pero sin gravedad.

Le dieron, pues, licencia. Bebióse una taza de leche humeante y saltó de la cama.

¡Madre de Dios! Tuvo que ahogar un grito de dolor para no alarmar a Marta: no había nada roto en su cuerpo, según el tío Jorge; según el propio Alegre, no había nada sano.

No pudo tenerse en pie y se sentó al borde del lecho; la vista se le turbaba; la habitación bailaba en torno suyo.

Marta lo dejó solo. El negrito se incorporó de nuevo, y de nuevo se volvió a sentar; estaba quebrantado, molido, descoyuntado, desollado, hecho harina, como si le hubiera pasado una locomotora con cien vagones por encima.

A la larga pudo vestirse y salió al campo, tambaleándose como si tuviera roto el espinazo.

Desentendiose de una cáfila de admiradores de doce años para abajo, que comentaban su aventura, y se acercó al muelle.

Sólo allí se convenció de que faltaba la *Gaviota;* el sitio que de costumbre ocupaba estaba vacío.

No pudo evitar las lágrimas. ¡Pobre *Gaviota!*

Se había ido sin que su dueño le prodigara una última caricia, sin que besara su borda fina. Desde que vio a Margarita se olvidó de la *Gaviota,* la *Gaviota* no se olvidó de él; tuvo celos y contó sus desventuras al río; el río contóselas a la mar, y la mar quiso vengar a su hija, y armó a los dos niños aquella mortal celada; pero la *Gaviota* no se vengó y murió salvando a su dueño. ¡Pobre *Gaviota!* Ni un remo quedaba de la amable compañera de Alegre, en otros tiempos, cuando el corazón de Alegre era todo para ella. Sobre su tumba ignorada pasarían centenares de olas, batiendo sus astillados restos y modulando su eterno *réquiem.*

El grumete miró hacia el mar; y sus ojos llenos de lágrimas creyeron ver a lo lejos la fugitiva silueta de su barquita.

—¡Adiós, mi *Gaviota!,*—exclamó saludándola, y como si en ese momento leyera las páginas todavía en blanco de su historia agregó:—¡Adiós, *Gaviota,* espérame! ¡A todos los marinos espéranos! Un día u otro será nuestro turno.

Ahora que no tenía bote y quería pasar el río para averiguar algo de su amiguita, estaba perplejo: o saltaba sobre cualquiera de los que estaban amarrados al muelle, o se echaba a nado. Entre todas las embarcaciones se destacaba la *Bella Italia. A* popa, como un gracioso apéndice, veíase la *Pequeña,* del tío Jorge: ésa le convenía para cruzar a la otra orilla.

Alegre miró si alguien lo espiaba: estaba solo. Los chicos jugaban en la playa del mar: no lo verían. Acercóse e iba a saltar, cuando alguien le detuvo por la blusa. Volvióse confuso y se encontró cara a cara con el tío Jorge.

—¡Tromba!,—gruñó el pescador.—Si no me engaño, querías largarte en mi *Pequeña* Dios sabe dónde, ¿eh? ¿Es o no cierto?

Alegre, cerrando los ojos con ese modo encantador que tenía cuando se avergonzaba, balbuceó algunas palabras de disculpa.

Pero en el adusto semblante del marino había un malicioso pliegue que suavizaba su bronca fisonomía.

—Alegre,—dijo palmeando al chico,—no te asustes, no pienso comerte, ¡tromba!; pero mira, le diré a madre Marta que estabas por escaparte de nuevo.

«¡Truenos y relámpagos!» pensó el grumete, el desagradecido grumete. Precisamente la pobre mujer habíale recomendado tanto que no fuera a ninguna parte sin pedir permiso...

—No, no se lo diga usted—suplicó.—¡Si no iba a hacer nada!

—¿Eh? ¿Cómo es eso? ¿Conque nada?... ¿Entonces crees que yo no tengo ojos? ¡tromba! Estabas por largarte en mi bote, y todavía quieres engañarme como a un bobo.

Esta vez Alegre no se enojó; estaba asustado de veras. El marino calló; había hablado con más brusquedad de lo que solía: en los hermosos ojos del muchacho temblada una lágrima...

—¡Ya lo hice llorar!—dijo para su coleto.— ¡Tromba, con el bruto de tiburón que soy yo!

—Vamos, Alegre mío, no me creas; no creas que vaya a decir nada a madre Marta. ¡Si no has hecho nada! ¿Querías pasar el río, verdad?

Alegre asintió con la cabeza.

—Bueno, yo te pasaré, aun no podrías remar; pero te llevaré con una condición. —¿Cuál?

—¿Que me digas a qué ibas?

—A nada...—tartamudeó el negrito.

—¿Cómo a nada? ¿Quieres que vuelva a empezar? ¡Si me habrás creído tonto, tromba! 0 me lo dices, o le digo yo algo a madre Marta.

Alegre no ganaba para sustos con el tío Jorge.

—¿No es verdad que ibas a la quinta?

—Sí.

—¿A saber de Margarita?

El muchacho asintió con un gesto.

—Bueno, ahora te pasaré; pero me vas a decir otra cosa, cuando estemos en medió del río.

El tío Jorge saltó al bote, seguido del muchacho; desató la amarra e, hincando un remo en tierra, hizo que la *Pequeña* se apartara de la orilla balanceándose. Era muy parecida a la *Gaviota.*

—Ahora me lo dirás; ven, siéntate aquí, a mi lado. ¿Tienes muchas ganas de saber de la chiquilla? ¿Sí? ¿Y de dónde tanto interés?

Alegre no respondió. El marino, tomándolo suavemente de la barbilla, le murmuró al oído:

—¿La quieres mucho?

El niño cerró los ojos.

—Sí, — respondió.

—¿Y ella a ti?

—Yo no sé...

—¿De veras? Me parece que sí lo sabes. Bien, bien. ¿Has visto que no te iba a comer? Además, ya lo sabía.

—¿Lo sabía usted?

—¡Cómo no! ¿Habrías corrido la de ayer si no hubiera sido por ella?

—¿Y no se lo ha dicho a nadie?

—No, a nadie, chiquillo; yo me guardo los secretos en la bodega; y allí se pudren como no los saque el dueño; y tú eres el dueño de éste.

En la otra orilla, el tío Jorge tomó de la mano a Alegre y se metió con él a través del parque, como en tierra conquistada.

Alegre, que no las llevaba todas consigo, por temor a miss Fulton, regocijóse de aquella compañía.

Atravesaron todo el parque sin hallar a nadie; cruzaron uno de los patios, y sólo cuando llegaron al pie de la gran escalera de mármol encontráronse con el hijo del jardinero.

—¡Hombre! —díjole el tío Jorge.—No parece sino que aquí no hubiera alma viviente, tan solo está todo esto; gracias a Dios que al fin se ve gente.

—Buenos días, tío Jorge,—respondió el joven al exabrupto del marinero.

—Muy buenos. Y a todo esto, ¿qué dice la inglesa?

—¡Qué ha de decir! Gruñir en su lengua cuando aseguramos que usted es un héroe.

—Y tiene razón; ¡qué he de serlo!

—Sin embargo...

—¡Psh! Lo que hice yo, cualquiera lo hubiera hecho.

—Sí; pero no halló quién lo acompañara entre los grandes.

—¡Claro! Porque nadie quiere a Alegre como yo, ¿verdad chico? Y como allí no había qué ganar... ¡tromba! Nada, nada, habladurías, muchacho; por eso me gustan los ingleses, callados como unas carpas. En fin, al grano. ¿Y la niña, cómo está la niña?

—De cierto, de cierto no lo sé; pero no creo que esté mal del todo.

¡Ay! ¿Y así, con esa cachaza lo decía? Alegre temblaba de impaciencia.

Una criada apareció en ese momento en el vestíbulo. Era Clara, una muchacha conocida del tío Jorge.

—¡Eh! ¡Clara!

—Tío Jorge, mande.

—Tú debes estar enterada. ¿Qué tal va la niña?

—Regular; hoy mejor que anoche; tenía fiebre, deliraba...

—¿Sí? El remojón, sin duda...

—Sí, el remojón y el susto, y uno que otro golpe.

El viejo marino la abordó de frente.
—¿Y no podríamos verla, yo y Alegre?

—¡Ah! ¿Conque es Alegre este chico?—exclamó Clara mirando al niño.—Mire, a decir verdad, si la niña lo viera se curaba; no hace más que hablar de él...

El corazón del negrillo hacía ¡toe, toe, toe! de pura ansiedad y con una fuerza increíble.

—¿Y no podríamos verla?—se atrevió a insinuar él también.

—¡Imposible! Miss Fulton está muy enojada; si entrases ahora sería capaz de pegarte. Y me voy, tío Jorge, me mandan de apuro. Ya les diré si hay algo: descuiden.

—Bueno, me alegro que no haya nada malo; y dile a tu desdichada miss que si ella hubiera estado anoche en lugar de Margarita, lo que es yo la dejo que se la coman los pescados, ¡tromba!

XXXI

Corazón de padre

Alegre era presa de un malestar profundo. Mil ideas tristes le rondaban.

Su amiguita estaba enferma. La pobre chica no había podido resistir, como él, los horrores de la espantosa aventura del Peñón de las Gaviotas.

En su camita ya, adonde la llevaron los denodados brazos del tío Jorge, cayó en un delirio tranquilo, anunciador de la fiebre que empezaba a arder en su cuerpo sacudido.

La noche la pasó cuidada por Clara, pues miss Fulton había cogido una terrible jaqueca, y no quiso verla.

Sólo a las nueve de la siguiente mañana, adusta y silenciosa, para marcar mejor su enojo, apareció en el cuarto de su discípula.

Hallábase ésta despierta ya, hablando con Clara de Alegre, el fiel amigo, que cien veces la había salvado en una sola noche.

—¿Y Alegre?—fue su primera pregunta cuando abrió los ojos.

—¿Y quién es Alegre?

—¡ No sabes?

—¡Ah, ya!...¿Tu amigo, el dueño de la *Gaviota!*

Clara no conocía a Alegre; oyó hablar de él la noche antes al tío Jorge. Debía ser un héroe aquel grumete, cuando así lo aseguraba el viejo pescador; pero la muchacha no estaba enterada a punto fijo de lo que valen los héroes, y se olvidó del nombre del negrillo.

—Sí, ése, el dueño del bote; sin él me hubiera ahogado, ¿sabes? ¿No lo has visto? ¿Estará sano?

Comprendió Clara el interés de la niña y aunque no sabía si el muchacho estaba muerto o vivo, no vaciló en declarar que tenía buenas noticias de él.

YMargarita se durmió otra vez con un sueño profundo.

Su inocente imaginación, no hacía más que cambiar de jaula. Volaba del mundo real al mundo de los sueños. Y ganaba en el cambio. Las realidades de sus sueños eran de oro, no como las realidades del mundo.

El sueño de Margarita era tan apacible que Clara la creyó sana del todo.

No obstante, el infalible termómetro de miss Fulton señaló un aumento anormal de temperatura. Tenía fiebre; sus mejillas encendidas y su frente ardorosa corroboraban aquella indicación.

El delirio afirmó lo mismo una hora después.

Ymientras tanto, Alegre, de vuelta al pueblo, no se alejaba del río, cual si sus ojos, dotados del don de traspasar arboledas y paredes, contemplaran a la niña en su camita de celestes colgaduras.

El tío Jorge lo dejó solo, comprendiendo lo que pasaba en el alma del muchacho, y se fue a casa de Marta. Ludovico aún no había regresado de la costa del Sur.

—Marta— dijo a la mujer de su camarada; allí tienes a Alegre fondeado en la orilla del río espiando a la casa de Margarita.

—¡Ah! ¡tío Jorge! Esa niña le ha robado el corazón. Pero no debe sorprendernos. El pobre Alegre, hasta que dio con nosotros, había vivido sin más cariño que el de su perro; con nosotros pudo resarcirse del amor de padres que le faltaba. Mas ¿y el de hermanos? ¿Qué me dice usted, tío Jorge? Todos los chicos tienen compañeros de su edad con quienes jugar y a quienes querer, hermanos unas veces, amigos otras. Alegre, no; el pobrecito no conoció hermanos ni amigos; tío Jorge, usted lo sabe: en el pueblo, entre los chicos de su estatura, no los ha encontrado, porque es más fuerte, más inteligente y más hábil que ellos, y aborrecen a Alegre. Él no los odia, porque es tan bueno que no sabe odiar; pero se ha vuelto huraño, y no se junta con nadie porque nadie lo quiere. Pero un día vio a Margarita; a la pobre le pasaba lo mismo; se aburría en su soledad, sin padres, porque los suyos apenas se acuerdan de ella; sin hermanitos, y en manos de una inglesa más desabrida que una penca. ¿No habían de quererse los dos, no bien se conocieron?

—¡Así es!—respondió el tío Jorge.

A la tarde llegó Ludovico. Venía contento porque había realizado un buen negocio.

El tío Jorge, ayudándole en la descarga, no le habló del suceso del día anterior. Se lo contaría cuando estuviera seguro de alcanzar el perdón para Alegre; empresa delicada, como que tenía que hacerle saber que la más linda embarcación de Cruz Chica se había hecho astillas en el Peñón de las Gaviotas.

Ludovico traía de regalo un corte de vestido para su mujer y un traje flamante para el negrito.

—¡Alegre, Alegre, ven acá!— gritó, creyéndole en la habitación contigua.

Pero los vidrios de la ventana retemblaron inútilmente; Alegre no estaba allí.

Sentado sobre la barranca, envidiando el vuelo de las golondrinas, que en pocos segundos cruzaban el río y el parque y revoloteaban sobre el castillo, no advirtió la llegada de la *Parma,* en que venía Ludovico.

La vio sólo cuando amarró en el muelle. Apoderóse de él un miedo cerval imaginándose el gesto airado que pondría el buen marino cuando le contaran lo de la *Gaviota,* y huyó a esconderse en el sauzal.

Entretanto el tío Jorge lo buscaba inútilmente en la costa del río o entre las embarcaciones fondeadas en el puerto.

—Por allí no está,— dijo yendo a casa de Ludovico—¡Aquí tampoco!— respondió Marta afligida.

—Se nos ha hecho humo, ¡tromba!

—Andará en la *Gaviota;* no la he visto en el muelle.

—¡Qué ha de andar en la *Gaviota,* si....! Una señal del tío Jorge le cortó la palabra en los labios.

Pero la buena mujer, estaba inquieta y era incapaz de mentir.

—¿Qué ibas a decir?— interrogó su marido, mirándola.

—¡Que ya no hay *Gaviota!*

—¡Cómo! ¿Y dónde está? ¿Qué ha sido de ella?

—Se hundió—respondió tristemente el tío Jorge.

—¿Se hundió?— insistió el pescador cerrando los puños y golpeando el suelo con su pierna de palo.

—Se la tragó el mar anoche. —¿Y quién tuvo la culpa? Marta se abrazó al cuello de su marido. —¿Me oirás? ¿Me escucharás hasta el fin? Prométemelo.

—Bueno, bueno; escucharé hasta el fin; habla.

La buena mujer habló con toda la elocuencia de una madre que quiere hacer perdonar a su hijo. De vez en cuando el tío Jorge la remolcaba. Toda la aventura del Peñón desfiló antes los ojos de Ludovico evocada por Marta y por Jorge. Algunas gotas de frío sudor corrían por la frente del marino. ¡Su *Gaviota*! ¡La niña de sus ojos!

La narradora iba a terminar; Ludovico escuchaba sin contestar; después respiró con desahogo como si le hubieran quitado una mole de encima.

—¡Eres un valiente, Jorge!—exclamó estrechando la mano a su camarada.— Gracias; sin ti no tendríamos a Alegre.

—¡Psh! Eso y mucho más lo hubieras hecho tú, de haberte hallado aquí.

—Yo sí, porque quiero al chico como si fuera hijo mío; pero tú, que no eres su padre...

—¡Oh! ¿Y crees tú que no lo quiero acaso? ¡Tromba si lo quiero!—Y estrechó en fortísimo abrazo a su amigo.

—Bueno; ahora prométeme una cosa, Ludovico.

—Sí, sí, lo que quieras.

-—Que lo olvides todo, la *Gaviota,* y la desobediencia, y que cuando venga Alegre le des un abrazo apretado y un beso en la frente.

—Bueno, bueno; así se hará; lo abrazaré y le daré un beso.

Yañadió en una explosión de ternura:

—¡Que valen una *Gaviota* ni cien a la par de mi Alegre!

—Sí, y a todo esto, ¿dónde estará el muchacho?— exclamó Marta.—¿Se habrá escondido?

—Pero ¿por qué ha de haberse escondido?

—¡Tromba! ¡Pues de miedo!

—¡Pobre chico!—murmuró Ludovico.—¡Ea, a buscarlo!

Ysalieron los dos.

Si ninguna embarcación había cruzado el río, Alegre no podía estar en el castillo. Había que buscarlo entre los sauces, ya que no estaba tampoco en el pueblo.

El tío Jorge marchaba delante envuelto en el humo de su pipa. Ludovico le seguía, hundiendo su pierna de palo en el tapiz de ramas y seroja que alfombraba la tierra y se quebraba crujiendo.

No caminaron mucho. El tío Jorge había visto algo.

—Corre, Ludovico; pero ¡tromba! no hagas tanto ruido con esa pata que el diablo se lleve.

Y, sin embargo, Ludovico no corría tan ligero como hubiere deseado.

Y valía la pena correr, porque era lindo el cuadro que contemplaron los dos pescadores a cuatro pasos de distancia. Alegre dormía, con un sueño profundo, a la sombra de un gran sauce, no lejos del río.

—Despiértalo, sin asustarlo; ¡tromba!

—¡Alegre!—llamólo el marino.

Alegre abrió los ojos, y tartamudeó con susto:

—¡Oh, usted, padre Ludovico! El marino se echó a reír.

¡Era posible! ¡Se sonreía! ¡No estaba, pues, enojado!

—¿Y nada me dice?—murmuró Alegre—¿Sabe lo que ha pasado?

—Sí, sí, pero y ¿qué quieres que te diga, hijo mío?

—¿Entonces me perdona?

—¡Ya lo creo que te perdono!

¡Y aquello no era sueño! ¡Era padre Ludovico en carne y hueso!

—Pero di—prosiguió el pescador—¿por qué no me abrazas como acostumbras cuando vuelvo de viaje? ¿Por qué tienes miedo?

Alegre tendió los brazos exclamando:

—¡Qué bueno es usted!

fue fortísimo el abrazo, y dulce, muy dulce, el beso del perdón.

Ludovico decía para sus adentros: «¡Qué valen una *Gaviota* ni cien a la par de este buen chico!»'

—¡Nada, tromba!—dijo el tío Jorge, que con las manos en los bolsillos y la pipa en la boca se marchaba satisfecho.—Vamos al trabajo, porque en mi casa no sello plata. La que tengo, la ganan mis brazos, ¡tromba! y ya he perdido bastante tiempo con estas maniobras.

XXXII

Flor del aire

Una mañana el tío Jorge llamó a Alegre.

—Oye, grumete,—le dijo golpeándole el carrillo. —¿Qué dirías si te ofrecieran otra *Gaviota*?

Los ojos del muchacho brillaron un instante, sólo un instante, porque en el acto se apagó ese súbito fulgor de alegría.

— No la podría aceptar,—respondió.

—¿Que no? ¡Tromba! ¡Y yo que me creí que le darías las gracias a quien tal hiciera!

—Sí, le daría las gracias; pero no aceptaría.

—¿Y por qué?

—Para que no se me hundiera como la *Gaviota.*

—¿Y por qué había de hundirse?

—Porque yo tengo muy mala suerte.

—¿Tú? ¡Hombre, yo habría jurado lo contrario! Pero, en fin, suponiendo que se fuera a pique por culpa tuya, ¿para qué crees tú que se han hecho las embarcaciones? ¿sino para hundirse cuando les llega el día, como los hombres para morirse en su hora?

Alegre meneó la cabeza indeciso.

—¿Y si el tío Jorge, si yo, que tanto te quiero, te ofreciera otro bote?

—¡Eso no es posible, tío Jorge!

—¡Pero qué testarudo eres! ¡Nada quieres creer! Precisamente allí está *La Pequeña.* ¡Si te gusta te la doy!

Alegre sonrió.

—¡Vamos! Está visto: sí la quieres; desde hoy es tuya.

Alegre fijó sus asombrados ojos en el sonriente rostro del marino.

—¿Aceptas? ¿sí o no? —Sí,—murmuró el chico.

—Bueno; ahora me das un abrazo fuerte, bien fuerte, y quedamos a mano.

El tío Jorge se agachó y el grumete rodeó con sus brazos el cuello del marino y besó aquella frente paternal que habían besado los soles y las brisas de muchos mares.

El viejo lobo, con dos lagrimones de ternura y de contento, iba a marcharse dejándolo en posesión del bote; pero dio media vuelta.

—Yo la llamaba *La Pequeña,* pero tú puedes elegir otro nombre mejor.

—Sí, sí; déjeme hacerlo, ¿quiere?

—¡Vamos a ver! ¿qué nombre vas a ponerle?

—Flor del aire.

—¡Flor del aire!... ¿Por qué así?

—¿No le gusta? Entonces dejémosle el que tiene.

—No, no es eso: es un lindo nombre el que dices, pero ¿por qué prefieres ése, que nada tiene que ver con un bote?

—Si no le gusta.. .

—¡Tromba con el chico! Te digo que sí; pero ¿por qué lo quieres llamar de ese modo? —¡Ah! Por... Margarita.

—¿Y que así se llama ella?

—No, pero podría llamarse, ¿no le parece?

Y los ojos de Alegre buscaban la respuesta en el rostro del marino.

—¡Ya lo creo! Podría llamarse; podría, porque la chiquilla es linda y graciosa como una flor del aire. Conque ya está bautizada tu segunda *Gaviota;* su nombre le traerá suerte. ¡Ah! dime, ¿cómo te llama a ti Margarita?

—¿A mí? Alegre, no más. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Para bautizarla con tu nombre a mi *Bella Italia.*

—No, no se lo cambie usted.

—Bueno, le dejaremos el que tiene, que me recuerda esa tierra querida que Dios sabe si volveré a ver. Hasta luego, chico, y no dejes que la mar te juegue otra broma como la pasada.

De nuevo la felicidad volvía a henchir el corazón de Alegre. Privado de su *Gaviota,* parecíale hallarse varado en la arena. El tío Jorge le regalaba una segunda *Gaviota;* ahora podría cruzar muchas veces el río, para saber de su amiguita, sin pedir permiso a nadie y, sobre todo, sin descubrir el misterio de su corazón, que él creía impenetrable.

Dos días había pasado sin ir a la quinta; no dos días de veinticuatro horas, sino de cien años cada uno, tanta era su impaciencia para volar a la otra banda.

En cuanto se vio solo, corrió a *La Pequeña,* saltó a ella, acarició sus bordas, pintadas de un hermoso color gris, que la hacían parecerse a la *Gaviota,* y le habló.

—Ahora, *Pequeña,* eres mía, porque el tío Jorge, el querido tío Jorge quiere que lo seas; ahora eres mía y de Margarita; ahora no te llamarás *Pequeña,* sino *Flor del aire,* como ella; debes estar contenta con tu nombre: tú serás buena con tu dueña, y cuando naveguemos en el riacho los tres, con Tell, irás tan linda y tan veloz como la Gaviota.

Alegre de un golpe de remos se apartó de la orilla.

Flor del aire en el agua era tan gallarda y ligera como la *Gaviota.* Su joven capitán la contemplaba orgulloso. ¡Qué contenta se pondría Margarita cuando la viera! ¡Cuántos paseos darían cuando estuviera sana del todo! Eso sí, jamás se acercarían a la mar, pérfida y cobarde, que a no ser por el tío Jorge los habría engullido. En adelante siempre andarían en el río y siempre con permiso de padre Ludovico y de miss Fulton.

Alegre estaba seguro de conquistar la amistad de la Nany a quien ofrecería llevarla de vez en cuando en la *Flor del aire.*

Pensando así, llegó al fondeadero del *Relámpago.*

Amarró su bote y se internó en el parque. Existía una verja alrededor de la casa; la puerta de hierro estaba cerrada. Alegre se detuvo, trémulo de emoción, pensando que de repente iba a divisar a Margarita, jugando y sana ya, como él.

Mas nadie andaba por allí, y el parque y el castillo estaban silenciosos.

¿Qué hacer? ¿Saltar la verja, forzar la entrada como un ladrón o volverse, sin noticias, por donde había venido?

Alegre esperó un largo rato y de repente vio pasar a Clara y se animó a llamarla por su nombre, pero anteponiéndole un dictado respetuoso para ganar la voluntad de la muchacha. —¡Señorita Clara!

—¡Alegre!—exclamó ella al verlo.—¿A que sé a lo que vienes? —¿A qué?

—A preguntar por Margarita, ¿no es cierto? —Sí, naturalmente, a eso. ¿Está ya bien del todo?

—Del todo no; pero le falta poco. —¿Entonces, podré verla? —¿Eres muy amigo de ella? —Sí.

—¿La quieres mucho?

—¡Oh!—respondió el grumete confuso.

—No tengas vergüenza, no te descubriré.

—Sí, sí, mucho.

—¿Y ella a ti?

—Yo no sé.

—Pues yo sí lo sé.

—¿Usted?

—Sí, yo. ¿A que no adivinas cómo lo he sabido? —¿Cómo?... Yo no sé adivinar. —Ella me lo dijo. Estaba dormida y deliraba y hablaba, en sueños, de su amiguito. —¿De quién?

—¿De quién había de ser sino de Alegre? ¿Lo conoces?

Alegre sonrió.

—¿Pero usted no se lo contará a nadie?

—Si tú no quieres.

—No; ni yo ni Margarita.

—Entonces no lo contaré.

—¿Y no podré verla?

—Es muy difícil; está delicada: quizás le haría mal.

—¡Al contrario! ¡Sanaría! —¿Cómo lo sabes? —Digo... me parece. —¿Y por qué te parece?

—Porque si yo estuviera enfermo y ella fuera a verme, yo sanaría,—respondió Alegre ingenuamente.

—Sí, sí; yo también lo creo; pero es que ahora está Nany en su cuarto. Miss Fulton dijo anoche que si te encontrara te sacaría los colores a la cara, si es posible que puedan verse, porque ... vamos, no te avergüences, Alegre, eres morenito, pero lindo de veras.

—¿Y dijo eso delante de Margarita? —No; me lo dijo a mí sola. —¿Y no podré verla después, cuando usted esté con ella?

—¿Tienes muchas ganas de verla? ¿Y si no la vieras más? —¡ Cómo!

—Si ella se fuera a Buenos Aires. —¡Ay, Dios!

—No, no se irá—se apresuró a decir ella viendo el desconsuelo del muchacho. —Acércate por aquí mañana a las ocho y la verás; a esa hora estoy sola con ella y te dejaré entrar. ¿Vendrás? A las ocho, ni antes ni después.

—¡Oh, sí! ¡ Qué buena es usted!

—Me alegro; adiós, hasta mañana no faltes; me voy porque tengo muchos quehaceres. ¡No faltes!

¡Que no faltara, cuando sólo la esperanza de verla lo llenaba de alegría, de una alegría ruidosa que estallaba en gritos y carreras a través del campo!

Su *Flor del aire* lo esperaba. ¡Su *Flor del aire*! ¡Cómo se encantaría Margarita cuando al día siguiente le contara la historia de ese nombre!

El capitán Alegre embarcóse, y como soplaba una dulce brisilla desplegó la blanca vela del bote y se dejó llevar mecido por los recuerdos de aquellos días en

que los dos, sin más testigos que Tell, se contaban lo que las mariposas pueden contar a las flores.

XXXIII

El último beso

Cuando Alegre volvió al fondeadero, encontróse al tío Jorge, que con dos hombres de tierra adentro se embarcaba en la *Bella Italia.*

—¡Eh, capitán! ¿cómo se porta tu cáscara de nuez?

—¡Es preciosa, tío Jorge! Mejor no podría ser, ni soñada.

—¿Sí? Me alegro: así sentirás menos tu *Gaviota,* y además conviene que los regalos salgan al gusto de uno, ¡tromba! ¿No quieres venir con nosotros?

—¿Y adonde van?

—A cortar leña; volveremos a la tarde; cuestión de pocas horas.

—¿Y podré ayudarles?

—Si ése es tu gusto, aunque no han de estar tus ensambladuras bien calafateadas todavía. Sube, muchacho; por Ludovico y Marta no te aflijas: precisamente me encargaron que te llevara; ya van para cuatro días que no sales del muelle...

Alegre saltó a bordo.

El foque y la vela mayor de la *Bella Italia* se dieron al viento, y la embarcación echó a navegar río arriba y llevándose a remolque el bote de Alegre.

Una de las industrias del tío Jorge era la corta de la leña con que abastecía el pueblo.

De cuando en cuando iba con dos o tres leñadores que conocían bien la comarca. Fondeaban en la costa, a algunos kilómetros de Cruz Chica, donde el monte era más espeso. La corta se hacía en la orilla, lo más cerca posible de la embarcación, para ahorrarse el trabajo de traer la leña de larga distancia.

El tío Jorge, como casi todos los del pueblo, era medió anfibio: manejaba el remo como el mejor remero del mundo, y revoleaba el hacha como el más diestro leñador.

Alegre más de una vez lo había acompañado. También el negrito cortaba leña que daba gusto verle; pero aquel día, con las reliquias de la noche del Peñón, no estaba para tales hazañas. Tampoco el tío Jorge lo hubiera dejado. Gracias que le permitiera guiar la embarcación, lo que el muchacho hacía como un marino experto y que cuando llegaran al monte le prestara una hachita marinera para cortar las ramas flojas.

¡Qué contento iba ese día con la esperanza de ver a su amiguita en la mañana siguiente!

El tío Jorge no dejó de notar el cambio.

—¡Bueno!—se dijo el pescador.—Ya despejan las nubes; buen tiempo, ¡tromba!

El joven timonel miraba al lobo de mar, que a su vez lo miraba a él.

—¿Qué te parece el día?—le preguntó el tío Jorge.

Cuando no se sabe cómo romper una conversación, se comienza hablando del tiempo. Pero aquella vez la pregunta del marino no carecía de intención.

Alegre paseó la vista por el cielo. Estaba profundamente azul, aunque manchado a trechos por nubes descabelladas que estiraban las greñas hacia un punto misterioso del espacio. Un sol radiante, orlaba de plata los bordes de las nubes.

—¡ Espléndido!—respondió Alegre.

—¡Ah! ¿Espléndido? Ya sabía que dirías eso: y yo no diré lo contrario; pero no te fíes: esta noche, con día espléndido y todo, tendremos fiesta.

—¿Sí? ¿Y por qué dice que sabía lo que yo iba a contestar?

—¿Estás alegre, no es cierto?

—Sí.

—Mucho, ¿eh?

—Mucho, si usted quiere.

—Pues ahí está la causa; por eso pensé que el día te iba a parecer espléndido. Apuesto lo que quieras a que esta mañana no pensabas lo mismo; y es que estabas triste.

Y era verdad. El tío Jorge tenía buen olfato.

—¿Y qué me dices de tu amiga? ¿La has visto?

—Dicen que aun no está bien—respondió el muchacho;—pero todavía no la he visto.

—Eso le haría a ella más bien que las medicinas.

—Pero la voy a ver pronto. —¿Cuando? —Mañana.

—¿Y le darás recuerdos de mi parte? La he visto pocas veces, y la quiero, porque es tu amiga y te quiere a ti.

—Le llevaré sus recuerdos, tío Jorge.

—Aunque dudo, ¡tromba! que ella sepa algo de mí.

—Tal vez no lo conozca, o no se acuerde de haberlo visto, pero yo le hablaré de usted, le diré que usted la salvó y me salvó a mí; ella lo querrá como lo quiero yo, y después, cuando esté sana, algún día pasearemos los tres en la *Bella Italia* o en la *Flor del aire.*

—¿Sí?—preguntó el tío Jorge con tal gesto de duda que hizo impresión en el entusiasmado Alegre. —¡Ojalá Dios te oiga!

—¿Pero usted no cree que sanará pronto?—se atrevió a preguntar él en voz baja.

—No es eso; al contrario, quizás esté sana ya; no era el mal para tanto; y me alegro, porque si por mí fuera y lo necesitara cualquiera de vosotros, el cuero me sacaría yo para cubriros, ¡tromba!

—¡Oh, gracias, tío Jorge!

La *Bella Italia* no perdía tiempo. Corría dejando atrás aquellos paisajes tan conocidos de Alegre. Mientras más avanzaba, mayores dificultades iba encontrando. Ya era un banco de arena, ya un islote, de los que estaba sembrado el cauce; a veces algunos árboles arrancados por las crecientes o los huracanes y arrojados en el río. Pero siempre el tío Jorge, que había tomado el timón, buscaba un paso y lo encontraba.

Poco más allá no fueron ni los árboles, ni los bajíos, ni los islotes los que les cerraron la marcha. fue el mismo río, cuyo caudal había disminuido a tal extremo, que la *Bella Italia* no encontraba bajo la quilla más de un pie de agua.

No era posible ni necesario avanzar más; el monte allí era espesísimo; dos caballos matalones aguardaban a los leñadores. Así la tarea de llevar a la orilla la leña cortada sería más fácil, y el cargarla asunto muy sencillo. Un chicuelo prevenido por ellos realizaría la tarea.

La *Bella Italia* se acostó a la ribera y todos echáronse a tierra provistos de sus hachas.

Pronto el silencio del monte se pobló con el rumor de los hachazos. De cuando en cuando oíase la agria protesta de algún gigante de la selva, que se derrumbaba crujiendo de dolor; y allí de Alegre, que se entregaba con fruición a mutilarlo con la hachita, privándolo de aquella ramazón que fue pompa y orgullo de su vejez.

Aquella tarde el monte pagó su pesado tributo al tío Jorge, que con una docena de golpes abatía un algarrobo.

A cosa de las cinco de la tarde, bien cargada de leña, con viento fresco y ayudada por la corriente, la *Bella Italia* emprendió el regreso.

El descenso se hacía rápidamente, cosa que no disgustaba a Alegre, impaciente por llegar a Cruz Chica.

Aun cuando faltaba mucho, las miradas del muchacho estaban fijas en el castillo, cuya arboleda se divisaba ya. Algo extraño debió ver, porque yendo a popa, donde estaba el tío Jorge, le dijo:

—Usted debe tener buena vista, ¿no?

—No tanto como la tuya; tú eres joven y yo soy viejo.

—Sin embargo, no alcanzo a distinguir aquello—y señaló hacia el parque;—eso blanco, extendido a lo largo del río. Parece un barco.

El tío Jorge miró en la dirección indicada frunciendo el entrecejo y sombreando sus ojos con la mano.

—¿Qué es?

—No veo bien; pero de verdad, parece la proa de un buque.
Entregó el gobernalle a Alegre y se paró.

—¡Tromba! ¿Sabes que es el *Relámpago*?

—¡El *Relámpago!.*—exclamó el muchacho parándose también —¡Tiene razón, es el vaporcito! ¿Y a qué vendrá?

—Hombre, no se me alcanza, quizás... Vamos, no sé nada.

—¿Nada, nada?

—De cierto nada. Quizás haya venido a traer a la señora de Alvarado.

—¿La habrán dicho que Margarita está enferma?

—No lo creo; la cosa no es para tanto.

—¿Y no habrá venido a llevársela?

El tío Jorge estuvo a punto de largar un «precisamente es lo que temo», pero se contuvo al observar la ansiedad con que el chico esperaba la respuesta, como la de un oráculo.

—No, no es posible—respondió;—el aire del campo y más aún el del mar, son los mejores médicos que yo conozco; ni en Buenos Aires los hay iguales.

No tardó mucho la *Bella Italia* en pasar frente al *Relámpago,* amarrado al muelle. Nadie había en la orilla del río, y a bordo sólo un marinero, que bruñía los bronces.

En cuanto la embarcación atracó al muelle de Cruz Chica, Alegre saltó en su bote y se disponía a cruzar el río, cuando oyó que lo llamaban. Era Antonio que venía corriendo.

—¡Alegre! Hace una hora que te buscan.

—¿A mí?

—Sí; no podía hallarte; en tu casa me dijeron que estabas en el monte.

—¿Y para qué me buscabas? —Yo, para nada...

—¿Y entonces?—preguntó impaciente el muchacho.

—Te busca Clara.

—¿Quién es Clara?

—La mucama de Margarita.

—¡Ah! ¿Y hace una hora?

—Sí; tal vez más; y eso que me encargó que te lo dijera pronto...

Flor del aire partió con su capitán, y en un instante alcanzó la otra orilla. Y, sin embargo, era lerda al lado del pensamiento de su dueño, que había hecho ya cien mil leguas de conjeturas, llenándose de temores.

Esa tarde, cuando los rayos del sol entraban de lleno por la ventana del cuarto de Margarita, llenándolo de luz y de alegría, incorporóse en el lecho. Cualquiera la hubiera creído sana.

—Clara... —dijo; pero un estridente silbido que venía de afuera le cortó la palabra.

—¿Qué es eso?

—No sé; parece la sirena del *Relámpago.*

Era el vaporcito que llegaba a toda máquina.

—¿Entonces, vendrá mamá?—preguntó la niña llena de alegría.

—Puede ser; no te muevas; espérame, voy a ver.

Margarita cerró los ojos y reclinó su rubia cabecita sobre las almohadas, mientras en sus labios aleteaba una sonrisa. Su mamá venia, estaba segura, la iba a ver después de tanto tiempo de ausencia; la esperanza la halagaba dulcemente y cerraba los ojos para que fuera el hermoso rostro de su mamá la primera cosa que vieran al abrirse.

Algunos minutos pasó así; cansada ya de estar en voluntarias tinieblas y temiendo dormirse, iba a abrirlos a hurtadillas, pero la detuvo el ruido de unos pasos. La puerta giró en sus goznes.

Entonces ella abrió los ojos y miró. Era Clara y nadie más.

—¡Oh! —exclamó con un mohín de disgusto. —¿Y mamá?

—No ha venido; creí que estabas durmiendo.

Margarita tuvo vergüenza de confesar su inocente juego.

—¿Y por qué está ahí el *Relámpago!* —Ha venido a llevarte para que te vean los médicos. —Pero si estoy casi sana. —Mejor, así curarás del todo. —¿Y cuándo me lleva?

—Mañana a las ocho; miss Fulton escribió a tu mamá; pero como ella no quiere volver a Cruz Chica, ha mandado el vapor.

—¿Y por qué no ha venido ella?

—Tonta; mañana es Carnaval; tu mamá no querrá perder los bailes.

Margarita cerró los ojos. Aquella diversión que le robaba a su mamá, parecíale un insulto: ¿acaso no valía ella más que todos los carnavales del mundo?

Sintió en el pecho un desgarramiento como si el alma se le rompiera con la ilusión de ver a la madre adorada. Sus lindos ojos se llenaron de lágrimas.

Clara comprendió el mudo lenguaje de aquel llanto.

—Dime, Margarita, ¿no te quieres ir? La niña pensó en Alegre y nada respondió. —¿No te gustaría? — insistía la criada. —¿Por qué no te había de gustar?

—Pero si yo no he dicho nada.

—Dime la verdad; si ahora mismo quisieran llevarte, ¿irías contenta?

Esto era lo más difícil de responder, porque tenía vergüenza de que descubrieran el tesoro que guardaba en el corazón. Había podido preguntar por Alegre tres días antes, cuando aun le duraba la emoción de la tremenda noche; pero ahora no se atrevía ni a nombrarlo, y sin embargo... se rindió. Hizo señas a la criada para que se agachase y le dijo al oído:

—Quisiera ver a Alegre antes de irme.

—¿De veras? Pues me lo hubieras dicho antes.

—Es que como mañana me voy...

—¿Entonces, lo hago venir ahora mismo?

El brillo que adquirió la mirada de la niña y el carmín que le tiñó la frente respondieron mejor de lo que hubiera respondido ella misma.

Clara comprendió aquello. Recomendó que se estuviera quieta para que a miss Fulton no se le ocurriera acercarse, y corrió a hacer llamar al muchacho.

Del otro lado de la verja, en el parque, Antonio conversaba con Andrés, el hijo del jardinero.

—Antonio ¿quieres hacerme un favor? —preguntó Clara.

—Lo que usted quiera.

—Corre al pueblo y busca a Alegre; y dile que lo llamo yo, que venga pronto, que es de apuro.

El chico, ilusionado con la esperanza de alguna recompensa, no se hizo repetir el mensaje y corrió a llevarlo.

Clara volvió al lado de Margarita. La chicuela, estirándose cuanto pudo, había tomado un espejito del tocador y se estaba pasando un peine para domar la

deliciosa rebeldía de sus cabellos de oro. No quería tener cara de enferma al despedirse de su amigo.

Clara descubrió los ardides de su inocente coquetería; la niña, avergonzada, dejó el espejo.

—Lo hemos mandado llamar, — anunció la criada. —¿Y vendrá? ¿no lo atajará Nany? —Nany no lo verá entrar. —¿Pero vendrá pronto?

—Si se lo dicen pronto, estará aquí al momento.

Clara se arrimó a la ventana para espiar la llegada del muchacho; Margarita quedó mirándose en el espejo a hurtadillas y temblando de emoción a cada ruido de pasos.

¿Vendría o no?

¡Oh, Alegre, si supieras con qué ansiedad te esperan, pedirías alas a las golondrinas!

Pero los minutos corren, y tú, Alegre, no llegas, y ella espera y tiembla, y su corazoncito palpita con fuerza al solo pensamiento de que los pasos que se oyen en el jardín sean los tuyos.

No, no son los tuyos, porque el rumor de tus pasos no se siente; tú eres un pobre grumete y los grumetes van descalzos.

Y los minutos volaban y se juntaban formando cuartos de hora, y los cuartos de hora iban cayendo en el pasado, y se acercaba el momento en que miss Fulton vendría a la habitación de la enfermita.

Quizás el mensajero no había cumplido su misión. Pero no; tras media hora larga apareció Antonio, jadeante.

—¿Le diste mi mensaje? — preguntóle ansiosa Clara.

—¡Si no pude encontrarlo! —¿No? ¿Y dónde está? —Se ha ido a cortar leña. —¿Y volverá? —Sí, pero a la noche.

Clara miró a Margarita. La niña había quedado desolada; un gesto de decepción plegaba su boquita graciosa.

Antonio salió, y fue a esperar a Alegre en el fondeadero.

¡A la noche, había dicho Antonio, a la noche! Entonces Margarita no lo vería. A esa hora miss Fulton estaría leyéndole sus interminables *Adventures of the Vicar of Wakefield,* y al día siguiente, muy de mañana, se iría quizás para siempre... ¡ay! sin verlo. Ahora sí que podía medir lo que quería al lindo negrito a quien iba a dejar, para no volver nunca más a verlo.

La niña ocultó la cara y se puso a llorar. Clara intentó un consuelo.

—Parece que hoy no vendrá miss Fulton.

—Pero más tarde sí.

—¡Quién sabe! Ya es casi de noche, el sol se ha puesto; y si Alegre hubiera vuelto, podría hacerlo llamar.

—Anda, Clara, que lo busquen y le digan que mañana me llevan.

No dijo más; llamaban a la puerta; ya no era tiempo; miss Fulton venia.

Pero no era miss Fulton. Margarita casi dio un grito: era Alegre, que llegaba fatigado por una impetuosa carrera.

—¡Alegre, hace una hora que te esperamos!

El muchacho entró azorado, sin ver bien en la penumbra de la habitación. Clara, para precaverse de cualquiera visita intempestiva, corrió por dentro los pasadores de las dos puertas.

—¡ Alegre, aquí estoy! —exclamó Margarita incorporándose a medias.

El chico, aturdido por aquella inmensa felicidad, se acercó vacilante y se sentó al lado de la cama, estrechando entre sus manos amorosas las lindas manitas de su compañera de aventuras.

Alegre tenía mucho que contarle, y precisamente por eso las palabras se le atragantaban y no salían. Clara lo ayudaba de citando en cuando. Por fin anduvo solo y empezó la historia de *Flor del aire.*

Pero de repente se calló todo tembloroso. Alguien había llamado a la puerta de un modo particular.

—¿Quién será? — murmuró Clara, temiendo siempre a la inglesa.

Yseguían llamando; no golpeaban, arañaban. ¿Quién sería?

— ¡Si es Tell! — exclamó Alegre —¡Lo hemos dejado fuera y quiere entrar!

Abrieron la puerta y se precipitó Tell en el cuarto, volando a recibir las caricias de su linda rival, a quien iba queriendo como a su amo.

Y Alegre pudo entonces continuar su historia, la historia de *Flor del aire.*

—¡Qué bueno es! —se decía la niña bañando con los rayos de sus ojos incomparables el rostro de su amigo, iluminado de lleno por la lámpara que acababan de encender.

Le tocaba el turno a Margarita. Muy tristes eran las cosas que ella le tenía que contar; se iba para siempre a Buenos Aires a la mañana siguiente,

—¿Te vas? ¿de veras?

—Sí, Alegre; mañana muy temprano. —¿Y ya no te veré más?

—Yo no sé; si volviéramos; pero mamá no quiere volver a Cruz Chica.

—Se aburría, ¿no es cierto? —indicó amargamente el muchacho.

La niña no respondió. Los dos quedaron en silencio.

Alegre estaba anonadado. Sabía muy bien que Margarita no viviría eternamente allí, que alguna vez había de irse a Buenos Aires, pero jamás se puso a pensar en ello por no amargar su dicha. ¡Y ahora se la arrancaban, de pronto!

¡Pobre Alegre! Se quedaría solo. Comenzaría de nuevo aquella existencia vacía de afectos ardientes, él, cuyo corazón tenía todo el fuego de los soles africanos. La perdía y para siempre; no oiría su voz cariñosa, ni volvería a mirar sus incomparables ojos azules... Él vivía tranquilo antes de conocerla. ¿Para qué la conoció si se la habían de quitar? ¿Cómo iba a vivir lejos de ella?

De pronto levantó la agobiada cabeza como si una extraña resolución se hubiera apoderado de él.

—¡ Margarita!

—¿Qué quieres?

—¿En tu casa no necesitan un sirviente? —No sé; yo creo que no; ¿por qué me lo preguntas?

—Porque... Margarita, yo no quiero dejar de verte; yo quisiera vivir siempre a tu lado, porque si no te viera me moriría; quisiera... ser sirviente de tu casa...

—¡Alegre! —exclamó la niña horrorizada, —Sí, quisiera serlo.

—Pero entonces yo no podría jugar contigo; mamá no quiere que juegue con los sirvientes.

—No importa, Margarita; aunque no me quisieras más; yo te querría siempre, siempre como ahora; y sería feliz con tal de verte todos los días.

—No, no; yo no te olvidaría, Alegre; pero mamá...

Lo que Alegre pensó responder no lo pronunciaron sus labios. Habían levantado el picaporte de la puerta que daba a la habitación de miss Fulton, y una voz colérica decía:

—¿Qué es esto? ¿Por qué está trancada esta puerta?

—¡Miss Fulton, Alegre! —balbuceó apenas Margarita.

El muchacho se levantó de un salto. Clara abrió la puerta del vestíbulo.

—Anda, Alegre, vete pronto —le dijo. —¡Se va armar una... si te pillan!

El muchacho se inclinó hacia su amiguita.

—Adiós, Margarita, —díjole.

—Adiós, Alegre, —respondió ella con una voz dulce como una caricia.

Sus dos cabecitas se juntaron, besándose en silencio, y Alegre salió de puntillas de la habitación, seguido de Tell, para quien no hubo ni una caricia, porque no había tiempo; miss Fulton forcejeaba:

—¿Qué es esto, Clara? ¡Abra pronto!

XXXIV

Los cirros

¡Qué noche aquella! Los habitantes de Cruz Chica, los marinos más viejos, escudriñando en los rincones de su memoria, no recordaban otra tan terrible.

Al caer la tarde, los primeros hálitos del viento sur habían empezado a agitar la atmósfera; horas después sólo se escuchaban los medrosos silbidos del huracán, que desgajando los árboles del monte y alzando montañas de agua en el mar, corría vertiginosamente hacia el Ecuador.

Las barcas del fondeadero, sujetas por dos amarras, se habían balanceado toda la noche, aflojando las ensambladuras y los mástiles, y en el casco de más de una de ellas se abrieron vías de agua.

Las casitas del pueblo también habían temblado ante las caricias del pampero. Sus moradores, desvelados, aguardaban ansiosos la luz del día para reconocer los perjuicios que habría causado en sus bienes. Sólo Alegre, el pobre Alegre, durmió tranquilamente en su cama abrigada, seguro como un pájaro en el nido.

Al acostarse, pensando en que al día siguiente el *Relámpago* se llevaría a Margarita, lloró un poco, mas acabó por quedarse dormido, soñando con ella.

Se levantó al amanecer, muy temprano y fue a dar una vuelta por la playa.

El viento había cesado; pero la mañana estaba fría como una mañana de julio.

Se acercó al río, temiendo haberse levantado tarde para ver a Margarita antes de que saliera el *Relámpago.*

No; no era tarde: el yate estaba en su puesto de siempre, y —cosa extraña— no se advertía en él la más mínima señal de próxima partida. Sus fuegos estaban apagados; el maquinista y los dos marineros de a bordo, sentados a proa, se desayunaban tranquilamente con café negro y galleta.

Alegre no se explicaba aquello. ¿Habrían aplazado la partida? ¿Con qué objeto? El mar, aunque agitado, iba calmándose y no presentaba peligro para un barco de las condiciones del *Relámpago.* ¿Sería quizás porque Margarita estaría peor?

El muchacho barajó en la cabeza estas preguntas, y no hallando respuestas satisfactorias, ni atreviéndose a interrogar a nadie, optó por volver a su casa a tomar su desayuno.

Pero antes de abandonar la costa se dirigió al fondeadero para dar los buenos días a *Flor del aire,* que, después de los zarandeos de la noche anterior, había quedado medió anegada.

En el muelle varios pescadores examinaban sus embarcaciones.

Al pasar frente a uno de los grupos, le pareció que hablaban del castillo. Detúvose y escuchó.

No había duda; oyó el nombre de Margarita, dio los buenos días a los pescadores, y saltó a su bote, quedándose muy ocupado, al parecer, en agotar el agua, pero en realidad tratando de no perder sílaba de lo que de su amiga se decía.

—¡Qué huracán más bravo! A no haber sido porque nuestro fondeadero es bien seguro no hubieran quedado muchas barcas para contar el cuento.

—¡Ya lo creo! No parecía sino que los diez mil demonios del aire luchaban cuerpo a cuerpo con los diez mil demonios del mar.

—¡Hombre! ¿No ha partido aún el *Relámpago*[2]*.* ¿Pues no tenía tanta prisa ayer?

—Como si no la tuviera. Allí se está sin chistar: ni una hebra de humo sale por su chimenea.

—Como que no piensa partir,—indicó un marinero que aun no había dicho palabra.

—¿Y por qué?

—Porque no puede llevarse a la niña, que está muy mal; el frío del *pampero* ha agravado su enfermedad. Creen que es pulmonía; a lo menos, así lo dice Andrés, el hijo del jardinero.

Alegre dio un salto. ¡Margarita enferma, muy enferma! No necesitaba saber más. Empuñó los remos, y con tres o cuatro golpes tocó en la otra orilla, desembarcó, y a todo correr, llegó a la escalinata de mármol.

Allí se detuvo. ¿Qué hacer? No había a quién interrogar, y no se atrevía a ir más adentro. Por fortuna, Clara apareció cuando el muchacho se volvía descorazonado al parque.

—¡Alegre! ¿Aquí tú? ¿Quién te ha llamado?

—¡Clara!—respondió el chico.—¿Y Margarita? ¿Está más enferma?

—Sí; hijo; está un poquito más enferma, —respondió la muchacha, comprendiendo que era inútil disimular.

—¡Dios santo! ¿Y no podré verla? ¡Quizás sanaría!

—Sí, tal vez; pero está la Nany con ella. Alegre no quería irse.

—¡Vete, Alegre!—dijo Clara, adivinando lo que pasaba en el corazón del niño. —Tu amiguita está enferma; pero sanará pronto y podrás estar con ella. Ahora no la llevarán a Buenos Aires mientras no esté buena.

—Pero ¿no podría verla?—insinuó el muchacho.

—Sí; la verás: espera que yo me quede sola con ella.

—¿Me llamará?

—Sí. Vete a tu casa.

Alegre vacilaba.

—Vete—insistió ella palmeándole en el hombro. —Te haré llamar; descuida. ¿No ves que si te sorprende miss Fulton?....

¡Pobre muchacho! Clara le vio irse triste, agobiado, como si el corazón le anunciara el desmoronamiento de toda su dicha.

Margarita estaba en realidad muy enferma. La fiebre, conjurada un momento, había vuelto, a causa de la crudeza de la noche, a hacer presa con violencia inusitada en su organismo, débil como el tallo de una azucena.

Tal como estaba, era imposible hacerla viajar.

Miss Fulton había pasado la noche, afligida, a su cabecera. ¿Qué diría la señora de Alvarado si su hija llegaba a morir?

—¡Clara!—exclamó.—Venga aquí: ¿qué vamos a hacer ahora con esta niña enferma? ¡Imposible embarcarla! Vaya, diga al capitán del *Relámpago* que hoy no saldremos.... Oiga como delira: ¡Alegre, llama a Alegre! Está verdaderamente loca por ese muchacho, que el diablo se lleve....

La Nany salió; Clara se acercó a la cama de la niña.

—Amor mío, ¿cómo estás? ¿quieres algo? Margarita abrió sus ojos, grandes y como sorprendidos.

—¡Clara!—murmuró débilmente.—¡Tengo sed!

La muchacha acercó a sus labios ardorosos un vaso de limonada.

—¡Clara! ¡Quiero ver a mamá!

—¿A tu mamá? Ya vendrá.... Ya la han mandado llamar.

—¿Llegará antes que me muera? ¿No es verdad que me muero?

—No, hija mía. ¡Qué te has de morir!

—¿Y Alegre? Quiero ver a Alegre,—añadió más bajo; y cayó de nuevo en el delirio, pronunciando palabras sin sentido, en las cuales se mezclaban el nombre de su mamá y el de su amiguito.

Era preciso llamar a un médico sin perder un segundo; diéronse las órdenes necesarias, y a poco un peón del castillo partía a todo escape a la villa cercana donde hallaría uno.

Al mediodía habíase levantado una tormenta; la atmósfera se empañó en pocos minutos, y, como si todas cataratas del cielo hubieran respondido a una señal, empezó a llover torrencialmente.

Alegre, miraba por los cristales de su ventana las incesantes rachas que iban inundando los campos; pero su pensamiento no estaba donde estaban sus miradas, sino revoloteando alrededor de la cama de su amiguita. ¿Qué sería de ella? ¡Imposible averiguar nada! Si sólo hubiera sido cuestión de una mojadura, no habría vacilado en ir al castillo; mas era tan violenta la corriente del río crecido, que con dificultad un bote hubiese llegado a la otra orilla.

Así pasó aquel día el afligido muchacho, mirando llover. fue un día eterno; y ni durante la noche cesó la lluvia. Solamente al alba se despejaron los cielos y descendió una gran paz sobre la tierra anegada.

Cuando Alegre despertó, la luz entraba a torrentes por la ventana.

Hacía una mañana hermosísima.

Los campos, chorreando agua, mostraban envanecidos la esmeralda de sus túnicas. La pradera parecía un inmenso paño de billar.

Los rayos del sol teñían de oro y de nácar los algodonosos cirros que salpicaban el azul del cielo, apiñándose hacia el horizonte como un rebaño de ovejas.

Alegre, embotado aún por el sopor de la noche, sentado en el umbral de la puerta, miraba distraídamente aquellas nubecitas blancas, amontonadas por millares en el cielo. Sentíase oprimido y desalentado y apenas se acordaba de lo que había ocurrido en los días anteriores.

Marta apareció en la puerta con un tazón de leche humeante y una rebanada de pan: era el desayuno del muchacho.

Éste le dio los buenos días.

—Muy buenos te los dé Dios—respondió ella mirando al cielo; y al ver los cirros apiñados, murmuró con esa fe ingenua de las campesinas: —Hoy ha subido a la Gloria un angelito.

Alegre alzó la cabeza.

—¡ Qué dice usted, madre? —Lo que has oído: hay un angelito más en la Gloria. Hoy ha muerto un niño. Alegre dio un salto.

—¡Un niño! ¿De veras? ¿Un angelito?

Y echó a correr hacia el fondeadero, sin hacer caso de la buena Marta, que le alargaba el humeante tazón de leche.

Llegar al muelle, subir al bote, soltar la amarra y largarse cortando la hinchada y negra corriente, fue cuestión de medió segundo. Los remos se hundieron en el agua sucia y espumosa, y mientras el muchacho repetía dolorosamente: ¡Un niño! ¡Un angelito! *Flor del Aire* volaba sobre las ondas.

En cuanto su proa tocó la opuesta orilla, el negrillo se lanzó a tierra, saltó la verja del parque, subió como un torbellino la escalinata del vestíbulo, y trémulo, sin pedir permiso a nadie, entró de golpe en el cuarto de su amiguita.

¡Cielo! ¿Qué vieron sus ojos? ¿Por qué no cegó antes de ver aquello?

Tendida sobre la cama estaba la chiquilla, más blanca que las azucenas que la rodeaban y que los lirios que le ceñían la frente, enredados en sus bucles de oro.

No había nadie en aquel momento. Alegre se acercó temblando a su amiguita. ¿Dormiría?

Tocó sus manecitas: estaban yertas; sus mejillas, blancas y frías como el mármol de las estatuas del jardín; su boquita, sonrosada apenas, no dejaba escapar un soplo de vida; sus ojos cerrados. Pero no dormía.

Alegre dio un grito.

—¡Muerta!

Y loco, delirante, se arrojó sobre ella , la estrechó contra su pecho, la besó en la frente, en los labios, en los ojos; en aquellos ojos azules como las campanillas de los suspiros; en aquellos ojos cuyos fulgores le habían deslumbrado, y que a la sazón estaban cerrados para siempre.

Le dio mil besos, como si el calor de ellos pudiera despertarla de aquel lúgubre sueño.

—¡Margarita! ¡Mi ***Flor del aire!*** ¿Entonces es verdad que te has ido? Pero ¿por qué te has ido dejándome aquí?

Y dudando todavía apoyó la cabeza sobre el pecho de su amiguita, como en la noche del Peñón de las Gaviotas.

No hay en el mundo entero un silencio más impresionante que el de un corazón cuya voz conocemos y que ha cesado de latir.

Alegre alzó la cara asustado de que en aquel pequeño pecho pudiera caber un silencio tan grande.

vio a Clara junto a él, que le decía acariciándolo: —Anoche, a la media noche, yo estaba sola con ella. Me había quedado dormida en el sillón y ella se despertó, me pidió agua y me dijo que quería rezar para que Dios le perdonara sus pecados, porque se iba a morir. Hablaba como una persona grande, sin miedo a la muerte. No quiso que avisara a nadie, y rezamos las dos muchas oraciones que ella me hacía leerle en su librito de misa. Me hizo prometerle que hoy le llamaríamos al señor cura del pueblo, para que la confesara y le trajese la comunión. Se quedó tranquila y pareció dormirse. Yo la estaba mirando. De repente abrió los ojos, se sonrió como un ángel, y me dijo:—Alegre no tiene la culpa de lo que ha pasado. Yo fui la que quiso ir al mar.... Y yo era la capitana en la *Gaviota* ¿sabes, Clara? Yo mandaba y él obedecía.... Él me quiere mucho y yo también; y desde el cielo le voy a pagar lo que ha hecho por mí, cuidándolo para que sea siempre bueno....

Se quedó callada y cerró los ojos. Yo bajé la luz de la lámpara; quería que se durmiese y no la hablé más.

Al rato, extrañada de aquella quietud, tan rara en ella, la toqué y la encontré fría ya.... ¡No la olvides nunca, Alegre, porque ella te ha querido hasta el último minuto de su vida! Bésala, por última vez, y no vuelvas más, porque te harán sufrir....

El muchacho dijo un secreto al oído de su amiguita muerta, la besó en los ojos cerrados para siempre, y salió de la casa.

Tell lo seguía, gimiendo lastimeramente.

XXXV

¡Todo un marino!

La resolución de Alegre era irrevocable; una noche entera pasó sin dormir meditándola.

Allí no podía vivir; a cada instante la luminosa figura de Margarita se le aparecía exacerbando sus recuerdos.

Las excursiones por el río o el mar habían concluido para siempre.

Solía refugiarse en el puente de una barca vieja que hacía años aguantaba las injurias del tiempo acostada en la playa.

Sin más compañero que Tell, pasábase las horas muertas, mirando el mar.

No fue chica la extrañeza de Ludovico cuando una tarde, así como él iba a la playa, el negrito se le aproximó junto a la barca vieja.

Alegre quería hablar en serio con padre Ludovico, a solas, porque iba a decirle cosas muy graves.

—¡Vamos, chico, suelta la andanada! ¿Qué has pensado hacer?

Alegre balbuceó unas cuantas palabras y se detuvo. No se animaba a seguir, porque vio al pescador fruncir el ceño.

_ ¡Trueno de Dios!_ gruñó Ludovico -¿Conque quieres irte? ¿Conque quieres dejarnos? Vamos a ver, ¿por qué?

El muchacho, con voz humilde y con gesto cobarde, le explicó que allí le era muy penoso vivir. Quería irse lejos, al otro lado de los mares; quería ir en busca del tío Delfín para alistarse en el *Santa Ana* como grumete; quería ser marino para luchar más bien con el mar que con sus recuerdos.

Avergonzado de aquella confesión, agachó la cabeza y aguardó una reprimenda de padre Ludovico. Pero el buen hombre, por el contrario, le halló razón. Debía irse, aunque lo sentía. ¡Vaya si lo sentía! ¡Si era su hijo! Más para ser

un marino de veras tenía que salir de aquella miserable población de pescadores y de labriegos.

—¿Y cuándo quieres irte?

—Mañana.

—¿Tan pronto? ¡Pero si el *Santa Ana* no está en Buenos Aires! —Pero ya vendrá.

—¿Y mientras tanto? Supón que tarda un año, ¿Qué harás?

—Esperaré un año; buscaré trabajo. Si no lo encuentro, iré a casa del señor cura que me recogió: él me lo dará, segu ramente, y yo vendré a visitarlos de tiempo en tiempo; y si me embarco, vendré cada vez que el *Santa Ana* recale en Buenos Aires. De todas maneras, es su carrera oblig ada: de Palermo a Buenos Aires y de Buenos Aires a Palermo, con poca variación.

—Pero si tardara un año, bien podrías esperarlo aquí, en Cruz Chica.

—No, aquí no, en cualquier parte menos en Cruz Chica.

Padre Ludovico estaba convencido; pero aún faltaba lo mejor: convencer a madre Marta y al tío Jorge.

Sin embargo, las súplicas de Alegre, sus caricias y su muda tristeza convencieron a ambos. Partiría al día siguiente.

Al amanecer, la *Parma* estaba ya dispuesta para salir. Ludovico y Jorge harían el largo viaje desde Cruz Chica a Buenos Aires para tener al muchacho consigo algún tiempo más. Marta hubiera querido hacer lo mismo; pero no se podía.

La pobre tuvo que resignarse.

Abrazó llorando al chico y le besó; diole sus últimos consejos, y diciendo en voz baja como una oración, mientras se enjugaba las lágrimas con la punta del delantal:

—¡Que Dios te ayude, hijo mío! ¡que seas feliz, mi pobre Alegre!

Éste y sus dos compañeros saltaron a la embarcación. La brisa era bastante fresca. Se tendió la vela, y con un vigoroso impulso del bichero, que Jorge empuñaba, se apartó la *Parma* de la orilla.

El negrillo contemplaba el paisaje que iba dejando atrás, el castillo, la arboleda, el pueblo, el Peñón de las Gaviotas. Todos habían sido testigos de su felicidad; todos eran sus amigos.

Cuando desde la barca no se pudo ver más los detalles de aquella costa, y sólo quedó visible, en el limpio horizonte del mar, la parda cresta del Peñón, festoneado de espumas, Alegre lloraba.

* * *

Como a las doce del día, entró el *Santa Ana* en la dársena.

Desde lejos Alegre conoció al buque por la arboladura. Llegaba con cuatro días de retraso. Cuatro días que Alegre pasó recorriendo los muelles desde la Boca al Paseo de Julio, contando los buques y averiguando si alguien sabía algo del *Santa Ana.*

Había pasado nueve en Buenos Aires viviendo en casa de un amigo del tío Jorge.

Desde el primer momento que Ludovico y sus compañeros llegaron a Buenos Aires, pidieron noticias del *Santa Ana* en casa de sus agentes.

Pero allí conocían varios buques del mismo nombre: *Santa Ana,* de Nápoles; *Santa Ana,* de Génova; *Santa Ana,* de Marsella; pero ninguno de la matrícula de Palermo.

Descorazonados iban a retirarse.

—¡Esperen!—dijo de pronto el empleado.—Aquí hay otro *Santa Ana,* de Catania; bergantín de 800 toneladas; capitán, Brusco; frutas secas y vinos para Bertini y Compañía. ¿Es éste?

—Ese es y no otro.—dijo.—Sólo que ha cambiado de capitán y de matrícula. ¿Y cuándo llega?

—El 25 se le espera.

—Estamos a 20 : dentro de cinco días.

—Si no viene retrasado, costumbre de todos los veleros; puede tardar un mes o dos.

Ni Ludovico ni Jorge podían esperar tanto tiempo, aunque hubiera sido su gusto hacerlo por dar un apretón de manos al tío Delfín.

Alegre se quedó solo en la gran capital argentina, después de asegurar por la centésima vez que iría a visitar a los viejos pescadores de Cruz Chica a su vuelta del primer viaje del *Santa Ana,* y quizás con el tío Delfín.

Había andado con suerte. Ni una semana debía aguardar al barco, cuando muy bien pudo haber tenido que esperarle un año.

Aquellos días que pasó el muchacho solo, dueño de sus actos, perdido en el torbellino de la gran ciudad, fueron de alivio para su corazón. El movimiento de buques en el vasto puerto, le interesaba y lo distraía.

Desde la víspera del 25 no se apartó de los muelles, espiando la llegada del bergantín. Pero éste no llegaba, ni había noticia de él.

Por fin, el 28 al mediodía, entró en la dársena remolcado por un vaporcito. La tripulación maniobraba en el puente.

Pero en vano Alegre abría sus ojos para descubrir entre los marineros alguno de sus conocidos. Ni uno; todas eran caras nuevas. ¿Si se habría chasqueado?

Sólo cuando los tripulantes empezaron a desembarcar, el muchacho tuvo que contener los latidos de su corazón. Había visto a un viejo marino, algo encorvado, aproximarse a la tabla que unía el barco al muelle; lo aguardó al extremo de ella.

Era el tío Delfín, no había duda. Pero ¡cuán cambiado! Parecía que en dos años le habían caído encima diez inviernos: su rostro más arrugado, su barba enteramente gris, sus ojos ariscos y tristes.

Cuando llegó al extremo donde se había colocado Alegre, pasó rozándole sin verle. Pero el chico, tomándole del brazo, le hizo volver la cara.

—¡Tío Delfín!

La mirada del marino se posó en él. —¡Alegre, mi Alegre! ¿Es tu sombra, o eres tú? —¡Sí, tío Delfín! ¡Soy el de antes en cuerpo y alma!

Los dos se abrazaron. El muchacho reía de gusto, y el tío Delfín lloraba.

Tomó de la mano al chico y los dos se alejaron del muelle.

—¡Alegre, hijo mío!—le decía mientras remontaban una de las calles de la ciudad.—¡Qué fuerte estás, y qué grande! ¡Si estás hecho un hombre!

No; Alegre no era un hombre por el cuerpo, aunque poco le faltaba: en lo que era un hombre era en el alma. En sus años de niño había soportado borrascas de hombre.

Algo de esto debió de sospechar el viejo marino, porque deteniéndose de pronto lo miró fijamente.

—¡Alegre, mi Alegre! Tu mirar no es el mismo de antes; tus ojos no son aquellos ojos regocijados que tenías cuando te conocí, ¿te acuerdas? cuando te llamé Alegre por primera vez. ¿Qué te pasa? ¿Has sufrido? ¿Estás aún con el señor Berto?

Alegre contó la historia de aquellos dos años, día por día, sus éxitos de payaso, su escapatoria, su extravío por los campos, las bondades del sacerdote que lo recogió, su llegada a Cruz Chica, sus primeras aventuras en la *Gaviota,* su amistad con Margarita, su desobediencia, la noche del Peñón, y todo lo que después ocurrió, la muerte de la niña y cómo vio, desde la orilla, desaparecer el penacho de humo del *Relámpago* que se la llevó al día siguiente.

Ya no quería vivir en Cruz Chica; quería ser marino; quería alistarse de grumete en el *Santa Ana,* recorrer mares, ver mundo.

El tío Delfín lo escuchó con interés y meneó la cabeza cuando terminó.

—No creas, pobre Alegre, que huyendo al mar, vas a huir de penas. ¡Yo también he padecido!

Ycon la misma sencillez le contó la historia de de aquellos dos años.

Era monótona: las peripecias de todos los marinos, con idénticos lances e iguales riesgos. Sólo que hacía ya cuatro años que no veía a sus hijos; siempre esperando una oportunidad que no llegaba y sufriendo siempre la misma decepción. El *Santa, Ana* había cambiado de capitán y de itinerario. Ya no se acercaba a la costa donde él tenía su hogar, y donde le esperaban sus hijos solos, porque su mujer, ¡pobre tío Delfín! había muerto. Poco tiempo antes recibió la noticia en una carta con seis meses de retraso. Los pobres chicos, sus hijos adorados, habían quedado a cargo de una tía.

—¿Y qué hará usted ahora?

—¿Ahora? Vamos a Valparaíso; luego volveremos a Buenos Aires, y de Buenos Aires nos iremos a Palermo. Allí desembarcaré. Mi contrata habrá concluido; mis hijos me esperan.

—¿Y no volverá a embarcarse?

—¡Hum! Quizás. ¿Quién puede decirlo? Voy haciéndome viejo, y las cuadernas se aflojan.

Yal decir esto, el tío Delfín estiraba los brazos enseñando una musculatura aun formidable.

—¿Verdad que se aflojan, Alegrillo?

La admisión de Alegre como grumete a bordo del *Santa Ana* era lo que más difícil parecía. La tripulación del buque estaba completa, y el capitán Brusco no aumentaba así como así el presupuesto de gastos.

Esto aparte de que el muchacho no tenía en ese momento buen aspecto para grumete.

—¡Por Santa Ana!—decía el capitán escupiendo sobre el puente.—¡Me parece que tú no sirves para maldita la cosa! ¡A ver; trepa al palo mayor! ¡A ver cómo braceas una vela!

Alegre se quitó la blusa, y en un abrir y cerrar de ojos llegó a las gavias, y ejecutó con las velas una serie de maniobras como si hubiera sido gaviero desde muchos años atrás.

—¡No serás un mal grumete! Puedes bajar, y si tienes algo que hacer en tierra apúrate. A las dos en punto estás aquí, o pierdes el viaje y el empleo. ¿Entiendes?

El capitán había despedido aquella mañana a uno de sus hombres: no podía haber llegado más a tiempo aquel reemplazante.

Alegre era ya un marino.

A las cinco de la tarde el bergantín *Santa Ana,* lejos ya del puerto y con todas las velas desplegadas, marchaba hacia los mares del Sur.

XXXVI

Como el hijo del Capitán

Un chico que a los trece años no juega ni hace travesuras, es para los marineros, gente grosera por lo general, un simple que sólo sirve para blanco de las burlas. Alegre no tenía más amigos entre ellos que el contramaestre.

Y las largas horas de ocio, que hay en toda travesía de mar, cuando el viento es bueno, las pasaban juntos, conversando en voz baja como conspiradores.

El tío Delfín hablaba del mar, de su patria, de sus hijos principalmente. No veía la hora de volver a Sicilia, para dar un adiós al mar, y echar el ancla en tierra firme y pasar el resto de su vida junto a aquellos pedazos de su alma. ¡Dios de Dios! ¡Hubiera dado gustoso la mitad de ese resto por abrazarlos cuanto antes! Uno, Felipillo, tendría doce años. Más o menos como Alegre; porque cuando lo dejó era un gracioso diablillo de ocho o nueve abriles, de robustos mofletes y moreno como un bandolero. El otro no tendría diez todavía. Pedrito era un dulce querubín de ojos azules, que apenas frisaba en su quinta primavera cuando él lo besó por última vez.

Después el tío Delfín callaba. Comprendía que al recuerdo de sus hijos debía unirse el de su mujer; pero la herida estaba aún fresca. Hablar de ella era enternecerse, era sentir un ardor en los ojos, que se le nublaban, a él, todo un lobo de mar.

—¡Vira de bordo!—se decía por lo bajo el contramaestre para cortar el hilo de sus pensamientos.— Alegre, ¿quieres que te cuente un cuento?

Y como Alegre siempre quería, comenzaba: «Era hace muchos años, cuando había piratas.... »

—¡Ah!—interrumpió el chico.—¿El de Enrique, el hijo del capitán?

—Sí; ¿lo conoces?

—¡Como que usted mismo me lo contó!

—¿Yo? ¿Cuándo, hijo mío, cuándo?

—La tarde aquella en que nos conocimos al embarcarnos, con el señor Berto.

—¡Ya! ¡Pues tienes razón! ¡Qué memoria la mía! ¡A ver, cambia de amuras! ¡busquemos otro!

—¡No, no! Cuéntemelo de nuevo...

El tío Delfín contaba por segunda vez la aventura del hijo del capitán, y días después a ruego de Alegre, volvía a contarla, y siempre al acabar oía decir al chico:

—¡Yo quisiera ser como Enrique!

—¿Un héroe de doce años? ¡Difícil es! Con todo... ¿Qué edad tienes tú?

—Trece años ya, según mi cuenta.

—Pero los héroes como Enrique, están hechos con dos maderas; la discreción, que es la sangre fría, y la abnegación, que es el corazón grande y generoso. Vamos a ver, ¿de qué tablas estás hecho tú, Alegre? ¡Me parece que de esas dos! ¿no es así?

Alegre sentía correr por sus venas una sangre ardiente. Y el tío Delfín sonreía: su grumete tenía arboladura de héroe.

Una tarde navegaba el *Santa Ana* a la altura del cabo de las Once mil Vírgenes.

El día había sido caluroso y pesado. Ni una hebra de viento. Las deshinchadas velas chicoteaban los mástiles con aleteos de pájaro moribundo. Se había largado todo el trapo para aprovechar el menor soplo; mas ni por ésas. El bergantín, en medio del mar, permanecía inmóvil, como anclado en una balsa de aceite.

El tío Delfín en el timón, contaba cuentos a Alegre. A pesar de la serenidad de la tarde, estaba inquieto: algo presentía, y su instinto de marino no solía engañarle. Las velas continuaban golpeando flojamente los palos. Sin embargo, no se ocultó a sus miradas un estremecimiento de la lona: acababa de levantarse una brisilla ligera. Miró al mar: el agua, tersa minutos antes como un cristal, se rizaba levemente.

—Ya tenemos brisa—oyó decir a uno de los marineros:—por fin, vamos a movernos.

El viejo lobo escudriñó ávidamente el Levante. Un velo plomizo iba cubriendo aquel rumbo. El tío Delfín, al ver aquello y al sentir que una ráfaga húmeda y fresca le acariciaba el rostro, frunció el ceño.

—¡Tiburones!—murmuró para sus adentros.

—¿Y qué ocurrió?—preguntó Alegre, curioso por oír la continuación del relato.

—¡Mal tiempo para conversaciones!... Anda, llama al capitán, porque estamos de baile, y antes de media hora...

El capitán Brusco salió a poco de su camarote, adonde Alegre fue a arrancarle de una siesta de borracho.

—¿Qué hay?—preguntó malhumorado, aspirando el aire fresco.

—Que ya tenemos la racha, capitán.

El capitán paseó sus miradas soñolientas por el horizonte, y respondió encogiéndose de hombros y dando una media vuelta :

—¡Psh! ¡Tanto mejor! ¡Nos moveremos! Cuando llegue, que avisen.—Y se zambulló en la cámara.

—¡Cachalote!—refunfuñó el tío Delfín—¡Siempre dije que tú entendías tanto de mar como yo de cantar misa! ¡Por vida del Unicornio! ¡Que avisen cuando llegue la racha, y la tenemos encima! ¡Tanto mejor! ¡Nos moveremos! ¡Ya verás si nos moveremos, y antes de media hora!

En efecto; no habían pasado treinta minutos, y ya cárdenos relámpagos desgarraban los nubarrones plomizos amontonados al Sudeste.

Se oyó un trueno sordo y un torbellino envolvió al bergantín.

Las velas se hincharon de golpe, crujió la lona, gimieron los obenques, y el buque salió bruscamente de su quietud.

—¡Rayo de Dios!—rugió el tío Delfín.—¡Anda, muchacho; despierta a ese hombre! Dile que ya ha llegado. ¡Que venga, con mil diablos!

Alegre corrió a la cámara. El viejo marinero hizo sonar su silbato de contramaestre.

—¡A su puesto cada uno!—quería decir aquel estridente silbido.

El capitán subía, despierto ya del todo.

—¡Arría mayores!—mandó con voz que no pudo ahogar el fragor de la tormenta que empezaba a desencadenarse.

Los marineros se lanzaron a las cuerdas, pero el huracán no les dio tiempo.

Reventó el trueno, y la segunda racha envolvió al buque tumbándolo.

Si mano menos segura que la del tío Delfín hubiera empuñado la rueda del timón, ciertamente habrían zozobrado. Pero allí estaba el viejo marinero, quien con un golpe a tiempo enderezó el barco; y aunque el viento arrancó la mitad del velamen, el *Santa Ana* partió como un caballo desbocado.

Principiaba la lucha, siempre admirable, entre la naturaleza y el hombre.

Como un escuadrón en línea de asalto, avanzaba desde el lejano Sudeste un formidable tropel de nubes cárdenas, cuyas orillas el sol doraba fantásticamente. De tanto en tanto ardía un rayo en sus entrañas, y se escuchaba el trueno, sordo y prolongado unas veces como si una torre se desplomara, otras crepitante y seco, tal una descarga de fusilería.

El mar habíase llenado de tumefacciones amarillentas y de grandes arrugas que se movían empujadas por una fuerza interior.

Y entre el mar y el cielo amenazantes el bergantín huía delante del huracán.

La salvación consistía en esquivar el combate cuerpo a cuerpo con aquellos dos monstruosos enemigos, el cielo y el mar.

Por fortuna el tío Delfín estaba en el timón espiando el movimiento de las olas, para escapar a sus golpes y hasta para aprovecharse de ellas, encaramándose sobre su lomo verdoso, y haciéndolas que lo condujeran.

Alegre miraba, más sorprendido que asustado, aquella táctica de utilizar la fuerza ciega del adversario en la propia salvación. ¿Quién podría tener miedo al lado del valeroso marino, que sonreía con astucia cuando más acorralado se veía por aquellos monstruos verdes de melenas amarillentas?

A cada instante un rayo, cual culebra de oro se descolgaba de las nubes al mar. De repente un alarido de dolor se escapó de todos los pechos: un globo de fuego, una centella, deslizándose por los obenques, fue a reventar casi encima de la cabeza del timonel, y todos quedaron encandilados.

Cuando el tío Delfín abrió los ojos y consultó la brújula, vio que el barco se dirigía al Oeste de su rumbo verdadero. Movió la rueda y creyó rectificar la posición; pero el cabeceo del buque se marcó más. ¿A qué se debía aquello? ¿Había acaso cambiado de rumbo la tormenta? El viejo marino no lo comprendía; pero, aun a costa de atravesarse un poco a la mar, era preciso conservar el derrotero que marcaba la brújula. Aquellos mares estaban sembrados de islas y bajíos, y el camino más seguro para correr delante del huracán y evitar al mismo tiempo los escollos, era el que llevaban.

Una hora larga debieron correr así.

La fuerza del huracán no amainaba; antes parecía aumentar por minutos. Pero el *Santa Ana* era un barco sólido.

A pesar de ello, el tío Delfín no las tenía todas consigo. Cuando reventó la centella sobre su cabeza, quedó ciego un rato, como si le hubieran quemado los ojos; pero estaba seguro, ¡diablo si lo estaba!

de no haber dejado moverse un milímetro la rueda del timón. Buen cuidado tuvo de mantenerla firme. ¿Por qué, pues, la aguja magnética señalaba un cuarto al E. el rumbo verdadero? ¿Cómo se había desviado tanto sin sentirlo? Esto le daba mala espina.

De pronto vio la explicación del enigma, clara como la luz del día y terrible como una sentencia de muerte.

Su oído, habituado a distinguir los ruidos del mar, acababa de percibir un rumor que no se parecía ni al cóncavo retumbar del trueno, ni al golpe seco del mar en las bandas del barco.

El contramaestre sintió un escalofrío de terror.

—¡Rompientes! — murmuró.

Y, en efecto, era el bramar de las olas al estrellarse contra una escollera.

Huyendo de la tempestad, se habían acercado a tierra; huyendo de un peligro remoto, habían ido a caer en otro cien veces mayor e inminente.

En alta mar, un buen barco puede escaparse corriendo con la tormenta; cerca de la costa, si los vientos lo llevan y pierde el gobierno, es un pobre juguete que se hace astillas entre las rocas o se parte como una nuez en los bajíos.

Y el *Santa Ana* estaba así, a pocos cables de un acantilado.

El contramaestre comprendió la razón de aquel extraño desenlac e; el influjo magnético de la centella, desvió la aguja imanada y engañó al timonel con el rumbo falso que señalaba; y eso bastó para arrojarle sobre la costa de que debía huir.

Toda la tripulación oyó el rumor de las rompientes y comprendió el inmenso peligro.

El tío Delfín trató de enmendar el hierro cambiando de rumbo: el buque sólo alcanzó a correr unas cuantas brazas. Sintióse un áspero rozar de maderas, oyóse un crujido enorme y el bergantín quedó clavado en el sitio, como si una mano invisible lo hubiera agarrado por la quilla.

Con la brusquedad del choque, el contramaestre perdió el equilibrio y rodó por el puente, a tiempo que una masa de agua lo barría de punta a punta. Por fortuna, el tío Delfín tuvo tiempo de asirse de un cabo, evitando que una ola le arrastrara al mar.

—¡Encallados! ¡botes al agua!—mandó el capitán, echando terribles juramentos.

Pero de los cuatro botes que llevaba el bergantín, sólo quedaba uno: a los demás los había arrebatado la ola.

En la desesperación del ¡sálvese quien pueda! la tripulación, desmoralizada, se precipitó sobre aquella única esperanza de salvación.

El capitán fue el primero en pretender posesionarse del bote, pero el tío Delfín de un empellón le hizo retroceder.

—¡Vais a hundirlo, brutos! —gritó empuñando su revólver. —¡En orden todos, o al primero que se adelante le levanto la tapa de los sesos!

El capitán, ebrio de rabia, saltó al bote atropellando al viejo marino. Sonó un estampido, y Brusco cayó al mar con el cráneo destrozado.

—¡Uno menos! —rugió el contramaestre. — ¡Ahora mando yo! ¡Donde hay un capitán que olvida sus deberes, manda el segundo!

La gente, amedrentada, se detuvo.

El barco iba hundiéndose rápidamente; la vía de agua abierta en el casco debía de ser enorme: era necesario aprovechar hasta los segundos para salir de él cuanto antes. El bote, venciendo la randa de mugidoras espumas que ceñía la cercana costa, podría arribar a un punto donde fuera posible desembarcar. La empresa era arriesgadísima; pero no quedaba más esperanza de salvación.

El bote era pequeño y no podía llevar más de doce personas.

Vigilada por el tío Delfín, revólver en mano, la gente comenzó a embarcarse. Cuando hubo once en el bote, sólo quedaban sobre el puente Alegre y el contramaestre.

—¡Otro! —gritó éste, que llevaba la cuenta.

Alegre no se movió.

—¡Otro! Alegre, hijo mío, a ti te corresponde.

Alegre no pestañeó.

—¡Vamos, Alegre! ¿Me oyes?

—¿Y usted, tío Delfín?

—¿Yo? ¿No soy el capitán? ¿No debo ser el último, rayo de Dios? ¡Vamos; salta, muchacho! El grumete no se movía.

—¿Qué es eso? — interrogó el contramaestre estremeciéndose. —¿No quieres embarcarte? ¿No ves que el buque se hunde?

—¡No importa! ¡Yo quiero quedarme; a usted le corresponde!

—¡Otro! —gritaban desde el bote impacientes y admirados ante aquella lucha de generosidad.— ¡Venga otro! ¡y pronto o será tarde para todos!

El tío Delfín quiso tomar en brazos a Alegre para embarcarle a la fuerza; pero el chico se escabulló.

—¡Alegre! — suplicó el viejo. —¡Embarca, hijo mío! ¡A mí me toca quedarme! ¡Soy el culpable de esto! ¡Soy viejo, y tú eres joven! ¡Vé, niño mío! ¡Obedece, por Dios!

En vano. El chico no se acercaba. El buque iba hundiéndose más y más.

—¡Pronto, Alegre, o mueren todos! ¡No quieras morir! ¡Eres joven, y yo soy viejo!

—Tío Delfín —dijo Alegre arrojándose al cuello del marino, —embárquese usted. Yo no tengo a nadie en el mundo; a mí nadie me espera: a usted le esperan sus hijos. Hace cuatro años que no los ve. ¿Qué será de los pobrecitos si usted se queda aquí? ¡Yo no tengo a nadie; a mí nadie me espera!

El tío Delfín tuvo un vértigo; sus ojos se nublaron; el negrito había elegido bien su argumento.

—¡Alegre! —exclamó besándolo, y, sin clara conciencia de lo que hacía, se dejó empujar hasta el bote.

La ligera embarcación se apartó del bergantín, que iba hundiéndose, y que la hubiera arrastrado consigo en el remolino que formaran las aguas sobre él.

Cuando el contramaestre abrió los ojos, alcanzó a ver al grumete aferrado a la borda para resistir los chicotazos del mar.

—¡Tío Delfín, rece por mí! — gritaba el muchacho; pero el tío Delfín sólo oía el fragor de la resaca.

Alegre no quedó solo: tampoco Tell cabía en el bote, y además quería salvarlo.

Había ya media vara de agua en el puente y Tell nadaba tironeando a su amo de las ropas, para que se echase al mar. Alegre obedeció: se abrazó al cuello de su amigo y se dejó llevar por él, murmurando una última plegaria.

Mas no tardó en comprender que en aquella mar furiosa iban a perecer los dos y abrió los brazos para que al menos su perro se salvara y se hundió, pensando en los seres que le habían amado, unos que vivían, otros que habían muerto y que en el cielo iba a encontrar, sus padres y Margarita.

Nunca más Tell pudo hallar su cuerpo. Cuando, después de una ruda batalla con las rompientes, abordó la playa rendido y desesperado, el pobre animal fue a refugiarse gimiendo junto al grupo de náufragos que se salvaron en el bote.

Y el tío Delfín lo recogió y lo llevó a su casa, en memoria del heroico negrito que había querido morir para que él viviera por sus hijos.

FIN

Índice